ALFAGUARA

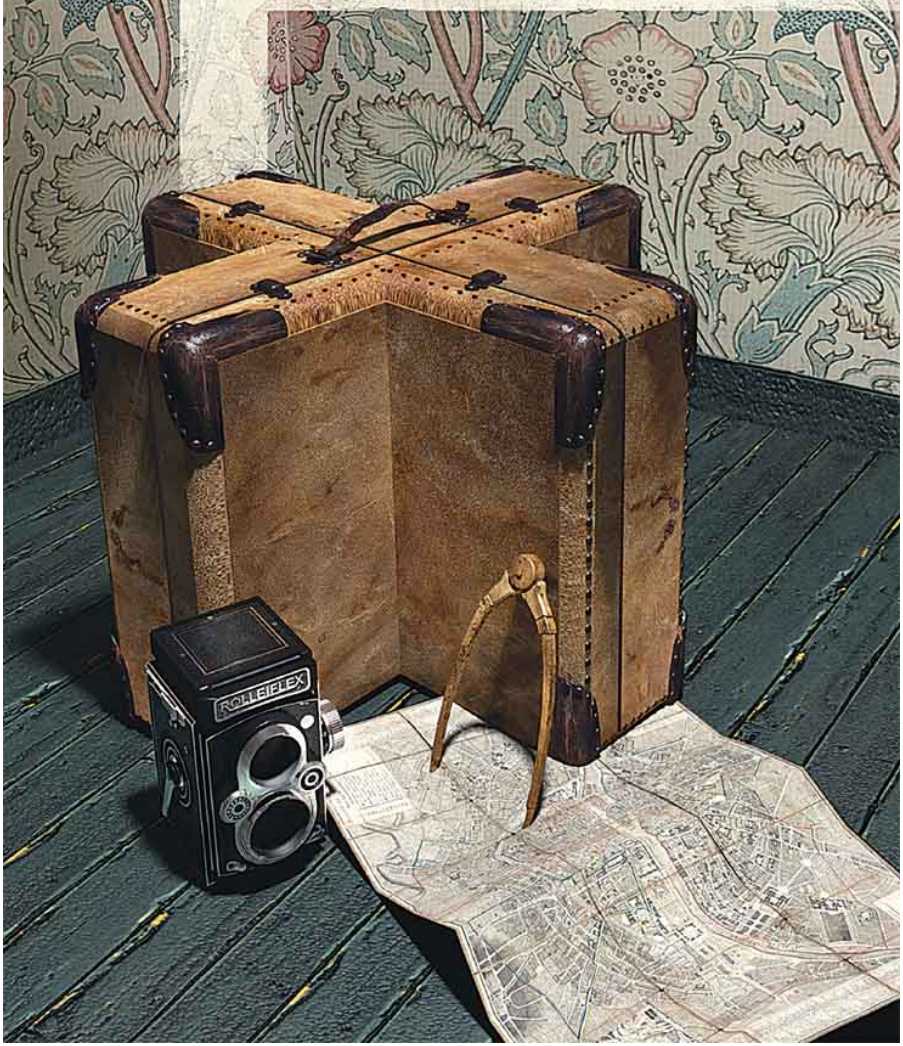
Beatriz Rivas

Dios se fue de viaje

ALFAGUARA

Beatriz Rivas

Dios se fue de viaje



ALFAGUARA

Beatriz Rivas

Dios se fue de viaje

Índice

Portadilla
Índice
Dedicatoria
Cita

I. Castillo de Cirey, Francia, invierno de 1735
1. París, noviembre de 1935
II. Francia
Émilie
2. Alemania
Gerta
III. París, 1733
3. París, 1934
IV. Cirey, 1736
4. París, diciembre de 1935
V. Castillo de Cirey, 1737
5. París, febrero de 1936
VI. Francia, Inglaterra, Alemania, Suiza
Émilie
6. Hungría, Alemania, Francia
Gerda
VII. Cirey, diciembre de 1739
Émilie
7. París, principios del otoño de 1936
VIII. Cirey, 1741
8. Nápoles, noviembre de 1936
Gerda
IX. Europa, 1743
Émilie
9. París, febrero de 1937
X y 10. Castillo de Ferney, Suiza, 1762 y París, 1937
XI y 11. París, primavera de 1746. París, primavera de 1937
XII. París, mayo de 1749
12. Valencia, junio de 1937
Gerda
Último acto: Lunéville, septiembre de 1749
Último acto: Brunete, España, julio de 1937
Epílogo

Advertencia
Post-Scriptum: los personajes
Bibliografía
Agradecimientos

Créditos
Grupo Santillana

Para Isabella, porque fue a ella, cuando tan sólo tenía seis años, a quien se le ocurrió el título de esta novela. Y porque sería capaz de hacerlo todo por mi hija, hasta creer en Dios… si ella me lo pidiera.

También, e inevitablemente, para G.T.

Sólo aquello que se ha ido es lo que nos pertenece.
JORGE LUIS BORGES

El peor de los monstruos: la barbarie humana.
GOYA

I. Castillo de Cirey, Francia, invierno de 1735

—¿Puedo seguir dormida mientras me hace el amor? —pregunta Émilie con voz ronca y juguetona. Sin esperar el menor asomo de una respuesta, cierra los ojos y deja su cuerpo lacio. Arouet le sube el *deshabillé* delicadamente hasta descubrir sus senos, blanquísimos. Los besa con avidez y ella exhala un gemido. Otro. Comienza a moverse.

—*Dormez!* —le ordena el hombre—. Se supone que está dormida, madame.

Émilie vuelve a soltar su cuerpo. Cierra los ojos una vez más para sentir, ahora, la lengua de su amante que baja y baja y baja… Las piernas no pueden oponer resistencia: su dueña está descansando, ¿o no?

Los primeros rayos del sol entran por la ventana. A Voltaire le gusta despertarse con su luz y calor; lo sabe su lacayo y nunca cierra las cortinas de terciopelo prensado, gruesas y oscuras. El personal del castillo todavía descansa, excepto Aldonce, el mayordomo, que ya ha abierto los ojos y se ha levantado para prepararse un té, vestirse y comenzar su jornada diaria en la que dirige a una orquesta de domésticos con habilidad y precisión. Hoy toca limpiar la plata y lustrar los muebles con cera de abeja.

Madame Du Châtelet hace lo posible por esconder un grito. Repite en silencio: estoy dormida, estoy dormida, no siento nada. Pero su sexo se rebela y comienza a actuar con vida propia, humedeciéndose.

—*Mon Dieu.* Ô *Mon Dieu!* —murmura la joven dama.

—Deje a Dios fuera de nuestro lecho, se lo suplico, madame, o me desconcentro.

Émilie no sabe si su amante tiene más habilidad con la lengua… o con la pluma. Lo admira por la valentía de sus textos. Su punzante forma de jugar al gato y al ratón con el gobierno, siempre provocándolo hasta llegar a un milímetro del límite. Su maestría con el sarcasmo, el arma literaria que prefiere. Por su aguda inteligencia, su mirada impertinente, esa conversación siempre ágil y culta que a todos fascina. Aunque también por la destreza de aquellas manos al tocarla, por esa lengua audaz y sabia que la eleva hacia lo Absoluto.

De pronto oyen pasos apresurados y la voz arpada de madame Champbonin. Algo ha sucedido. A Émilie apenas le da tiempo de esconderse debajo de la cama. La dama, su vecina más cercana, entra

en la habitación sin tocar la puerta. El reloj de la galería, sostenido por dos marabúes, marca las nueve de la mañana. El escritor está recargado sobre los almohadones, con un libro en las manos.

—Está al revés, *monseigneur* Voltaire —dice la intrusa, con la respiración apresurada. Sus varios kilos de más son bastante estorbosos.

—¿Qué cosa?

—El libro. A menos que para entender a Locke tenga que leerlo de cabeza —el filósofo cierra el texto y reclama, poniéndose su gorro de dormir:

—¿Qué pasa, qué hace aquí tan temprano? ¿Por qué ha entrado sin anunciarse? —vuelve la vista hacia la ventana, fastidiado. El paisaje, pintado de nieve, le hace sentir un poco de frío.

—Disculpe, fui presa de la emoción y, al no encontrar a madame Du Châtelet en sus habitaciones, vine con usted a darle la noticia. No había lacayo en la puerta y… Bueno, es que he recibido carta de mi querida amiga, *mademoiselle* Toussaint, que pasa la vida metiendo sus narices en donde no la llaman. Al parecer, el rey lo ha perdonado y ya puede regresar a París. ¡Por fin! —afirma, tendiéndole las hojas y observando los ojos sorprendidos del filósofo—. ¿No está contento? Aunque habremos de extrañarlo…

En ese instante, Émilie sale de su escondite. Para cubrirse, jala una sábana de seda perfumada de lavanda, dejando expuesta la desnudez del filósofo. La señora Champbonin cubre sus ojos con ambas manos, sonríe maliciosamente y sale de la habitación, apresurada, deslizándose hacia atrás y murmurando "disculpen, disculpen" varias veces.

Madame Du Châtelet, dejando caer la sábana, camina hacia la mesa sobre la que se encuentra un juego de té de porcelana de Meissen. Voltaire la observa: su cuerpo todavía es delicioso. La maternidad la dejó intacta. En una taza en forma de tulipán, Émilie sirve la bebida, ya fría, y se sienta sobre el colchón para leer la carta en voz alta. Ambos están desnudos, frente a frente. Les gusta estar así, sin ropa que los tape. Sin nada que los ate: ni a sus cuerpos ni a sus mentes.

De hecho, Émilie tiene una relación de total libertad con su cuerpo, sin un gramo de cautela. Un día, en París, cuando Longchamp llenaba la tina con agua caliente para que la marquesa tomara un baño, en contra de las costumbres impuestas, se despojó por completo de su camisón frente al maître d'hôtel, que no sabía hacia dónde dirigir la mirada, y así, desnuda, esperó a que la tina fuese llenada para meterse en esas aguas tibias que supieron recibirla sin pudor.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted exiliado en Inglaterra? —pregunta la mujer después de haber leído el texto dos veces.

—De mayo de 1726 hasta… mmmhh, no recuerdo el mes, pero el

rey me permitió regresar a mi querida Francia casi tres años después. *Merde!* Disculpe usted, querida; perder una ilusión tan rápido es devastador. *Shit!* —dice, ahora en inglés.

—Tiene razón. ¿Nuestra amiga no sabe leer, acaso? Es muy claro: "Al parecer, el rey está dispuesto a que el rechazo hacia Voltaire no dure más de lo que duró su exilio en Inglaterra". ¡Y apenas llevamos un año aquí!

—Catorce meses exactos.

—¿Tanto le han pesado que lleva la cuenta con precisión aritmética?

—No lo tome a mal, madame. Soy muy feliz compartiendo mis días con *my dear Emy*. Adoro escribir obras de teatro mientras usted traza círculos, triángulos y resuelve ecuaciones o mientras trata de conciliar la libertad con el determinismo de la naturaleza. Me encanta observar los astros a su lado, turnándonos nuestro telescopio favorito, y escucharla tocar el clavecín. Me siento privilegiado, pero el exilio forzado siempre es incómodo y frustrante.

—¡Tanto ruido por sus cartas inglesas! —dice Émilie, suspirando. Enseguida, deja caer su cuerpo sobre los almohadones y se queda así, lacia y frágil, sobre la suavidad de las plumas de ganso que reciben su espalda. Coqueta, recoge su cabello con una peineta de concha nácar y diamantes que había puesto sobre la mesa de noche. Sigue desnuda, así que decide doblar las piernas y abrirlas un poco para provocar a su amante. Las abre todavía más, con un imperceptible movimiento de las rodillas. Pero Voltaire no lo nota. Continúa pálido y enojado.

—¡Y lo mismo pasó con *La Henriade!* Los espíritus devotos se escandalizaron cuando no hice más que un llamado a la tolerancia religiosa. Pensaba, y lo sigo pensando, que un alma no debe ser sacrificada por una cuestión de creencias.

—Tolerancia, tolerancia. Lo que más se ve en este mundo es lo contrario. Los seres humanos no aceptamos ninguna idea distinta a las nuestras. Las mentes cerradas e intolerantes guían a las naciones. ¡Es frustrante! En fin, mejor no se preocupe, pronto se les olvidará, de la misma manera en que olvidan todo: ahora *La Henriade* es un libro casi obligatorio. Al menos todas las damas de sociedad lo tienen sobre el tocador para que, al recibir a sus invitadas durante la toilette, lo vean. Pero regresemos a lo nuestro, *dear lover*, que era más agradable. ¿En qué nos quedamos? ¡Ah!, en que yo estaba dormida y usted…

—Lo siento; la inspiración me ha abandonado. Vea —señala hacia su bajo vientre—: ni rezándole lo levantamos.

A partir de la aparición indebida de sus *Cartas inglesas* en París, Voltaire es perseguido. Ese texto sólo podía ser publicado en

Inglaterra, pero la imprudencia del filósofo hace que le confíe dos ejemplares al librero Jore. Monsieur Jore, en completo abuso de confianza, imprime el libro y comienza a hacerlo circular de manera secreta. Las *Cartas inglesas* tienen tanto éxito entre los lectores, a quienes les gusta el escándalo, que pronto llegan ejemplares a la corte del rey Luis XV. ¡Su contenido es indignante, contrario a la religión y a la buena conducta! El escritor se atrevió a comparar el modelo de gobierno francés al inglés, y el primero sale perdiendo. Los lectores infirieron que todo lo inglés era correcto y estaba en regla. Que sus ciudadanos vivían como hombres libres. En cambio, lo francés estaba podrido por la frivolidad y los habitantes vivían esclavizados por la superstición, la tiranía y las leyes disparatadas. Además, el tono mordaz e irónico era inaceptable. Se ordena la quema pública de los ejemplares frente al Palacio de Justicia y la detención del autor para ser conducido a la prisión de Auxonne.

Cuando Voltaire baraja la posibilidad de huir a Holanda o a Suiza para evitar la cárcel, Émilie du Châtelet le ofrece refugio en el castillo de Cirey, en la región de Champagne. Llevaban menos de un año de ser amantes. Sin decirle a nadie, el 6 de mayo Voltaire se va. Ella lo alcanza un mes después. No saben cuánto tiempo tendrán que pasar solos, aislados en un castillo ubicado en cinco mil hectáreas de terreno, cuya condición dista de ser perfecta. Es incómodo y está descuidado. El escritor teme que el frío y las corrientes de aire lo enfermen. Por eso, cuando la joven mujer llega, Voltaire ya ha contratado a un arquitecto de la zona para comenzar los trabajos de remodelación.

Aquí, en lugar de la chimenea, deberá construir una escalera. En esta fachada quiero que combinen los ladrillos, que son más baratos, con la piedra, ordena. El piso del guardarropa debe ser adoquinado en mármol y los muros de esta habitación, en mosaicos de porcelana. Quiero una pequeña chimenea para el cuarto de baño de madame, no debe pasar frío. Entre mis ventanas, sí, en este espacio, coloquen dos pedestales para mis estatuas de Venus y de Hércules que mandaré traer de París. ¡Y espejos, muchos espejos en cada habitación! Me gusta que reflejen luz. ¡Mucha luz! ¡Más luz!

Presiente que su estancia en ese lugar será prolongada. Nunca el rey se había enojado tanto. Eso cree Voltaire, aunque unos días después de la escena que hemos visto, gracias a la presión de Richelieu y de la misma Émilie, apoyados por el jefe de la policía, que había estudiado en el mismo colegio del filósofo, éste recibe una carta en la que le permiten su regreso a París, con la condición específica de que aprenda a comportarse como un adulto. ¿Como un adulto, como un adulto? ¡Soy más adulto que aquellos que me condenan!, grita enfurecido, pero en el fondo está feliz de abandonar su exilio.

Ya instalado en París, su añorada ciudad, se da cuenta de que extraña la soledad del castillo. También le incomoda que Maupertuis se haya convertido en el personaje favorito de los salones, lugares en donde —todos lo saben— se fijan los códigos sociales de pensamiento y conducta. Y sí, también nota que su amada dedica menos tiempo al estudio, pues no logra resistir las tentaciones mundanas: sobre todo el juego, un vicio que la atenaza y la llena de deudas. Así que Voltaire continúa pasando grandes temporadas en Cirey, su lugar favorito para pensar, escribir, hacer largas caminatas por el bosque e inspirarse al lado de su queridísima Minerva francesa de quien —es definitivo— nunca podrá alejarse.

Esta no es la primera vez, ni será la última, que el filósofo sufra la censura de Luis XV y tenga que salir huyendo, a veces al extranjero, para no ser apresado. El Parlamento condena varias de sus obras, clausura sus representaciones teatrales, ordena la quema de sus libros, encarcela a los editores. El escritor acabará acostumbrándose. Además, su bella Urania lo procura. Es musa e impulsora. No sólo le otorga la tranquilidad esperada para poder concentrarse en sus escritos, sino, cuando es necesario, invita a su castillo a personajes ilustrados para entretenerlo con diálogos inteligentes.

Por ejemplo, en otoño de este año, Algarotti, el joven físico y geómetra italiano, acepta la invitación de la marquesa y viaja, junto con Richelieu, al castillo de Cirey. El veneciano, que tiene fama por su afición a la gastronomía y a los jovencitos, es muy amable y con una gran educación: ha viajado por toda Europa gracias a que su padre, un rico comerciante, puede financiarlo. Los cuatro intelectuales comparten discusiones, conocimientos, doctos libros de física —un Jacquier, el Rohault comentado por Clark, y la física de Musembrok, entre otros—, y el laboratorio cada día mejor equipado. Incluso, llevan a cabo experimentos de óptica, hablan sobre la densidad de los astros y observan los anillos de Saturno.

El afortunado encuentro ve sus frutos tres años después, en un libro que el científico italiano ilustra con un retrato de madame Du Châtelet en su portada, aunque, faltando a su promesa, no se lo dedica: *Newtonianismo per le dame*. Un texto de divulgación científica, al alcance de cualquier mujer.

1. París, noviembre de 1935

—¿Te gusta cómo te hago el amor? —pregunta André, después de haberla besado profundamente, como si la propia supervivencia emocional dependiera de ese momento.

—No mucho —contesta ella, indiferente, mirando hacia la pared, de la que comienza a desprenderse una sección del tapiz de flores.

—*Mi az?* ¿Qué? —grita, alejándose de Gerta de manera automática. Mientras ella ríe, con carcajadas frescas, festivas, él le da una leve nalgada en esa parte de su cuerpo, pequeña, bien formada. Antojable. Mordible. Acariciable.

—¿Todavía no eres capaz de adivinar cuando estoy bromeando, mi *tzigane*? ¿No conocen los chistes en Hungría? Adoro tus besos. Al disfrutarlos, siento que nada malo puede pasarme.

—¿Cómo adivinar las bromas? Todo lo afirmas con una seriedad impresionante. Parece que estás en una asamblea del Partido Comunista, luchando contra el nacional socialismo.

—Pues de eso se trata: del brevísimo placer al saber que puedo confundirte, engañarte. Y siempre soy de izquierdas, que te quede claro. Hasta en la cama —dice con una sonrisa seductora y traviesa.

Desde joven, Gerta Pohorylle tenía dos características: ser una arriesgada luchadora contra el totalitarismo y una gran actriz. Un don natural que utilizaba de forma sabia. Cuando fue encarcelada en Leipzig, por repartir propaganda anti nazi —al menos esa fue la excusa—, lloraba si se lo proponía, sobre todo en los interrogatorios, para suavizar a los guardias. Y eso, a pesar de que en su niñez sus padres le prohibían llorar.

Diecisiete años cumplidos y diecisiete días en una celda en donde, para aprovechar el tiempo, inventó un alfabeto de golpes en la pared para comunicarse con las otras presas. También utilizó el breve encierro dando clases de inglés y francés, y para mantener entretenidas a las compañeras, cantaba canciones americanas. La voz no era muy potente, aunque se escuchaba dulce, afinada. Y alegre; alegre a pesar de estar tras las rejas. Si sus padres lograron liberarla fue gracias a que tenía pasaporte polaco (debido al origen de su familia) y a las negociaciones del cónsul de ese país. En realidad, la Gestapo buscaba a sus hermanos menores, que pertenecían al Revolutionäre Gewerkschaftsopposition y que sí representaban un

serio peligro. Pero ellos habían huido a tiempo.

En el pequeño apartamento de la pareja de exiliados apenas caben una cama, la mesa para cuatro personas (que usan como escritorio), una cocineta, un baño convertido en cuarto de revelado, libros apilados en una esquina y un sillón café, viejo pero cómodo, para leer mientras entre buena luz por la ventana. La vista es muy parisina: techos y más techos verdes grisáceos, de dos aguas, con sus muchas y pequeñas chimeneas naranjas. Nubes bajas que comienzan a despedirse del día.

—Voy por un poco de agua. A mi regreso, quiero que estés dormido —dice ella, amenazándolo con una sonrisa coqueta, que deja ver sus dientes muy blancos.

—No puedo dormirme tan rápido. Y, además, no tengo sueño todavía.

—Anda, Bondi, hazte el dormido. Verás que no encontrarás de qué arrepentirte —lo reta con ese tono sensual, ronco, que adquiere cuando tiene ganas de sentir, muy adentro, la piel de su amante. Se levanta y camina desnuda, dándole la espalda. Gerta tiene una relación de total libertad con su cuerpo. Apenas ayer, frente a Bob, Ruth y dos amigos que la acompañaban, se deshizo de su suéter de la manera más natural, para ponerse una blusa ligera. Mientras buscaba la de olanes en el cuello, con sus senos al aire seguía opinando sobre la película de Fritz Lang que habían visto el día anterior. Sentir pudor no es lo suyo. Alegría sí, una contagiosa alegría de disfrutar cada una de las pequeñas actividades cotidianas.

Gerta bebe varios tragos de agua colocando su boca bajo el grifo; los cuatro vasos que encontró están sucios. Con lo que André gana de sus fotografías y ella, como secretaria y administradora de la agencia Alliance, les alcanza mejor que antes, pero viven sin ningún lujo. Aunque ambos provienen de hogares pequeño burgueses, acostumbrados a no sufrir carencias, tienen más de lo que necesitan y son, en ese momento, felices. Ser jóvenes, estar enamorados y compartir su manera de ver el mundo es bastante.

André está recostado, boca abajo, sobre las sábanas. También desvestido. Así que, calmada la sed, su novia se acerca, sigilosa. Comienza a ronronear y se pone en cuatro patas. Gateando, se aproxima a la cama. Intenta imitar la sensualidad de los movimientos de un felino, pero el resultado es cómico. André, que ha abierto un ojo curioso, ríe ante la escena y también ronronea. Gerta arquea la espalda y, de un salto, se sube al colchón con una agilidad que impresiona. Vuelve a ronronear mientras acaricia la espalda, nalgas y piernas del húngaro con suavidad. Al llegar a los tobillos, comienza a darle unas sutiles mordidas, de los pies hacia arriba. Ahora, André es el que gruñe. Bueno, más bien es un bramido lastimero que divierte a

su novia. Cuando los dedos femeninos se acercan al torso, tocan la línea que insinúa la columna. Ahí las uñas, que ayer fueron limadas para lucir redondas, apenas lo rozan, como si su dueña se hubiera vuelto tímida de pronto. Finaliza en la nuca, en donde se detiene durante un buen rato. ¿Será, acaso, que hay nucas infinitas? El hombre se estremece y se vuelve, mostrando su verga dispuesta.

—Cierra los ojos. Hazte el dormido. Está prohibido tocarme: aquí la única con derecho a acariciar soy yo —le ordena ella. Enseguida, sin otro preámbulo, su lengua se desliza por el miembro endurecido, palpitante de ganas. La lengua húmeda y juguetona pronto lo obliga a creer que sólo ellos existen, sólo en ese lugar, sólo en ese instante… tan corto, y tan eterno.

—Dios, dios. ¡Dios mío! —murmura André, desde el fondo de su garganta.

—No invoques a un dios en el que no creemos. Menos ahora —responde ella con una voz aterciopelada por el deseo y, enseguida, regresa su lengua al escenario de la batalla.

—Dios… —gime con la voz ahogada—. Este es el único momento para invocarlo. Ah, ah. ¡Dios! No pares. No discutas. Sigue, por dios. Sólo aquí, en la cama, cuando estamos juntos, creo en él. ¡Ay, dios mío! —brama André en el instante en que la boca de Gerta lo lleva directamente, al mismo tiempo, al paraíso y al infierno.

II. Francia

Louis-Nicolas Le Tonnelier de Breteuil, padre de Émilie, fue un hombre inquieto, inteligente, lleno de vida y… un poco mujeriego. El rey Luis XIV le tenía mucha estima y admiraba tanto sus dotes diplomáticas, que lo nombró encargado de presentar a los embajadores en la corte y de recibir a los príncipes extranjeros, en viajes oficiales o privados. Así que la infancia de Émilie fue privilegiada en todos sentidos. Se sabía querida por sus hermanos y con su madre, Anne de Froullay, mantuvo relaciones adecuadas aunque distantes. Era rígida, severa. Hasta el día de su muerte la vio como una mujer demasiado conservadora, convencional, a diferencia de ella, que necesitaba emociones fuertes para sentirse viva.

El barón De Breteuil también era un adorador de la filosofía, pero como reconocía sus propias limitaciones, se hizo rodear de grandes hombres. Su biblioteca, una de las mejor provistas y más bellas de la elegante zona de las Tullerías, en la que habitaba, atraía a los estudiosos. En esa biblioteca, por ejemplo, Fontenelle ilustraba a una interesada Émilie de apenas diez años, explicándole el cartesianismo y la astronomía de acuerdo a su libro *Entretiens sur la pluralité des mondes*.

Fue el duque de Richelieu quien logró que un tal François Arouet, que se hacía conocer como Arouet de Voltaire, se convirtiera en un asiduo visitante de la casa del padre de Émilie. Comenzaba a tener fama de intelectual con futuro y se comentaba cómo, a los dieciséis años, le anunció a su padre que llegaría a convertirse en un "hombre de letras". Ahora era acusado de ser un poeta libertino; de hecho, acababa de salir de una breve estancia en la prisión de la Bastilla. ¿Acaso hay algo más atractivo que la combinación de la poesía y el libertinaje?

Émilie, de apenas doce años, había escuchado del dramaturgo, y le había rogado a su padre que la llevara —nunca antes había ido al teatro— a la Comédie Française, al estreno del *Edipo*, en noviembre de 1718. Esa obra la dejó marcada, sobre todo por un parlamento de Yocasta que repetía de memoria: "Nuestros sacerdotes no son lo que el vano pueblo cree, nuestra credulidad hace toda su ciencia". Edipo nunca volvería a ser Edipo. Los textos clásicos, tampoco. Aprendió a tener una nueva mirada ante lo escrito, a reconfigurar, desde un punto

de vista diferente, lo que se da por hecho.

Aunque parezca mentira, Émilie había visto a Voltaire algunas veces en los salones que organizaban sus padres en casa, pero no lo conoció bien, es decir, no habló con él hasta la Fiesta de la Primavera, en el castillo de Sully-sur-Loire, a la que toda la familia De Breteuil había sido invitada. Ella tenía quince años y ya se distinguía por su delicada belleza, su dominio en el arte de la conversación y su educada voz, que le servía tanto para cantar como para actuar en comedias. Ahí, en un improvisado teatro del castillo, sobre el pasto podado con precisión, Voltaire la vio recitando el parlamento de alguna obra de un autor al que él, como acostumbraba, no le daba importancia. Le pareció divina y no dudó en decírselo, claro, con previa autorización de su padre. Émilie se sintió de otro mundo ante los halagos del filósofo. ¿Ella, adulada por un escritor con varios libros en su haber? ¿Por ese hombre atractivo, de nariz respingona, pómulos angulosos, ojos traviesos y conversación impertinente? ¡Genial! La mirada arrobada de la joven, en llamas, obligó al barón De Breteuil a regresar a París antes de lo planeado. Sabía distinguir la pasión en los ojos de su hija y reconoció el peligro.

De vuelta a la mansión familiar, Émilie se dedicó, con una tenacidad todavía más estricta, a sus estudios. Desde la alcoba del cuarto piso podía observar, cuando se cansaba, los jardines de las Tullerías. Dormía lo mínimo y no resentía las pocas horas de sueño, comía sin siquiera fijarse en el contenido del plato. Parecía poseída por una extraña ansia de conocimiento.

Vivía rodeada de libros, ante la mirada de desaprobación de su madre. Conocía a Tasso, Milton y Virgilio a la perfección. Comenzó a traducir *La Eneida* del latín y sabía, de memoria, varios pasajes de Horacio. Estudiaba todos los días, y a profundidad, un libro sobre el sistema solar. Leyó completa la Biblia, aunque no con interés religioso. Y así, en esas extrañas circunstancias para una mujer, reencontró a Voltaire en su casa y, aunque dejó de verlo durante un tiempo, tiempo en el que, por ejemplo, contrajo un conveniente matrimonio, jamás logró sacarlo de su pensamiento… ni de sus ganas.

Si bien el barón De Breteuil tenía prestigio, sólo poseía como dote para su hija ciento cincuenta mil libras francesas. Así que la opción más deseable para casarla, por pertenecer a una prestigiada familia —aunque en sus arcas no tiene los recursos que ellos hubieran soñado— fue el marqués y coronel Louis Marie Florent-Claude du Châtelet. De treinta años recién cumplidos, militar reputado, coronel de un regimiento, pertenecía a una de las grandes familias conocidas como “Les chevaux de Lorraine”. Había heredado el castillo de Cirey-sur-Blaise, en la región de Champagne, y un elegante, pero algo pequeño, *pied-á-terre* en París, sobre la calle de Saint-Honoré. También contaba

con una pensión real de cuatro mil libras mensuales. Tenía fama de hombre distinguido y bueno. Lo mejor de todo: era poco exigente y no le pediría renunciar a sus estudios científicos, así que Émilie obedeció encantada porque le era muy conveniente. Y como el marqués siempre estaba de guarnición y su única afición era el ejército, la joven, once años menor, podría aprovechar las largas temporadas que pasaría a solas dedicada a aprender inglés y flamenco, a leer sobre metafísica, a estudiar la "Venus física" de Maupertuis y a dilucidar sobre las ventajas de la ley de la gravedad sobre los torbellinos cartesianos, entre otros temas. El conocimiento le fascinaba.

A pesar de que la ceremonia fue discreta, en el contrato matrimonial, fechado el 25 de junio de 1725, estampó su firma el rey mismo: era un honor anhelado entre los miembros de la corte. Émilie, de diecinueve años, no le dio importancia. Dos años después, la joven mujer ya era madre de dos hijos y, al morir el tercero, Victor-Esprit, al poco tiempo de haber nacido, se dedicó, con una pasión que asustaba, al estudio de las matemáticas. Bueno, sin abandonar los placeres de la sociedad parisina y de Fontainbleau: bailes, juego, música —siempre y cuando no fuera de Rameau— y teatro. Normalmente no regresaba a su casa antes de las tres de la mañana, pero su disciplina la obligaba a levantarse temprano para seguir estudiando. Émilie sabía disfrutar lo mejor de los dos mundos: el del intelecto y el trivial. También, como mujer libre, elegía su destino y sus querencias.

En esa época se enamora de su primer amante: el conde de Guébriant, de una vieja familia aristócrata. 33 años de edad. Seductor y libertino. Gran bailarín. Acostumbrado a tener a las mujeres a su servicio, a quienes encanta por su facilidad para hacerlas reír. Un poco de diversión y se creen felices. En un principio, él ve a Émilie con cierta simpatía, pero la intensidad de su manera de ser y los caprichos de la mujer lo alejan. Exige exclusividad, saber en dónde está y qué hace a cada minuto. Yo no sé ni moderar ni disfrazar mis pasiones, decía Émilie, y lo demostraba. Su mejor amiga, la duquesa de Saint Pierre, con la experiencia que le otorgaba ser mayor que ella, un día le recrimina: "¡Una Breteuil no puede comportarse como una perra en celo!".

Al darse cuenta de que el conde no le corresponde como la joven sueña, lo invita a su casa en un último intento para convencerlo. Le da argumentos. Presume de su belleza e inteligencia. Grita. Llora. Finge un desmayo. Utiliza varios ardides femeninos y los que inventa sobre el camino. Cuando se da cuenta de que no ha logrado su objetivo, se recuesta, tranquila, sobre un sofá forrado de tafeta lila, se despide del conde con amabilidad y hasta con cierta indiferencia, y le pide que tome una carta que está sobre la chimenea, junto a una exquisita jarra de porcelana de Sévres. Antes, le ruega que le sirva un poco de la

bebida de esa jarra y le da instrucciones para que abra la carta al día siguiente. Por fortuna, el conde no obedece. Algo presiente, así que en lugar de subir a su carruaje, lee la nota en la calle:

Muero envenenada por su mano.

Sólo cinco palabras. Aterrado, lee otra vez, como si la primera lectura le hubiera hecho una jugarreta. No hay duda. El corazón comienza a correr antes que sus piernas. Regresa rápidamente a la residencia de los Châtelet, sube los escalones de dos en dos, nervioso, a tiempo para salvarla. Si Émilie se envenenó como estrategia para recuperar a su amante o buscaba que en realidad la muerte llegara a quitarle la desazón del duelo amoroso, no lo sabemos. Tal vez ni siquiera estaba segura de lo que hacía en esos momentos en que la amenaza de un abandono quita cualquier certeza.

Madame du Châtelet, en cierta manera, aprendió la lección y cuando su segundo amante, el encantador duque de Richelieu, un militar con gran prestigio, comienza a alejarse, logra controlar su pasión devoradora; no hace ningún drama y prefiere, mejor, conservarlo como amigo. Fueron amigos, de hecho, durante largos años. Con comodidad adopta el dicho de: "Las locuras más cortas son las mejores". Amar hasta las últimas consecuencias, con toda la pasión disponible, pero si el amor no puede concretarse por la razón que sea, curarse de él.

También decide elegir a hombres más afines a ella: su tercer amante es Pierre-Louis Moreau de Maupertuis, un matemático y astrónomo de avanzada, que pone en duda a una Academia de las Ciencias demasiado cartesiana y anquilosada. El mismo hombre que viajó a Laponia y pasó ahí seis semanas a veinte grados bajo cero para medir los polos por triangulación y comprobar que Newton tenía razón: ¡el achatamiento es un hecho definitivo! Los cartesianos, que pensaban en una esfera perfecta, se mostraron indignados. El mismo sujeto a quien Émilie escribe: "Estoy segura que su imaginación no se resentirá de los hielos de los polos", "Contésteme enseguida o, mejor, venga a darnos usted mismo noticias de la forma de la tierra".

La relación de madame Du Châtelet con sus hijos, cuando pequeños, fue distante; parecía tener su lado maternal dormido. Tal vez porque era insaciable con sus tres inclinaciones: el juego, el conocimiento y el amor. Cuando sus hijos crecieron, Florent-Louis se convirtió en su favorito. En cambio, Gabrielle-Pauline parecía estorbarle. Tanto que, en el momento en que entró a la adolescencia, la mandó a un convento del que la sacó poco tiempo antes de casarla con Alfonso Caraffa, duque de Montenegro. El hombre pidió su mano, sin exigir

dote alguna, empujado por sus ansias de pertenecer a la familia de la Maison de Lorraine. La joven, de dieciséis años, se fue a vivir entre Capodimonte y Nápoles, Italia. Durante un tiempo, su marido le consiguió ser dama de honor de Amélie, la reina de las dos Sicilias. Nunca volvió a ver a su madre.

Voltaire, ante ese hecho inexplicable, jamás se atrevió a preguntarle sobre el desequilibrio de afectos hacia sus hijos. ¿Por qué no privilegió a su hija con los mismos estudios con los que su padre la benefició a ella? Una mujer de avanzada, como Émilie, le negó la misma oportunidad a su chiquilla. Extraño. En cambio, respecto a su hijo, a quien amaba con una ternura generosa, tuvo todas las preocupaciones y el cuidado de dotarlo de los preceptores más capaces. Se sabía responsable de su educación y le dedicó una de sus mejores obras: *Instituciones de física*. En el prefacio le confiesa su deseo de que aprenda la interacción entre el alma y la razón. Lo impulsa hacia el conocimiento, convenciéndolo de que la geometría es la clave de todos los descubrimientos y que la ciencia le permite al individuo obtener claridad moral y ser mejor persona. Le advierte que no se deje llevar por la idolatría hacia los grandes sabios y que nunca olvide ejercer la crítica. Le pide que defienda su tiempo dedicado al estudio, que abandone las inutilidades de la vida y se entregue al conocimiento. Le habla, en fin, con una sabiduría y una dulzura que su hija jamás recibió. No deja de ser extraño…

Émilie

¡Ay, querido Voltaire, de sobra sé que soy apasionada y exagerada en todo! Me entrego por completo, sin importar las consecuencias. Además, heredé el carácter fantasioso de mi padre y sus ganas de que me convierta en una mujer excepcional. Lo que más aprecio es mi libertad. Pero con usted soy una esclava. A Nattier le he mandado hacer mi retrato en miniatura, para que lo lleve en el engaste de su anillo, para estar siempre junto a usted. Sé que se nombra "el primero de los Emilianos", aunque quiero que sea el único. No llevamos ni medio año juntos, y acaricio la certeza de que no hemos de separarnos nunca. De que compartiremos placeres, penas y las mismas inquietudes del intelecto. ¡Usted me es tan indispensable como el aire que respiro!

Desde la ventana de mi habitación parisina, frente a la que estoy ahora, admiro los enormes castaños y lo imagino caminando entre ellos, resolviendo algún acto de su próxima obra de teatro. Y sí, acepto la crítica que me hizo el otro día, cuando se negó a acompañarme con Dulac a encargar mi cofre de perfumes, de marquetería y plata: "Su gusto por los moños y los diamantes es igual de fuerte que por las demostraciones de Euclides", me reclamó. Prometo tratar de controlar mi amor por lo mundano, pero creo que será usted quien deberá acostumbrarse. Amo los muebles finos, como esas sillas de la reina que acabo de recibir; los brazaletes y collares me enloquecen, los vestidos de gasa, seda o chintz llenos de encajes y pompones, a la moda. Pero usted acabará por disfrutar mis caprichos, pues esos objetos me convierten en un ser más femenino y coqueto. ¿Quién se resiste ante la belleza? Igual de importante es cultivar la mente que el cuerpo, usted mismo lo ha dicho. Adiestrar los sentidos, como el del tacto o el placer de la vista.

Acepto ser un poco autoritaria, pero desprecio la superstición, y la religión jamás nubla mi entendimiento. Tal vez paso demasiado tiempo jugando tric-trac o cavagnole, pero sigo interesada en la mecánica y los teoremas. Tal vez tengo deudas de juego y gasté lo que no debía en las marionetas venecianas, pero pronto he de ahorrar para cumplir nuestro sueño, un laboratorio de investigación que llenaremos de instrumentos: la balanza hidrostática, una bomba de fuego, la máquina neumática, un cuadrante horizontal inclinable con meridiano

y cualquier otro aparato que sirva a nuestros propósitos.

¡Ay, Voltaire mío! Nos espera una vida de placeres terrenales y celestes, de espíritu y carne. ¡Hemos de conseguir tantas cosas juntos! Disculpe mi entusiasmo desmedido; siempre he creído que el amor es ese gusto mutuo de dos almas igual de sensibles a la felicidad y al placer. En nuestro caso, también al conocimiento y a la ambición de no dejar este mundo sin haberlo marcado, modificado un poco. Nuestras almas, *dear lover*, jamás podrán separarse.

2. Alemania

Los padres de Gerta Pohorylle, Heinrich y Gisela, eran educados y cultos. Ambos amaban la lectura, tal vez contagiados por Anna, la tía favorita de Gisela, quien leía a Goethe, a Schiller y sorprendía a los conocidos por sus ideas tan liberales.

Pertenecían a la burguesía y hubieran elegido una carrera interesante para dedicarle tiempo cada día y poder vivir de ella, pero los judíos no tenían acceso a muchas profesiones, así que no les quedaba más que subsistir del comercio. Lamentablemente, el padre de Gerta no era tan bueno para eso. Consciente de su debilidad, tuvo que trabajar vendiendo huevos y tabaco; así logró ganar bien y hasta pudo darle ciertos lujos a su familia.

Gerta pasó una infancia y adolescencia bastante confortables, claro, excepto durante los difíciles años de Gran Guerra en que, además del miedo, la gente sufría por la falta de carbón, madera y alimentos. Subsistía de algunos vegetales y de pan, siempre y cuando consiguiera tarjetas de racionamiento. Pero ella era muy pequeña, y la inocencia de los niños provoca que vean juegos y fantasía aunque haya hambre. El monótono menú de betabel, papas y ejotes hasta le gustaba. Los betabeles le fascinaron siempre. La sopa de betabel rostizado con un toque de jengibre y gotas de limón que sirven en el bistró Vivienne es su favorita.

El primer hogar de los Pohorylle, de recién casados, fue en Reutlingen. De ahí se fueron a vivir a Stuttgart, donde nació Gerta un primero de agosto de 1910. Después se cambiaron de ciudad pero, debido al boicot contra las mercancías judías, en 1933 se vieron forzados a cerrar el negocio y a mudarse otra vez a Leipzig.

Gerta tenía dos hermanos menores: Oskar y Karl, a quienes adoraba y veía con admiración. Y ellos la consentían tanto como su padre; era su hija favorita. De Oskar aprendió a conservar los pies en la tierra, a no mostrar sus debilidades, a lucir segura de sí misma sin dejar que sus emociones pudieran traicionarla. De Karl, su alegría de vivir, su desenfado, pero también su voluntad inquebrantable.

Desde joven, su manera de ser parecía contradictoria: a Gerta le llamaba la atención el mundo de la inteligencia, del conocimiento. Leer, aprender otros idiomas, estudiar filosofía… Asistir a conciertos de música clásica y al teatro. Por otro lado, disfrutaba la ropa, los

tacones altos que pocas veces se quitaba, las joyas. Gustaba de asistir a tés danzantes y a bailes, elegantemente ataviada, y desvelarse hasta la madrugada. También le atraían los buenos restaurantes. Y era una gran deportista: nadaba muy bien, ejercitándose en alguna alberca al aire libre, como la Lido Rouge, cercana a su casa, o en el lago Neuner. Cuidaba su figura, alimentándose de manera sana y jugando tenis cada vez que podía. Acostumbraba fumar y beber champaña. En fin, sabía disfrutar lo mejor de los dos mundos: el del intelecto y el dedicado a las trivialidades.

Es posible que la persona que más haya influido en su destino haya sido su segundo novio, Georg Kuritzkes (Jörg, para Gerta), quien vivía cerca de la casa de los Pohorylle con Dina Gelbke, su madre, una mujer revolucionaria y comunista que había conocido y frecuentado a Lenin durante su exilio en Suiza. Georg estaba politizado, pertenecía, incluso, a la Unión de la Juventud Comunista y todo el tiempo hablaba de la lucha de clases. Él le contagia su odio al fascismo, al racismo y a cualquier tipo de dictadura. Le enseña a rechazar toda forma de opresión y de injusticia. Juntos, sueñan con cambiar a la sociedad, abrazando los ideales de izquierda. Quieren luchar por liberar a la humanidad de sus yugos. Gerta adopta estos ideales, fascinada, porque encuentra un grupo con el cual se identifica. Así puede olvidarse de su religión, que en la vida práctica le estorba. Como su tío, quien para mimetizarse cambió su nombre de Moisés a Moritz, ella decide que el comunismo la adopte aunque; eso sí, jamás se afilia a ningún partido.

Hitler ya es canciller y la gente, sus vecinos y conocidos, comienzan a denunciar a quienes son o parecen judíos. En su barrio ve enfrentamientos llenos de violencia entre nazis y comunistas, que la dejan muy impresionada. Sus queridos hermanos se han politizado y luchan con toda su juventud e imaginación. Se confiesan anarquistas, ante el temor de sus padres. Gerta sabe que ella también debe hacer algo para evitar al dominio nacional-socialista: participar en manifestaciones, repartir propaganda anti-nazi, lo que sea. Por eso la detienen y la meten a la cárcel en marzo de 1933. Combinando sus dos características: combate político y gusto por lo frívolo, las presas se sorprenden al ver entrar a la nueva detenida: elegante, vestida como si fuera a asistir a una divertida fiesta. Sus padres logran liberarla, aunque también hay que reconocer el mérito histriónico de la propia Gerta: en los interrogatorios convence a la policía de que es una jovencita apolítica, inocente, hasta inculta, que no sabe lo que está pasando en Alemania ni le interesa. Por fortuna sus hermanos ya han pasado a la clandestinidad y se encuentran en un lugar seguro, así que Gerta decide irse a París. Se da cuenta de que si se queda en el país en el que nació, no podrá ayudar a estructurar un mundo distinto,

más justo, al que aspira. Su libertad y hasta su vida peligran en Alemania.

Cuando sus padres la despiden en la estación del tren, se sienten aliviados. El primer novio de su hija, Pieter Bote, que seguía enamorado de ella (¿qué les haría a los hombres que tenía a tantos a sus pies?), promete subsidiarla, enviándole cierta cantidad de dinero al mes para que no pase hambre en la capital francesa. Quiere saberla en un lugar seguro, igual que Georg, quien lleva un tiempo extrañándola: a su sonrisa y a su cuerpo menudo que siempre ha sabido recibirlo. Su novio, que estaba estudiando medicina en Berlín, llega a Leipzig dos días antes, pero se despiden en privado, de manera apasionada y ansiosa, en un cuarto de hotel cuyas paredes pintan humedades. Decide no ir a la estación, alegando que la escena se convertiría en un lugar común odioso: la mujer asomada a la ventana del vagón, agitando un pañuelo blanco mientras el amante, vestido de gris, impecable, corre a su lado para enviarle el último beso. Georg detesta las lágrimas y la cursilería. Ella también.

Así que Gerta Pohorylle, cargando su indignación política, pero también todos sus encantos, cruza la frontera con su pasaporte polaco y arriba a París a finales del verano de 1933.

Llega a una ciudad a la que Hemingway describía en fiesta constante. A una urbe en donde los dadaístas jugaban y lo transformaban todo. A esa metrópoli llena de cafés, bares y clubes de jazz en los que se reunían James Joyce, Henry Miller, Anaïs Nin, Pablo Picasso, Dora Maar, Man Ray, Henri Matisse y Luis Buñuel, entre otros.

Llega a un país gobernado por el primer ministro Éduard Daladier, uno de los líderes del izquierdista Partido Radical. Sin embargo, las huelgas se suceden una tras otra. El desempleo es una amenaza. El Pacto de las Cuatro Potencias ya ha sido firmado por Francia, junto con Alemania, Italia y Gran Bretaña. Georg Speicher gana la Tour de France. Se estrena la película norteamericana *Gigolette of Paris*, un melodrama romántico que Gerta se niega a ver, mientras el arquitecto Le Corbusier habla de una “máquina para habitar”. Y la prensa conservadora critica el derecho de asilo, favoreciendo un ambiente contra los extranjeros al insinuar que roban oportunidades de empleo a los ciudadanos.

En cuanto Gerta se baja del tren, con su físico de una típica alemana de raza aria, busca un lugar para vivir. Ruth Cerf, su gran amiga suiza, le ofrece compartir una habitación muy sencilla, demasiado estrecha, dentro de un apartamento en el que se ven obligadas a dividir su cama entre las chinches y ellas, y a convivir con una malencarada dueña finlandesa quien, por lo menos, las deja usar su cocina. Después, va al ayuntamiento para conseguir un permiso de estancia provisional, sin

derecho a trabajar; ni modo. Y enseguida, busca de qué mantenerse. Puede hacer lo que sea. Primero vende periódicos, después la aceptan de *fille au pair* de una familia francesa y, muy pronto, gracias a que habla tres idiomas, como mecanógrafa y dactilógrafa de un psicoanalista austriaco, René Spitz, que había hecho sus estudios con el doctor Sigmund Freud.

La joven Pohorylle se adapta a su vida en Francia rápido y bien. A pesar de que a veces pasa un día completo sin probar alimento, a pesar de que hay noches en que el frío es tan fuerte que ella y Ruth duermen abrazadas para darse un poco de calor. Gerta es incansable y siempre está sonriendo. Disfruta el día a día. A pesar de sus pocos recursos, atesora su libertad e independencia. Se muestra alegre todo el tiempo. Graciosa. Poco a poco se siente satisfecha.

Gerta

Desterrada. Dejar la tierra. La tierra de uno. Los árboles y avenidas. El olor del cardamomo y de los keftes de espinaca. Los sonidos de la infancia que todavía se alojan debajo de la cama y en algunas esquinas; los rincones consentidos de casa. La alberca en la que aprendí a nadar. La reja que imaginó mi primer beso. Las calles de mi barrio, tan bien trazadas. Los ríos de Sajonia que recorríamos los fines de semana.

Separación. No poder sentir los labios de papá sobre mi frente. No escuchar las risas de mis hermanos, persiguiéndose. Sus pasos apresurados subiendo los escalones de dos en dos. Empujándose para ser el primero en pisar la cima. Cómplices. No ver a mi madre descansando por las tardes, junto a la chimenea apagada, con el viejo libro que tantas veces ha leído en sus manos. No oler la transpiración de Jörg después de amarnos ni el aroma del cigarrillo que compartimos desde la almohada.

Expatriada. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que vuelva a pisar Alemania? ¿O será en otro lugar que deberé reconstruir mi patria? El día que nazcan mis hijos, ¿tendrán que hablar otro idioma, aprender costumbres diferentes? ¿Habrán de crecer sin mis recuerdos esperándolos en el parque de Rosenthal?

Expulsada. De mi hogar. De mi escuela. De mis calles. De mis pasos que ya sabían a dónde llegar y cómo hacerlo. De mi diario que no era diario sino semanario y que olvidé en mi cuarto de tan bien escondido que lo tenía. ¿Lo leerá mamá el día que lo descubra? ¿Mi padre se atreverá a quemarlo?

Migrar.

Huir.

Emigrar.

Escapar.

Ponerme a salvo.

¿Evadir?

Sentirme extraña y, desde el extrañamiento, tratar de adaptarme. Apretar, entre mis manos y mis piernas, la oportunidad de reinventarme. Saber que puedo ser la misma y también otra. Completa. Casi firme. Casi nueva.

Crear fantasías, contra el desarraigo. Enamorarme, contra el

desarraigo. Reconfigurarme, contra el desarraigo.

Saberme exiliada. Asumirme exiliada. Padecerlo o disfrutarlo, pero no usarlo como pretexto para nada.

III. París, 1733

Es otoño. Tiene que ser otoño: los jardines están pintados de naranjas, cobres y amarillos. Un hombre de unos cuarenta años camina con prisa, atravesando el parque. Habla en voz alta:

—Es preciso decir la verdad de todo y a todos. Es preciso.

Dos mujeres que lo ven murmurando a solas sonríen. Sus faldas hacen un ruido muy peculiar al rozar con las piedras del camino. Voltaire se pregunta por qué no confeccionan los vestidos un poco más cortos para evitar que se enloden y se descubre, una vez más, pensando en cosas sin importancia. Qué manías tengo. Qué maneras de perder el tiempo.

Entonces decide pensar en Dios; imaginarlo. Si pudiera hablar con él, le preguntaría por qué dejó que los hombres crearan la religión, que tanto daño ha hecho a la humanidad. Voltaire sabe que la única forma de acceder al Ser Supremo es a través de la razón. A veces cree en la deidad, otras, no sabe qué pensar. Presiente que morirá adorando a una divinidad, pero detesta los abusos del clero. ¿No será que Dios se ha ido a un largo viaje y no planea regresar?, se pregunta en tono irónico. ¿Acaso el requisito indispensable que le exigen las religiones a sus fieles es la irracionalidad? Nada más al pensar en esa opción, comienza a enojarse.

Mejor se olvida de Dios por un rato y la imagina a ella. Gabrielle-Émilie le Tonnelier de Breteuil lleva tres meses invadiendo su tiempo de forma imprudente, como corresponde a ese carácter pasional y travieso que la distingue.

—Su conducta libertina escandaliza a todos en París —le dijo una amiga, madame Du Deffand, el día que se enteró que la antigua amante del duque de Richelieu frecuentaba ahora a Voltaire—. Es vanidosa; el colmo de la pomposidad. Sólo habla latín frente a la gente que no la entiende. Y se hizo geómetra para estar por encima del resto de las mujeres, pero la singularidad no da la superioridad. ¿Sabe cómo le decimos? Madame Newton-Pompon-du-Châtelet —le confesó, burlona.

El escritor sabe que el comentario es producto de los celos: madame Du Châtelet no sólo es atractiva, sino inteligente y culta. Tan brillante que podría ser un hombre, piensa, sin darse cuenta de que el parque ha quedado atrás y sus pasos lo llevan quién sabe dónde. ¡Lástima que

esa mujer tenga un marido! Esta diosa está casada con un mortal y el mortal se empeña en tener ideas propias.

El filósofo se detiene. Trata de recordar hacia qué lugar se dirigía y busca una señal entre los papeles que tiene bajo el brazo. Reconoce su letra en las líneas trazadas anoche:

Admito que es tirana.
Para hacerle la corte es necesario
hablarle de metafísica,
cuando uno querría hablar de amor.

En efecto, Émilie lleva siete años casada con el marqués du Châtelet, un militar desapegado de la cultura, y ya cuenta con tres amantes en su historial aunque no es eso lo que le critican, sino su poco dominio de las emociones frente a la sociedad. Las mujeres tienen la obligación de ser bellas, frías, mundanas, discretas y con cerebros no pensantes.

Madame du Châtelet posee dos de las características anteriores: en lo exterior, es bella y mundana, es decir, presume de su rostro blanco y terso, de una cintura breve y bien colocada, cabello brillante, peinado en bucles o recogido con excéntricas peinetas, y aunque sus ojos no son muy grandes, brillan haciendo gala de un verde mar que siempre llama la atención.

Al mismo tiempo, gusta de la vida social, como todas las mujeres de la clase alta. Asiste a la ópera y a funciones de teatro, de preferencia privadas. Es asidua invitada a las tertulias de media tarde y a cenas. Adora los bailes de disfraces y los conciertos. Colecciona pequeñas pagodas chinas y japonesas, gasta en muebles caros, sobre todo del ebanista Pierre Migeon, y se acepta fanática de la joyería: cuando se arregla, de hecho, se pone demasiadas pulseras y anillos. Disfruta comentar la vida privada de los demás, pero nunca juzga y jamás condena. Se hace acompañar de amigas íntimas y caballeros jóvenes, aunque sólo se siente a gusto al lado de hombres notables. No se preocupa por el qué dirán ni trata de ser discreta.

Ejerce su maternidad como las demás señoras de su clase: dejando a sus dos hijos, Gabrielle Pauline y Florent-Louis, al cuidado de amas de llaves, nanas y preceptoras. Eso sí, supervisa que sus necesidades sean cubiertas, que el menú diario contenga alimentos variados y que el hogar funcione de la mejor manera. Es respetuosa con su marido y hasta siente por él cierta estima.

En la intimidad —la verdadera intimidad, la de la mente—, dirige su pasión hacia el conocimiento; Émilie quisiera saberlo todo, entenderlo todo. Su padre, el barón De Breteuil, fue bastante liberal con ella: le ofreció un ilimitado acceso a la biblioteca y le permitió tomar las mismas clases que sus hijos varones. Tenían iguales

preceptores y ella los superaba, a sus hermanos y a veces a sus propios maestros, en su afición por las ciencias exactas, en especial las matemáticas y la física. Émilie siempre lamentó no haber podido asistir a la universidad; tal vez por eso, después de un primer amor tormentoso, eligió amantes inteligentes, preparados, que pudieran aportarle más que el necesario pero insuficiente placer carnal: Richelieu, Maupertuis y, ahora, Voltaire. Ya había puesto sobre él su mirada, y pronto lo convirtió en un proyecto de vida.

El filósofo sabe que tiene que dejar de pensar en ella si quiere acordarse de su destino.

—¿Hacia dónde iba yo? ¿Me estará esperando alguien en algún lado? —se pregunta en voz alta. Entonces recuerda que hoy se cumple un aniversario más de la muerte de Isaac Newton y se da cuenta de que en lugar de recordar hacia dónde va, está pensando en él: después de que el científico inglés le narrara esa anécdota de la manzana que tanto interés le despertó, puso en tinta y papel el relato para que quedara registrado en la memoria. Murió cuando yo vivía en Londres; desde entonces es para mí una especie de destino, piensa—. ¿Y eso qué tiene que ver? ¿Hacia dónde iba? —se cuestiona otra vez en voz alta, sin encontrar respuesta.

“El paraíso terrenal está donde yo estoy”, escribí hace poco. A veces creo que soy genial, es una sentencia perfecta, pero… hay algo que quedaría mejor de otra manera. Decide, por lo tanto, regresar sobre sus pasos, cruzar otra vez los jardines y volver al lado de madame Du Châtelet para corregir su frase.

Es otoño. Un filósofo de unos cuarenta años camina con prisa, provocando el crujir de las hojas secas, amarillas y pardas. Sin importarle lo que las personas que cruzan su camino piensen de un hombre que habla solo, repite:

—El paraíso terrenal está donde Émilie se encuentre. El paraíso terrenal está donde Émilie se encuentre. El paraíso terrenal está donde Émilie se encuentre.

3. París, 1934

Ruth Cerf espera a Gerta en una banca de los Jardines de Luxemburgo. Sobre su regazo tiene el libro *La condición humana*, de André Malraux. Se lo prestó su amiga, la urgió a leerlo, pero apenas va en la página quince y hoy prefiere observar el paisaje otoñal. Los árboles y el suelo están pintados de naranjas, cobres y amarillos. Respira una cierta humedad que se desprende, es probable, de las hojas que cubren la tierra y el pasto.

Ve pasar a un hombre, de unos cuarenta años, hablando solo y caminando con gran prisa. Sonríe. Ella también acostumbra hablar sola y hasta se regaña en voz alta. De pronto, la mano de Gerta sobre su espalda la asusta.

—¿Pues en qué estás pensando? —le pregunta, al sentir el sobresalto.

—En todo y en nada. En realidad estaba observando los árboles. Este lugar es un paraíso.

—¿Crees en el paraíso, acaso? —la cuestiona Gerta, sentándose a su lado.

—Quisiera pensar que el día que muera iré a un lugar mejor. ¿Y tú?

—¡Ya sabes que no creo ni en dios! Dios y el paraíso sólo son los anhelos más persistentes y universales de los hombres. Yo pienso que la religiosidad en realidad es un instinto. Para sobrevivir, hay que creer en algo más grande que nosotros.

—¿Un instinto? ¿Así como el sexo, para asegurar que la especie no desaparezca?

—Se nota que has leído las ideas de Darwin, ¿eh?

—Ya ves, no eres la única que lee —afirma Ruth, quitándose un rizo que le cubre el ojo derecho.

—Pues sí, tienes razón: un instinto para asegurar la especie. Algo que, incluso, algún día se explicará en términos químicos o biológicos y del funcionamiento del cerebro, ya verás. Ése sería un verdadero milagro: comprender de qué va el cerebro.

—No te estoy entendiendo nada. A veces dices cada cosa… Al negar la existencia de Dios niegas tu judaísmo. Mmmhh… si tus padres te oyeran.

—Mis padres no son muy religiosos. Y no niego mis raíces judías, las acepto como parte de mi identidad, pero nada tienen que ver con el

paraíso. Son sólo un dulce recuerdo: la voz de mi padre, por ejemplo, tan profunda y musical al rezar durante la ceremonia de Shabbat… Bueno, si soy sincera, en realidad ser judía me ha estorbado. De niña, mis amigas y compañeras pensaban que yo era rara, así que decía mentiras a cada rato e inventaba un personaje para ser aceptada. Creo que desde entonces aprendí a actuar para disimular mi origen. Pero prefiero no recordar esa época.

—Explícame lo del instinto, pues. Y después vamos a un café. Comienzo a sentir un poco de frío —dice Ruth, frotando las palmas de sus manos y alzando los hombros. Dos niños, acompañados de su ama de llaves, caminan dando pasos tan parejos y rítmicos que parecen miembros del ejército y no un par de chiquillos tratando de divertirse en un parque.

—La incertidumbre nos provoca miedo. Sentir que no hay un ser supremo que nos cuida, que nos protege, al que le podemos rezar y hasta pedir milagros, le causa mucha ansiedad a la mayoría de los seres humanos. Y eso, desde siempre. Desde que el hombre es hombre. Tantas preguntas sin respuesta, como qué pasa después de la muerte, nos enloquecen. Entonces, hay que resolver esta ansiedad, que no es buena para la gente. ¿Cómo? A través de la creación de mitos, dioses y paraísos. Creer te hace sentir más tranquila. ¿No?

—No sólo a mí, a todas las personas normales.

—Mmmhh… ¿Hueles? ¡Castañas asadas! Qué rico. Tienes razón, vámonos, ¿no? Me está dando hambre —dice Gerta, levantándose.

—Un segundo: no dejes la plática a la mitad. ¿Escuchaste lo que dije? —reclama Ruth, todavía sentada.

—Lo que quería decir es que necesitamos mitos y ritos. Espiritualidad. Para sobrevivir. Además, la religión nos hace sentir parte de un grupo, nos da un sentido de pertenencia.

—¿Y resulta que tú eres un ser especial porque no necesitas nada de eso? —pregunta Ruth poniéndose de pie y dando el primer paso.

—Resulta que yo pongo en duda lo que me dan por hecho y utilizo la razón. Para mí un poema de Eliot es mucho más útil para consolarme o encontrar respuestas. De la prisión de Wächerstrasse me sacaron mis padres, no dios. ¡Es tan ridículo creer en un ser supremo! No te enojes —le dice, observando el gesto furioso de su amiga—. No estoy diciendo que seas irracional, Ruth, pero no me digas que piensas que dios creó al mundo en siete días.

—Seis. El séptimo descansó —la corrige, todavía molesta.

—Seis, pues. El cuento de Adán y Eva, las tablas de Moisés. No me digas que es cierto lo del arca de Noé. ¡Por favor! Yo a las doce tribus de Israel no les debo nada.

—Creo que cada quien es libre de creer en lo que quiera.

—Está bien, de acuerdo. ¿Pero sabes que entre más inteligente es la

persona, más culta, más estudios tiene, es menos religiosa? La mayoría de los científicos, por ejemplo, no creen en dios —sentencia Gerta, con la seguridad que otorga haber leído muchos libros—. Personalidades como Marx, Freud, Feuerbach, Russell, Nietzsche ven a dios como una reliquia. Esperan, como yo, que con una sociedad más igualitaria, con ciudadanos más educados, con la ciencia que vaya llenando los huecos, dios acabe por desaparecer. Digamos que un día dios se irá de viaje para, espero, no regresar nunca.

—Pero si, como tú dices, creer en Dios es instintivo, es porque nos hace bien. ¿Qué hay de malo en ser consolados, en pensar que algo más grande que nosotros nos protege, en encontrar un sentido eterno a nuestras vidas? ¿O qué, todos los creyentes somos débiles o cobardes o… tontos?

—Ruth, no te enojes. Pero también ve el mal que le ha hecho la religión al mundo.

—Uy, ya salió la Gerta anarquista.

—Me muero de hambre. Apúrate. Vamos al Mephisto, por lo que más quieras.

—Y ahí sigues con tus discursos.

—No es discurso —dice la alemana, apresurando sus pasos y dirigiéndose hacia su destino. Enfrente está el domo del Panthéon, ese monumento neoclásico junto al que han caminado tantas veces, sin fijarse. Gerta lo señala—. Ahí está el féretro de Voltaire. ¿Sabías?

—Paso por aquí muy seguido y nunca he entrado. ¿El filósofo?

—¿Cuántos Voltaires conoces? ¡Claro, el filósofo deísta! Es mi intelectual favorito. A los treinta años ya era famoso, aunque yo espero ser conocida antes. Él tampoco creía en el paraíso, ¿sabes?

—¡Y dale con tu tema!

—Nada más te cuento esto y prometo hablar de otra cosa. Cuando Voltaire estudiaba en el colegio Louis-le-Grand, le quitó su vaso a un compañero. Un maestro jesuita le dijo que lo devolviera. ¿Por qué lo molestas? Si eres así, no irás al cielo, lo amenazó. Por eso odio a la religión: sólo buscan meternos miedo. El caso es que Voltaire, que era un niño, le contestó: "¿De qué está hablando con su cielo? El cielo es el gran dormitorio del mundo". ¿No es genial esa frase?

—El dormitorio del mundo. Mmmhh… En todo caso, un gran gran gran cementerio. ¿No? Ahí van a parar todos los muertos —afirma Ruth, riendo.

—¿Ves? Ya estás empezando a pensar como yo. Me toca invitar —dice Gerta, abriendo la puerta del local, en el Boulevard de Saint Germain—. Pidamos un whisky, sin hielo ni agua ni nada, como lo toma André. Es amargo y fuerte; verás qué rápido te quita el frío.

Cuando escucha el nombre del fotógrafo húngaro, a quien acaban de conocer, Ruth está a punto de decir algo aunque decide callarse;

han discutido demasiado. Mejor se guarda su opinión sobre ese judío que parece gitano. No le da mucha confianza. Atractivo, muy masculino, dueño de una reputación de seductor bien conocida. Mirada pícara. Es un hombre capaz de hacer creer, a cualquier mujer, que le bajará la luna y cada uno de los planetas. Aunque, ahora que lo piensa mejor, la pequeña rubia no es una chiquilla inocente. Ha tenido varios novios y le ha confesado, con todas sus letras, que puede estar enamorada de dos hombres a la vez y que sería una estúpida si se preocupase por ello. Digamos que la fidelidad no está en su naturaleza. Así que supone que tampoco le importa con cuántas mujeres se acueste André, ni que sea un hombre independiente, de espíritu nómada, que huye de los compromisos a largo plazo.

Al joven Friedmann (que más tarde se convertiría en Robert Capa), tres años menor que Gerta, lo conocieron juntas, en un parque, hace… ¿cuatro meses? Ruth había conseguido trabajo como modelo para unas fotografías publicitarias que le encargó a André una compañía suiza, de seguros de vida, y le pidió a su amiga que la acompañara. No quería estar sola con un hombre desconocido.

Aunque, a primera vista, Ruth es más llamativa que la alemana, el fotógrafo se fascinó con la mirada de Gerta, con su cuerpo menudo, bien proporcionado, de una fragilidad que empuja a protegerla. A pesar de su cabello corto, rezuma una feminidad muy peculiar; elegante. Sus cejas delgaditas y una nariz perfecta llamaron poderosamente la atención del joven de cejas pobladas y sonrisa siempre despierta. Y si bien la sesión se concentró en Ruth, al final, como juego, tomó algunos retratos de Gerta recargada sobre el tronco de un castaño. Con su mirada insondable, inteligente y, al mismo tiempo, con una pizca de desamparo. A Gerta le pareció varonil, guapo (muy guapo), aunque presuntuoso y algo ordinario, pero lo que le gustó del extranjero, quien se presentó con su nombre húngaro, “Endre, es decir, André, pero dime Bandi”, fue su jovialidad y la risa juguetona y coqueta, en la que adivinó días de aventura. Su simpatía natural. ¡Ah! Y la manera en la que acariciaba a su cámara, una Leica.

En el Mephisto el humo es uno de los invitados más constantes. Gerta le ofrece a Ruth un cigarro. Lo rechaza igual que rechazó el whisky; la joven suiza prefirió un oporto dulce. Brindan. Sonríen, aunque siguen calladas. El ruido del local hace que el silencio no resulte incómodo. Sobre cada mesa hay un cenicero y una pequeña vela todavía apagada.

A ese café asisten escritores como Bertolt Brecht, Anna Seghers y Franz Hessel; todos exiliados y preocupados por lo que pasa en su país. De hecho, usan la cava para lecturas y discusiones públicas organizadas por la asociación para la defensa de los escritores alemanes. Hoy no está ninguno de ellos, pero hay un grupo de

estudiantes universitarios que hablan de la situación de Europa. Mussolini lleva doce años en el poder. Hindenburg acaba de morir, Hitler ya es canciller y presidente de la República, así que la dictadura nacional socialista está instalada y Alemania comienza a romper los acuerdos del Tratado de Versalles, amenazando a las democracias europeas, sobre todo a las de los países vecinos, como Francia. Se escuchan algunas frases sueltas:

—… ha prohibido las huelgas

—… perseguido a los líderes comunistas…

—… declaró que el único partido legal era el suyo, el nazi. ¡Qué caradura!

—… anuncia la superioridad de la raza aria, pero ¿le han visto el rostro?

—… lo que quiere es apoderarse del mundo y va a comenzar con nosotros; le quedamos al lado. *Merde!*

—Hitler es un peligro.

Cuando Gerta escucha esas seis letras juntas, vuelve la vista enseguida. Odia a ese hombre y a todo lo que representa. Ruth adivina la mirada de su amiga:

—¿Sabes que han prohibido la entrada de los judíos a las albercas cubiertas? —pregunta la suiza, que ayer leyó un periódico alemán y se siente muy bien informada—. ¿Sabes lo que dice el tipo ése de las mujeres? Que nuestras únicas prioridades deben ser las tareas domésticas, los hijos y…

—Ay, Ruth. Eso es un juego de niños. Lo más grave es que está convenciendo a los alemanes de que nos persigan porque los judíos, según él, somos una lacra, una "tuberculosis racial" y deben deshacerse de nosotros para proteger su honor y su sangre. ¡Es un asco! Ojalá sólo estuvieran expulsándonos de las albercas, nos están echando de las universidades, de la administración pública. Quitándonos nuestros negocios. Condenando a los "arios" que van a consulta con un médico judío, que contratan los servicios de un abogado judío. ¿Lo puedes imaginar?

—Pues sí que huiste a tiempo —la interrumpe Ruth—. ¿Y tus padres?

—Me preocupan. Están a punto de emigrar, aunque todavía no deciden a dónde. Tal vez alcancen a mis hermanos o vengan a París. ¿Sabes que Francia fue el primer país europeo en otorgar la igualdad de derechos a los judíos y en darles la nacionalidad?

—Pues no parece. Se respira cierto rechazo a los judíos. Ayer, apenas ayer, vi a un grupo de jóvenes de la Croix-du-Feu pegando carteles antisemitas en el barrio once. Mejor que vayan a América. Dicen que Roosevelt está haciendo milagros con la economía y con la democracia.

—Mmmmmhhh, como si fuera tan sencillo… ¿Ves, Ruth querida, lo que sucede en este mundo? Y aún así, sigues creyendo en dios. ¡Qué dios el tuyo que permite que pasen estas cosas! Si nadie le pone un alto, el tal Hitler hará que todos los paraísos en los que crees se conviertan en un enorme infierno —concluye Gerta, tomándose el último trago de whisky y, enseguida, ordenando otro: —*Double, s'il vous plâit, monsieur*.

IV. Cirey, 1736

—Es difícil ser feliz, querido señor, no cabe duda —dice Émilie al escuchar los pasos de Voltaire. Le es muy sencillo reconocerlos. El filósofo entra, ataviado de manera elegante y muy bien empolvado pero, como siempre que están a solas, sin peluca. Es común escuchar sus quejas de lo estorbosas que le parecen.

—¿Sigue trabajando usted su tratado sobre la felicidad? ¿No cree que está perdiendo el tiempo? —pregunta, interrumpiéndola.

—Sólo anoto algunas ideas cuando me llegan a la cabeza. Hoy recibí carta del marqués, y me doy cuenta de que hay seres muy simples, como mi marido, a quienes se les da más fácil la felicidad. Supongo que él, con su carrera militar, está más que complacido. No tiene ningún otro deseo. Aunque, al mismo tiempo, creo que desear y tener ilusiones es fundamental para conseguir la felicidad. ¿Usted qué opina, *dear lover*?

—Ay, pequeña Urania: una mujer con su talento, que entiende a Locke y a Leibniz, con todo y sus "mónadas vitales", mejor que yo mismo y que lee álgebra como quien lee una novela, no debería malgastar su tiempo en reflexionar sobre ese tema.

Ignorando su respuesta, madame Du Châtelet continúa:

—A mi marido ni siquiera le importa que usted y yo vivamos juntos… Hasta se han vuelto buenos amigos y, cuando viene, conversan como si se conocieran desde siempre.

—Es un acuerdo tácito y más vale no cuestionarlo. Usted ha sabido respetar las formas, con prudencia, y no ha abandonado sus labores: da instrucciones precisas para que todo, respecto a su casa y sus hijos, funcione a la perfección. Y tiene sirvientes y preceptores muy eficaces. El marqués pasa demasiado tiempo en sus campañas militares y es afortunado al haber elegido una esposa que no se queja de sus ausencias. Además, nuestra relación es mucho más intelectual que carnal.

—Para mi desgracia —susurra tan quedo que Voltaire no llega a escucharla.

Émilie, con un vestido de seda en tonos azul y amarillo, sus colores favoritos, se encuentra frente a su mesa de trabajo, en el laboratorio de física que su amante mandó hacer para ella. Sobre la superficie de madera pulida hay varias hojas con fórmulas matemáticas, un compás

y el aparato para el estudio de la compresión del gas. También la correspondencia, ya abierta y lista para ser respondida. Utiliza una copa, que hasta hace unos minutos tenía vino, como pisapapeles. Voltaire se acerca y pasa su mano por la nuca femenina, apenas rozándola. Su piel es muy blanca y tan suave… Inclina su cabeza y la besa en los labios; un beso largo, sutil pero profundo, que enseguida la humedece. ¡Ay, el deseo!

—Mmmmhh —dice el filósofo—, magnífica cosecha, aunque es un borgoña demasiado suave para lo que me suele gustar. Prefiero el cuerpo de los vinos de Burdeos.

—¿Mi boca sabe a vino todavía?

—Sabe a tantas cosas, querida. Hoy tiene un ligero aroma a frustración. ¿Ansía, acaso, la vida insustancial de París?

—Usted bien sabe que así como me gusta la ciencia, me encanta el juego, asistir a la ópera, en fin, la vida en sociedad, pero no es eso lo que me preocupa ahora, sino el asunto de la felicidad. Encadenamientos imperceptibles hacen que los días vayan pasando y no nos damos cuenta de que hemos vivido. *Fugit irreparabili tempus!* —musita en latín, citando una frase de Virgilio que aprendió desde los nueve años.

—Seguimos viviendo —corrige Voltaire.

—Sí, aunque a veces se nos olvida. Yo lo amo con pasión, señor mío, pero el quehacer de todos los días me distrae de sus brazos y dejo que aminore el deseo. A decir verdad, también me ha molestado el asunto de madame de Graffigny. ¡Solíamos ser amigas! Y ahora se ha dedicado a hablar mal de mí. He logrado eludir el escándalo de vivir con usted de manera certera y, aun así, no cesan las críticas.

El filósofo posa su vista en el correo de su amada, tratando de adivinar quién le ha escrito para darle esa noticia que es, a todas luces, información inútil que distrae a su querida Urania de su pasión por el conocimiento.

—Dice que soy libertina, descreída y otros comentarios maliciosos.

—No haga ningún caso de las afirmaciones de una mujer, una mujer…

—¡Falsa, injusta y cargada de prejuicios! Pasamos la vida con víboras envidiosas; es el precio de vivir y de ser joven.

—Y bellísima —afirma el hombre, con un dejo de coquetería—. Además de ser diferente y poseedora de una inteligencia superior. Por eso le sugiero que regrese a sus estudios sobre geometría.

—¿Qué tiene en contra de la felicidad?

—Nada. Los seres humanos aspiramos a encontrarla, pero no es motivo suficiente para que mi querida mujer pierda su tiempo escribiendo sobre ella. ¿Sabe? En el fondo la Graffigny está celosa porque fue a usted a quien dediqué *Alzire* y el éxito que conseguí se

debe a eso.

—¿A que amablemente me dedicó esa obra de teatro? ¡Claro que no! Su éxito es consecuencia directa de su gran talento —responde, reacomodándose en su silla de terciopelo verde cuando el reloj, que marca el ritmo y la organización del castillo, suena. Es la una de la tarde.

—Comienzo a tener hambre —dice madame Du Châtelet, tocando su vientre—. ¡Eso! La gula, ni cualquier exceso, es recomendable para conseguir la felicidad. Hay que tener buena salud. Cuando yo empiezo a sentir la primera molestia, me impongo esas dietas rigurosas que usted tanto critica —dice entusiasmada, mientras escribe la idea para no olvidarla.

—El secreto es el equilibrio. Comer sano y poco. Descansar y ejercitarse de forma regular. Siempre he afirmado que la mayoría de las enfermedades se derivan de una alimentación excesiva. Usted va a los extremos, *dear Emy*. Hay días en que devora como si los platillos fueran a escaparse, y otros en que hasta una taza de té de especias se le hace demasiado. Todo lo practica al extremo. El amor también.

—Bueno, yo no tengo la culpa de tener un temperamento de fuego. La intensidad de mis sentimientos me pesa en ocasiones. Reclámele a mi padre, que así me ha educado. ¿O así nací? Quién sabe. Mmmmhh, otro tema interesante.

—Al barón De Breteuil, a quien le tuve mucho aprecio, no podría reclamarle nada. Usted es su obra maestra. Él vio en su querida niña un talento que no podía desperdiciarse y, en contra de la costumbre, no la obligó a pisar los conventos. En cambio, la alentó a que estudiara y cultivara sus ansias de saber.

—Lo sé, créame que lo sé y nunca dejé de agradecérselo —sus ojos se entristecen. El dolor por su muerte todavía la lastima—. Tal vez algún día a las mujeres se nos permita asistir a las universidades. ¿No cree?

—Lo dudo. Hay pocas mujeres a quienes les interesaría.

Émilie toca la campanilla y ordena un poco de fruta, pero es demasiado golosa y antes de que salga su sirviente, también pide pan, jamón y el par de salchichas alemanas que ayer consiguió la cocinera. Con pepinillos, claro, y mostaza. Café frío para acompañar los alimentos en lugar de vino, indica. Voltaire sonríe y comienza a caminar por el estudio, en círculos, con la cabeza hacia abajo y las manos entrelazadas, atrás, en su espalda baja. Así lo hace cada vez que tiene que resolver un problema. Sabe que su amada, aunque ahora está turbada, sí es feliz y él se siente satisfecho de que una persona así, feliz y tan respetada, se haya enamorado de él y haga todo por protegerlo.

A pesar de que el castillo de Cirey es un tranquilo y magnífico lugar

para escribir, nada lo hace olvidar sus constantes exilios. Ni las caminatas que tanto disfruta por los cuidados jardines, mientras observa a los jardineros trabajar. Ni los paseos en carreta a lo largo del río Blaise. Ni la vista del bosque de l'Etoile que rodea a la propiedad. Ni salir a cazar faisanes o venados. Ni las meriendas campestres con vino de champagne. Ni el teatro de marionetas que Émilie acaba de recibir. Se siente aislado, a pesar de sus éxitos. Está aislado y, sin embargo, no quiere arriesgarse a regresar a París. Podría provocar la ira del rey que, debe aceptarlo, ha sido generoso con los castigos. Ahora está enojado por quién sabe cuál de sus libros. Los consejeros reales se empeñan en buscar mensajes subversivos en cada una de sus páginas; hasta en las que sus enemigos publican firmadas con su nombre, para dañarlo. Aunque su temperamento es un poco más calmado que el de su amante, Voltaire también tiene un carácter fuerte, que no ha podido dominar del todo.

Como si madame Du Châtelet pudiera adivinar en dónde anda la mente del filósofo, regresa a su tema:

—¿Sabe? Otro requisito para ser feliz es apartar de nuestra mente el recuerdo de las faltas que hemos cometido: cuando les hayamos sacado todo el jugo que podíamos esperar, apartemos las ideas tristes y sustituyámoslas por agradables.

Voltaire sigue caminando en silencio.

—¡Claro! —agrega ella—. Lo más importante es estar muy decidido sobre lo que se quiere ser y lo que se quiere hacer, para que nada nos aparte de nuestro camino. Sin una meta clara, y usted sí tiene una meta clara, querido señor mío, destruimos por la mañana lo que levantamos por la noche, nos pasamos la vida haciendo necedades, reparándolas, arrepintiéndonos. También creo —continúa— que el amor al estudio es, de todas las pasiones, la que más contribuye a nuestra felicidad; es la gran aventura de la vida. Bueno, mucho más para los hombres que para las mujeres comunes. En el amor al estudio, una fuente de placer inagotable, se encuentra encerrada una pasión a la que nunca son ajenos los espíritus profundos, como el suyo y el mío: la de la gloria.

—¿Usted también desea la gloria, *chérie*? —pregunta el filósofo, deteniendo su marcha.

—*Mais bien sûr!* Creo en los deseos sin complejos y sin temores sociales. Por eso me niego a aceptar las exclusiones y las dependencias a las que se nos condena sólo por el hecho de ser mujeres. A las mujeres se nos relega de todo tipo de gloria; es injusto. Entre menos dependa nuestra felicidad de los demás, más fácil nos resulta ser felices. Es lamentable que yo dependa tanto de su amor. Pero si el amor, como nos ha pasado a nosotros, une a dos seres iguales, no hace falta más para disfrutar la felicidad.

—Ay, cuánta razón tiene —concede, acercándose a su amada, quien, enseguida, se levanta de su silla y se aproxima al hombre para susurrarle al oído, mientras pega sus senos al pecho masculino, provocándolo:

—Su amor ha subyugado mi alma y, a pesar de aquel proverbio que dice que las pasiones más breves son las mejores, en estos años que he pasado con usted no he vivido ni un momento de hastío ni de languidez —afirma Émilie, volviéndose a sentar para poder quitarse una de sus zapatillas de tela. Su pie izquierdo le molesta. Le da un suave masaje. Recorre, con sus finos dedos, el empeine. Lo acaricia y, al ver la mirada del filósofo, de ansia y deseo, comienza a rozar su tobillo con placer, de manera seductora. Un pequeño pedazo de piel se asoma, dispuesta al gozo. Un mínimo pedazo de piel deliciosa.

—¿Sabe qué otra cosa nos hace ser felices? Dar rienda suelta a nuestros deseos. Usted tiene hambre y la comida pronto estará dispuesta. Pero yo tengo otro tipo de hambre que quisiera saciar antes que la gula. ¿Me acompaña, querida? —propone Voltaire, tendiéndole la mano. Desde hace unas semanas, las erecciones no lo han visitado con la frecuencia esperada, así que no puede desperdiciar ésta: palpitante, dura. —Sí: el amor carnal es una vía directa hacia la felicidad, aunque sea momentánea.

4. París, diciembre de 1935

Es una tarde lluviosa. Fría. André y Gerta caminan, con prisa, sobre el Quai Voltaire (la ironía de las coincidencias urbanas). Han olvidado su paraguas y la lluvia, aún breve y de gotas diminutas, moja los sombreros de fieltro: el de ella, rojo quemado. El de él, gris casi negro. Es probable que en la noche una ligera capa de nieve adorne las calles de la capital francesa.

El fuego que calienta los apartamentos parisinos se adivina por el humo que despiden algunas chimeneas. Gerta está entusiasmada. Arde —como aquellas hogueras— en deseos de contarle a su amante el reciente descubrimiento. Si bien su mente es racional y a veces demasiado científica (tal vez por eso no cree en dios, entre otras razones), su lado mágico se le impone en ocasiones como ésta.

La lluvia se hace más fuerte y deciden entrar a la primera brasserie que encuentran. La Frégate, se lee afuera. Adentro, la clientela conversa entre una densa nube de humo de cigarro. De un gramófono sale la voz aguda de Josephine Baker cantando *You're driving me crazy*. Las mesas están ocupadas, así que se sientan en la barra. Gerta siempre ha dicho que prefiere mesa pues le gusta sentirse atendida, pero hoy no les queda más que aguantar los gritos del hombre que está detrás de la barra. Piden dos cafés dobles.

—¿Ya puedo contarte? —pregunta la joven, quitándose los guantes mojados.

—Siempre puedes contarme.

—Con los gigantes pasos que dabas, venía colgada de tu brazo. Así no se puede conversar.

—Pues con la lluvia era imposible, nos estábamos empapando. ¿Cuál es la prisa? ¿Encontraste un trabajo mejor pagado?

—Eso quisieras, pero no, no se trata de ningún empleo. En la mañana fui a la Biblioteca Nacional a buscar información de Voltaire.

—¿Otra vez? Casi vas a diario. Comienzo a sentir celos… —bromea.

—Pues ahora tendrás que sentir celos de una mujer. Resulta que al lado de mi amado filósofo, como tú lo llamas, vivió una científica de cuyo trabajo nadie habla. Gracias a ella, la física de Newton fue aceptada en la Europa continental y también hizo popular la filosofía natural vitalista de Leibniz… Aunque no es eso lo que me tiene impresionada: es una carta que me escribió.

—¿Que te escribió quién? No estoy entendiendo nada.

—Ella: madame Du Châtelet.

—¿La científica de la que me hablas? Explícate o comenzaré a temer que la lluvia haya aflojado tu inteligencia.

—Serge, además de los libros que le pedí, me…

—¿Quién es Serge, otro de tus amores? —pregunta él, mientras una terrine con pistaches atrapa su mirada—. ¿Y si pedimos una de ésas?

—Es el encargado de los documentos del siglo XVIII… y deja tus celos para otro día —contesta con gracia, guiñándole un ojo—. Pídela tú, no tengo hambre. Ya escúchame, Bandi. Me trajo varios folios muy interesantes. Para poder tocarlos, incluso me dio unos guantes especiales. Cartas y textos manuscritos de Voltaire y de madame Du Châtelet. Y ahí, entre todos los papeles, encontré una carta dirigida a *Ma trés chère G. P.*

—¿Y sólo por eso decidiste que es para ti? ¡Podrían ser las iniciales de cualquiera! —se burla—. A veces te da por sentirte el centro del universo, pero esto me parece demasiado. Además, estamos hablando de mil setecientos y algo, ¿no? Seamos serios.

—Si dejaras de interrumpirme. *Scheise!*

Enseguida, de su bolso saca la pequeña libreta en la que acostumbra hacer todo tipo de anotaciones. Continúa:

—En la clasificación del documento dice: “Carta fechada el 9 de septiembre de 1749, dirigida, podría ser, a Mlle. G. Pohorylle, una amiga. Donada a Francia por la Biblioteca de Stuttgart en 1887”. Y aquí está el texto íntegro. Mira, lo he copiado y voy a regresar a fotografiarlo.

André toma el cuadernillo y se sume en la lectura, mientras prueba la terrine de pato que acaban de traerle. De pronto, deja de masticar y deposita el tenedor sobre el plato. Vuelve a leer la carta una vez más. Ahora lo hace por tercera ocasión.

—Es imposible —afirma, levantando sus muy pobladas cejas—, parece haber sido escrita para ti.

—Te lo dije, mi tzigane.

El deísmo de Voltaire fascina a Gerta. Esa creencia de que dios existe, pero que se llega a él a través de la razón y de la experiencia personal, es más inteligente que cualquier otra propuesta. Como la joven alemana llegó a París sin sus queridos libros y no tiene dinero para comprar ni siquiera el *Zadig* del filósofo, decide que cuando su nivel de francés sea suficiente visitará la Biblioteca Nacional. Comienza asistiendo una vez por semana, en las tardes, al terminar su trabajo como secretaria o cuando está cansada de ayudar a André con el revelado de los negativos. Los líquidos que utilizan a veces le dan

náuseas.

Con un diccionario francés-alemán a su lado y una libreta de apuntes, se sienta a leer lo que hay disponible, dueña de una concentración y disciplina que cualquiera pensaría: esta mujer está haciendo una tesis doctoral. Serge lo cree (él sabe lo que es la pasión: está obsesionado con la historia de las ciencias exactas), y si bien al principio se mantiene a la distancia, poco a poco se acerca a la joven, también atraído, ¿por qué no decirlo?, por su belleza.

Es él quien, desobedeciendo las reglas, le da acceso a los manuscritos de Voltaire y, de paso, a los de Gabrielle-Émilie le Tonnelier de Breteuil, marquise du Châtelet, a quien Gerta no conocía. Una tarde, cuando el área de estudio se ha vaciado, Serge Saumon se sienta a su lado, llevando un ejemplar de los *Elementos de la filosofía de Neuton* (sí, con u) traducido por Mme. la Mse. Du Châtelet. Era talentosa: desde pequeña hablaba latín, griego y alemán. El italiano y el inglés los aprendió más tarde. Y si no aprendió español fue porque alguien le dijo que la única obra reconocida, la de un tal Cervantes, era demasiado fantasiosa y no valía la pena. ¿Te imaginas? Fue alumna del matemático y físico Maupertuis y de Clairaut. Amiga del poeta y filósofo Jean-Baptiste Rousseau. Un texto suyo fue el primero escrito por una mujer que publicó la Academia de las Ciencias; estamos hablando del año 1738. Esa publicación la proyectó como la gran científica que era. Serge está exaltado platicando (¿monologando, más bien?), y contagia su entusiasmo a la delgada joven de ojos que quieren saberlo todo.

Gerta sigue interesada en Voltaire, pero ahora es Émilie quien acapara su atención. Desde que ella recuerda, se ha sentido atraída por las mujeres que van más allá de cualquier expectativa, que se salen del canon. Mujeres inteligentes, luchadoras, independientes, que ansían el conocimiento y contribuyen a cambiar al mundo. Inasibles.

Cuando estudiantes e investigadores se han ido, Serge y la alemana revisan los manuscritos con mucho cuidado, tratando de descifrar la letra y las ecuaciones matemáticas. Él le explica, por ejemplo, los dibujos del glóbulo ocular con los que madame Du Châtelet ha ilustrado su *Ensayo sobre la óptica*, así como los espejos planos y convexos. Le muestra las más de treinta páginas sobre la formación de los colores. Trata de que comprenda las fórmulas, tachonadas varias veces, con problemas de geometría y aritmética. Ejemplos de cuatro reglas de números enteros, de la formación de los poderes y de la extracción de las raíces de números enteros… *Mein Gott*, dice Gerta riendo, creo que entendería mejor si estuviera escrito en cirílico.

La letra es pequeña, muy bien trazada, con tinta negra que se distingue fácil en las hojas amarillentas. Aunque no hay rayas que dirijan el trazo, las líneas son rectas y los espacios entre ellas, como

medidos con regla.

Llama su atención un cuadernillo en el que se lee: *Discurso sobre la felicidad*. Un tema al que ella nunca le ha dado demasiada importancia, pero sí André; ese húngaro que se ha metido en su vida gracias a las leyes de atracción que Newton seguramente también experimentó. Lee, con atención: "Para ser felices debemos deshacernos de nuestros prejuicios, poseer virtudes, gozar de una buena salud, tener inclinaciones y pasiones, porque pobres de aquellos que pierden la capacidad de tener ilusiones". Sonríe. Cambia de página. Su dedo índice, cubierto por el guante de terciopelo, se desliza encima de las líneas, sin llegar a tocar el papel, por instrucciones de Serge. "Me entrego demasiado a la gula que Dios me ha otorgado…". Vuelve a sonreír al imaginar a un dios que decide qué pecado *otorgarle* a cada uno de los recién nacidos, pero se reconcilia con Émilie cuando llega al párrafo en el que afirma: "Sé que hay otros prejuicios además de la religión y creo que es muy útil y sano desprendernos de ellos, aunque no hay ninguno que influya tanto sobre nuestra felicidad y nuestra desdicha como los que provienen de la religión. Los prejuicios no tienen ninguna verdad y sólo pueden ser útiles a los espíritus deformes…".

Después, llega a la sección de la correspondencia. Cartas al conde de Argental, al duque de Richelieu, al abad de Sade, a Federico II, rey de Prusia y a una tal G. P., amiga alemana. Lee la carta y se paraliza. Sin decirle nada a Serge, que en ese momento está acomodando algunos libros en los estantes correspondientes, copia su contenido y sale. No le da tiempo de despedirse del bibliotecario. Es más, ha olvidado la existencia de su nuevo amigo.

V. Castillo de Cirey, 1737

—Gracias a usted, *my dear Emy*, la gente tendrá acceso a la física de Newton. Aunque primero deberá luchar contra nuestros compatriotas, científicos de mente estrecha que no aceptan nada que difiera de la ciencia cartesiana —dice Voltaire, al entrar al laboratorio y ver a su amante sumergida en las traducciones.

—Ciencia, por cierto, pasada de moda… —agrega madame Du Châtelet, sosteniendo la pluma de oca entre los dedos índice y pulgar, con una delicadeza que no podría ser más que aristócrata.

—*Démodé* pero todos la secundan y alaban. Sus ex amantes, Maupertuis y Clairaut, entre otros.

—No sea tan ligero en sus críticas —se defiende y entonces ataca—: ¿Ha analizado los *Elementos de geometría* de Alexis-Claude? Son las lecciones que me dio, recopiladas y editadas para mí —presume—. Pero, es que… ¿acaso noto un tono de celos en sus comentarios?

—Querida Urania, recuerde que yo la veo como un gran intelectual: es un hombre cuyo único defecto es… ser mujer —dice Voltaire, soltando una gran carcajada. Pronto cumplirá cuarenta y tres años y sigue conservando muchos de sus atractivos: esa nariz grande y bien diseñada. Su mirada juguetona. Su cuerpo esbelto, de hombre acostumbrado a comer sólo lo necesario y a hacer largas caminatas para fortalecer los músculos.

—En la cama no he escuchado quejas —dice ella, levantándose de su silla y acercándose con sigilo al filósofo—. ¿No siente mi estrecha cintura?—, pregunta, mientras lo obliga a rodearla con sus manos. Enseguida, se acerca para que su amado beba su aliento, dulce, y aspire su perfume, pero el rostro del escritor se ensombrece.

Madame du Châtelet continúa con la seducción, rodeándolo en una danza circular, lenta, de cazador que no quiere ahuyentar a su presa, y le susurra:

—En cuanto a mi condición masculina, puede ser que tenga razón. Me hubiera visto disfrazada de varón; era la única manera de entrar en el Café Gardot, lugar prohibido para las mujeres, aunque no para las cortesanas… pero eso usted ya lo sabe. Lo que no sabe es que yo entraba, me sentaba en alguno de los grupos y charlaba, de frente y sin complejos, con otros científicos de temas de ciencias y alta filosofía que usted… no entendería.

Ahora es Voltaire quien ataca:

—Pues me dicen que su disfraz a nadie engañaba.

—¡Claro! Mi profunda feminidad es imposible de ocultar. Acepte, querido, que esta vez he ganado la discusión —dice ella, dándole un beso en los labios y regresando a su mesa de trabajo. Desde ahí, ya sentada, agrega: —Es lamentable, ahora que lo pienso. Tal vez las damas, para tener éxito de verdad, estamos obligadas a disfrazarnos de hombre o, al menos, a publicar nuestros descubrimientos con el nombre de un caballero.

El laboratorio es impresionante: las paredes están cubiertas por cientos de libros y algunos manuscritos científicos; es imposible encontrar una sola novela. Los ejemplares de ficción ocupan los libreros del salón de música. Sobre las mesas de trabajo hay microscopios, compases de proporción, hornos, reglas de cálculo logarítmico, telescopios, bombas de aire y todos los aparatos necesarios para las investigaciones de Émilie sobre la óptica newtoniana. En el centro el salón sobresalen dos grandes globos: uno celeste y otro, terráqueo. El jardín se asoma por la ventana, con un verde intenso que contagia, que inspira, tal vez.

—Creo que el título de mi libro será: *Elementos de la filosofía de Newton.*

—Nuestro libro, dirá. Porque yo he trabajado en este tema tanto o más que usted —comenta Voltaire, dejando sobre el escritorio un papel, sin decir nada.

—¿Y eso?

—Es la convocatoria de la Academia de las Ciencias.

—¿Cuál es el motivo este año?

—La naturaleza del fuego.

—Es decir, la vieja discusión sobre si el calor es una sustancia material o una forma de energía —dice Émilie, con expresión de aburrimiento—. Nosotros lo sabemos, ahora hay que demostrarlo: el calor no es una sustancia material dotada de peso. Yo creo que la acción del fuego puede ser entendida como un combate perpetuo entre la fuerza misma del fuego y la resistencia que los cuerpos le oponen.

—Cierto. El calor no es materia. ¿Por qué no participamos juntos? Tengo algunas ideas, ayúdeme con mis experimentos y le daré el crédito merecido. Será divertido. Lo más importante es conseguir un termómetro que no se rompa en el agua hirviendo. Ya he echado a perder varios —insiste el hombre.

—Sí.

—¿Sí, qué?

—Entremos juntos, pero con una condición.

—La que quiera, *mon petit oiseau*.

—Que no apaguemos nuestro fuego, nuestro calor. ¿Materia o

energía? Es igual, mientras sean su cuerpo y el mío los depositarios de tal magia.

—Lo que usted disponga. Bien sabe que para mí el placer demuestra la existencia del Creador, al que debemos amar mientras gozamos, mientras nos divertimos, y de esa forma lo honramos —contesta, desde sus ojillos traviesos.

—Reflexionando, sería mejor que yo presente mi propio trabajo pues no coincidimos en todo. Yo creo, por ejemplo, que los distintos colores del espectro no transportan una cantidad igual de calor, aunque eso no necesariamente está relacionado con… En fin, mejor participo sola, si bien lo haré con un seudónimo masculino para que no lean mi texto con prejuicios.

—¿Seudónimo? ¿Cuál es la necesidad?

—Usted lo ha dicho: a las mujeres no nos toman en cuenta. Menos aún en la ciencia. Hay veces que me imagino inventando a un personaje, un hombre de mundo, exitoso, venido del extranjero, gran matemático y físico. Incluso atractivo y hábil seductor de damas cándidas. A través de él podría ser reconocida y aceptada. ¿No cree? El éxito llama al éxito.

—Si desea elegir un seudónimo exitoso, mejor busque la notoriedad firmando como Madame Voltaire. ¡Ya verá lo que es ser aplaudida! —le dice, con su cotidiana ironía—. En fin, ¿cómo va con la traducción de los *Principia* de Newton? —pregunta, cambiando de tema para que su querida Urania no pueda reaccionar.

—Muy bien, aunque trabajo con lentitud. Como sabe, no es una simple traducción del latín al francés: estoy haciendo muchos comentarios y algunas críticas que debo sustentar a la perfección. Quiero dejar fuera el pasaje en el que Newton afirma que el espacio y el tiempo son los órganos de un *sensorium* divino. Asimismo, debo revisar y mejorar algunos capítulos de los *Elementos* y hacer una pequeña aportación algebraica. Pero hay tantas cosas aquí que me distraen: las noches dedicadas al baile, las tardes de juego, el montaje de las obras de teatro, las instrucciones al personal de servicio, supervisar este y el otro asunto, responder la correspondencia de mi esposo. En fin, debo organizarme de otra manera, ser más constante.

—No diga eso. Nunca he visto a nadie con su capacidad de trabajo. Casi no duerme y puede pasar hasta veinte horas sentada ante su *secrétaire*.

—Exagera.

—En cambio, yo ya no tengo la misma concentración, ni frente a mi pluma ni en la cama. Me estaré haciendo viejo… —se queja el escritor de pronto, con tristeza. Las últimas noches no ha conseguido una sola erección; su miembro no ha podido responder. Émilie fue discreta y, sin embargo, sintió preocupación, pues bien sabe que cuando el deseo

abandona a una pareja, el amor desaparece para dar lugar a la amistad.

—¿Viejo? ¡Si apenas pasa los cuarenta! ¿Se refiere a…? —pregunta la mujer, aunque intuye la respuesta.

—A lo que me pasó anoche, por segunda vez en la semana. El corazón no envejece, pero este inmortal se ve condenado a vivir como una ruina.

—Es algo transitorio. No debería ser motivo de preocupación.

—Para mí es una agresión y usted podría interpretarlo como una ofensa. Yo insisto en que es la vejez.

—Lo único que le hace falta es descanso. Ha estado sometido a muchas tensiones y preocupaciones.

—Falso.

—¿Cree que no me he dado cuenta de que muere por regresar a París, pasear por Versalles sin nadie que lo señale? Bien sabe que eso significaría un nuevo periodo en la Bastilla; otra vez el encierro.

—Tiene razón, aquí estoy feliz con mi Minerva francesa, pero me siento aislado.

—Por lo menos vive en Francia y, de vez en cuando, logra escaparse a la corte de Lorena. Piense que podrían haberlo obligado a partir de nuevo hacia Inglaterra —dice Émilie, a manera de consuelo—; otros treinta meses en la gris y lluviosa Londres. Además, la gente que usted quiere viene a visitarlo. Apenas la semana que ha terminado, estuvo con nosotros la encantadora madame Denis.

—Mi querida sobrina.

—¿Le dijo algo de mí? —pregunta, pues presiente que no fue de su agrado.

—Fue una presa más de sus encantos, *ma chérie*. Mostró preocupación pues dice que vivimos en una gran soledad. Aunque afirmó, con bastante entusiasmo, que mi divina Émilie es una mujer muy inteligente, muy guapa y que emplea todo el arte imaginable para seducirme.

La marquesa se muestra complacida. Le gusta ser aceptada por la gente cercana a su amante. Comienza a jugar con unos prismas que están sobre su mesa de trabajo. Pronto, toca un tema que la preocupa:

—Lo que yo espero, *cher Arouet*, es que por el momento no publique otra de sus inconveniencias. Me veo en la necesidad de salvarle de usted mismo. A veces actúa como niño haciendo rabietas.

—Es que yo no entiendo nada: la corte que me glorificó con mi *Edipo* y con *Zaïre* me sigue sancionando por mis *Cartas filosóficas* y ahora también por el *Mundano*, que tanto nos gusta, ¿lo puede comprender?

—Los franceses somos intolerantes y más aún ante unas cartas, que son, a todas luces y para las mentes estrechas, proinglesas. Ya debería

haber aprendido, pero me doy cuenta de que he fallado en mi intento de convertirlo en un ser más prudente. Su falta de modales y su escritura sarcástica, irrespetuosa, puede condenarle. Sigue dentro de un doble juego que es peligroso. Es usted impulsivo y torpe, social y políticamente hablando. Pero ya mucho hemos hablado del asunto.

—¿Esa es su manera de consolarme? Antes aplaudía mi irreverencia.

—Lo siento —dice Émilie, apenada.

—Y yo vuelvo a afirmar que la culpa es de la vejez —murmura Voltaire, regresando una vez más al tema anterior, al anatómico, se diría, con el ánimo de no ser explícitos.

—No es ningún viejo, *mon Dieu*. Ya se lo dije, ¿por qué no me escucha? Hay tantas damas que quisieran pasar con usted aunque sea un rato en la cama. Además, los hombres mejoran con el tiempo. En cambio, a las mujeres de edad avanzada no les queda más que practicar uno de tres placeres: el estudio, la glotonería o el juego. Algún día me veré en la necesidad de elegir, pero por el momento pienso seguir disfrutando mi juventud, mis ganas y mi cerebro para que, en el futuro, sea juzgada por mis propios méritos: Madame la Marquise Du Châtelet o sólo Madame le Tonnelier de Breteuil, mi nombre de soltera. Aunque, insisto, tal vez encuentre un atractivo seudónimo que nada tenga que ver con usted —dice, con ese tono aristocrático, insoportable, que tanto le simpatiza a su amante, mientras hace una exagerada reverencia.

—Por sus propios méritos, por sus propios méritos. Mmmhh… —repite Voltaire.

—¿Acaso no los tengo, *cher Arouet*?

—Claro que los tiene, *lady Newton*, pero usted lo dijo hace tan solo unos minutos: nuestra sociedad no es justa con el éxito de las mujeres. Ya ha leído lo que se dice: que usted sólo es mi amante y, en todo caso, mi asistente. Tal vez tenga razón y deba buscar un exótico nombre masculino. No lo sé…

—Yo confío en que algún día me juzguen por mis méritos, o por la falta de ellos en cualquier caso, pero que dejen de considerarme el apéndice de los hombres renombrados con los que he compartido conocimientos y tálamos. Soy yo misma una persona completa, responsable sólo ante mí por todo cuanto soy, todo cuanto digo, todo cuanto hago. Puede ser que haya metafísicos y filósofos cuyo saber sea mayor que el mío, aunque no los he conocido…

—La vanidad es pecado —dice en tono irónico, interrumpiéndola.

—Pues ellos, usted incluido, no son más que débiles seres humanos y tienen sus defectos: así que, cuando sumo el total de mis gracias, confieso que no soy inferior a nadie. No puede negarlo, querido autor reconocidísimo —concluye y sonríe. Sabe que estar peleada con la vida no le trae nada bueno. Jamás guarda rencores, y cuando se

molesta es explosiva, muy explosiva, pero pronto lo olvida.

Afuera, en medio del verde, los espera la mesa con un frugal almuerzo: jamones, quesos, manzanas, uvas y nueces. Émilie le señala los manjares que asoman por la ventana. Mientras toma la botella de vino blanco, casi llena, que olvidó anoche en el laboratorio, siente un extraño y repentino antojo de pistaches.

Voltaire la sigue, aunque tiene la mente en otro lado. Piensa en sus enemigos, sobre todo en aquellos miembros del clero que reprueban sus ideas, aun las que edita en libelos. Tiene una batalla que ganar y está dispuesto a diseñar una estrategia infalible para regresar, triunfal, a la corte de Versalles. Utilizará la filosofía como lucha contra el fanatismo religioso. El teatro y la poesía contra la intolerancia arcaica de la Iglesia. Y si es necesario, recurrirá a mentiras, hipocresías y demás bajezas. Recuerda, palabra por palabra, la carta que acaba de recibir del heredero al trono prusiano: “La dulzura y el apoyo que vos expresáis a aquellos que se dedican a las artes y a las ciencias me hacen esperar que no me excluiréis del número de los que halláis dignos de vuestras instrucciones. Considero de tal manera fructífero el intercambio con vos, que no puede sino resultar provechoso a cualquier ser pensante”. ¡Eso es!, piensa. No soy aceptado en la corte de mi país pero soy muy deseado en la del país vecino. Ahí sí me otorgarán los reconocimientos que merezco.

De pronto, el ruido de una cáscara de nuez al romperse lo hace regresar al jardín, al lado de su amante. Entonces le sonríe, queriendo ocultar los planes que lo llevarán a Berlín.

5. París, febrero de 1936

El café Capoulade, en el Boulevard de Saint Michel, está atiborrado de comensales. El fuerte sonido de un motor distrae al húngaro: un Lincoln Zephyr último modelo, color azul cobalto, llama la atención de algunas de las personas que están afuera, sobre la banqueta, aguardando mesa. André y Gerta esperan que su amigo haya llegado a tiempo o deberán ir a otro lugar para poder conversar a gusto y tomar una copa.

Chim, siempre puntual, sonríe al verlos entrar y señala la botella de vino que ha pedido. Tinto, sobra decirlo. Un buen borgoña. Tres copas vacías y un plato con pistaches y nueces los esperan. En otra mesa, Willy Brandt, recién llegado de Noruega, y Joseph Roth discuten de manera acalorada. Gerta sólo alcanza a escuchar una frase sobre la solidaridad proletaria o algo parecido, así que los saluda desde lejos, con un suave movimiento de la mano. André ni siquiera los ha visto. Le urge sentir ese primer trago de vino en su garganta; el agradable calor que produce el alcohol cuando recorre su cuerpo. Abraza a David, con la enorme sonrisa y la calidez que siempre lleva a cuestas, y se sienta, sin esperar a su novia. A veces olvida la caballerosidad y algunas reglas elementales del comportamiento.

—¿Ya le contaste? —pregunta ella.

—Pero si acabo de sentarme… —contesta mientras toma una nuez de la mesa, rompe la cáscara con su enorme mano y se mete el fruto entero a la boca—. Además, primero quiero mostrarle las fotos que tomé en la huelga de la Renault. ¡Impresionante! Más de veinte mil obreros en paro y la fábrica ocupada. Pronto las publicarán en *Vu* —dice, mostrando las impresiones que saca de una mochila.

—¡Magníficas! —opina Chim—. Sobre todo ésta. ¿Y tú cómo vas con tus fotos, querida?

—Ya casi es tan buena como yo —dice André, sin dejarla responder —. Comenzó ayudándome a revelar y ampliar, pero enseguida, con lo inquieta y curiosa que es, se interesó por algo más y ahora hasta habla de encuadres como si fuera experta. Pronto será mejor que tú y yo: tiene un don natural. Ya lo verás.

—¿Ahora sí le puedo contar? —pregunta Gerta, ignorando los halagos de su novio, y sin esperar ni un segundo, agrega: —¿Adivina? Hemos conocido a un personaje que va a conquistar París y el mundo.

Es un fotógrafo americano, mmmmhh, neoyorkino, para ser precisa… fascinante. Aventurero, lanzado. Hasta podría enamorarme de él —afirma, con una mirada de complicidad que deposita en los ojos del húngaro—. Y lo mejor: André no le tiene celos.

—No entiendo nada.

—Lo que Gerta quiere…

—Gerda, ahora soy Gerda Taro, no se te olvide —dice, guiñándole un ojo a Chim, que se sonroja; siempre ha sido introvertido y la personalidad de la alemana lo sigue impresionando.

—Lo que esta mujer quiere decir es que hemos creado un seudónimo para poder vender mis fotos…

—Nuestras fotos. Ahora que tengo la Rolleiflex que me conseguiste, aunque sea de segunda mano, no dejaré de apretar el disparador.

—*Türelem, türelem*…

—¿Qué? No me hables en húngaro, *Goddamn!*

—Paciencia, paciencia. ¿Me da permiso de continuar con la explicación, querida dictadorcilla?

—Está bien: permiso otorgado —dice Gerda quitándole la cáscara a un pistache.

—Inventamos un personaje para poder vender *nuestras* fotos mucho más caras. Supuestamente es un periodista rico, famoso en los Estados Unidos, que acaba de llegar a Europa. Un gran fotógrafo: mucho mejor que nosotros tres juntos. Así como el dinero llama al dinero, la apariencia del éxito llama al éxito. ¿No crees? Y mi pequeña rubia será su manager. ¿No la has visto negociar en la agencia? María la adora, pues es habilísima para conseguir mejores precios, mejores condiciones, y también tiene aptitudes para la contabilidad, así que mi bella compañera manejará sus finanzas.

—Y le pagarán más a él que a un tal André Friedmann. Elegimos un nombre que no suena judío —agrega ella, dándole un gran trago a su vino—. Nadie podrá acusarlo de *youpin* ni de *boche*. En esta época, ser judío no es de gran ayuda; bien lo sabemos los tres. Además, nombre y apellido se pueden pronunciar con facilidad en cualquier idioma.

—Son un par de genios —afirma Chim, levantando su copa.

—Bueno, la idea fue de Gerta.

—Gerda, con la letra *de*. Necio.

—¿Y se puede saber cómo se llama este hombre genial y encantador? —pregunta David, mientras llama a un mesero. Empieza a sentir hambre.

—Robert Capa.

—Robert Capa. Mmmmmhh… Nada mal. Nada mal. ¿Y de dónde lo sacaste, André, de Frank Capra a quien tanto admiras? Con tantos Óscares que obtuvo por la película ésa, ¿cómo se llama?

—*It Happened One Night*. Es divertida.

—Pues con sus premios se ha hecho todavía más famoso.

—La verdad, quién sabe de dónde salió el nombre. Comenzamos a decir nombres a lo loco, en varios idiomas. Agregamos y quitamos letras. Jugamos. Abrimos libros para ver cómo se llamaban los personajes. Íbamos anotando y tachando. Jugamos con las vocales y las consonantes. Capa nació un poco de aquí y un poco de allá —explica Gerda, metiéndose el último pistache en la boca.

—En húngaro, con acento en la primera a, quiere decir "tiburón", pero en realidad no me di cuenta hasta que lo habíamos elegido, pues se pronuncia de manera distinta —secunda André.

—En español es una prenda de ropa, un manto o capote. El significado no importa mientras cualquiera, ya sea chino, italiano, ruso o árabe, lo pueda decir con facilidad.

—Brindemos entonces —propone Chim, sirviendo más vino—. Por Robert, o mejor Bob, es más corto, Capa. Que los llene de dinero y que sus fotografías ganen las portadas de cada revista europea y americana.

—Y por Gerda, con *de*, Taro —agrega André—. Mi encantadora novia nueva.

—¡Salud!

—Bueno, ahora ordenemos un pollo, que muero de hambre, algo de pan y otra botella de vino, por lo que más quieran —dice Chim, sonriente y feliz de ver a sus amigos tan contentos. Gerda también pide una orden de ejotes verdes, fríos, en ensalada.

El plan de Gerda y André dio resultados antes de lo que imaginaron. Robert Capa cada vez era más conocido entre las publicaciones francesas, y el misterio en torno a su personalidad y origen despertaba curiosidad y expectación. Las revistas *Vu* y *Ce Soir* compraban las fotografías del tal Capa en precios especiales, el triple de lo que le pagaban a otros fotógrafos: ciento cincuenta francos por cada una.

Gerda se convirtió en una agente eficaz y dura. Lograba negociaciones jugosas con importantes medios. El secreto no duró mucho tiempo, pero las fotos eran tan buenas que el día que los dueños de las revistas supieron quién era el autor sonrieron, vencidos, y siguieron comprándolas: valía la pena pagar el precio por su gran calidad y su muy particular manera de enfocar al mundo. Además, Gerda, que ya anticipaba que algún día la verdadera identidad sería conocida, preparó a André para convertirse en Capa: lo enseñó a vestirse de manera más elegante (con sombrero y abrigo en lugar de chamarra) y a moverse y expresarse de un modo más fino. A sacarle partido a su carisma natural. Hasta lo llevó a cortarse el cabello y, sin ser demasiado encimosa, lo hacía mantener una prudente distancia

con el juego y el alcohol; aficiones harto enraizadas en sus costumbres.

La verdadera oportunidad para Capa llega cuando, en julio de 1936, un joven y desconocido general de nombre Francisco y de apellido Franco se subleva en Marruecos y va, con todo, contra la Segunda República española. El director de *Vu* quiere publicar un número especial y envía a Gerda (aunque apenas se está familiarizando con su nueva profesión) y a Robert a Barcelona, en un pequeño avión privado que renta. Un Lockheed que, le garantizaron, era muy seguro. Vuelan un 5 de agosto, cuatro días después del cumpleaños de la alemana; el movimiento armado no llevaba ni un mes de haber estallado.

Ella está feliz, presumiendo su primera acreditación como fotorreportera, en la que aparece sonriendo, con un saco de cuero y un mechón de cabello sobre su frente. Es la primera vez que cubrirán una nota juntos; ella con su Rolleiflex y él con su Leica. Ambos firman sus fotos como "Capa", aunque para que esto suceda, primero deben sobrevivir a un accidente. Sí, la aeronave se desploma antes de llegar a Barcelona.

Todo iba muy bien, y ya con las luces de la capital catalana a la vista, de pronto el aparato comienza a perder su punto de equilibrio, se balancea de manera peligrosa; vertiginosa. Gerda y Bob se miran sin decir nada. Él le extiende la mano para tomar la de ella, quiere morirse tocándola, pero la joven se lleva las palmas a los oídos; la pérdida de presión le está causando un horrible dolor en los tímpanos. Sangra un poco de la oreja izquierda. El piloto decide aterrizar donde sea y lo más pronto que sea posible. Un fuerte golpe hace que Bob cierre los ojos y apriete la quijada de forma tan enérgica que le rechinan los dientes. La mandíbula le dolerá durante quince días. Cuando abre los párpados, el humo no le permite ver. Con sus manos recorre su cuerpo; no le duele nada. Ha salido ileso. De pronto escucha voces, voces en español, y siente brazos que lo ayudan a salir de los restos de la aeronave. Gerda tampoco tiene heridas, sólo le duelen los oídos, pero tres periodistas sufrieron fracturas y el piloto también está lesionado. En realidad es un milagro que no se hayan matado. La joven fotógrafa, acordándose de que a veces cree en la magia, saca la fotografía de la carta de madame Du Châtelet, que siempre lleva consigo, y la acaricia.

Hay un camión militar de la Cruz Roja. Ahí suben a los heridos y se apresuran a llevarlos al hospital más cercano. Mientras los despiden con un movimiento de sus manos, los novios se abrazan. Entonces, un grupo de combatientes republicanos se ofrece a llevarlos al centro de Barcelona en un autobús lento y destartalado.

—¿Rezaste? —le pregunta él.

—Ni tiempo me dio de tener miedo; menos de acordarme de dios. Y si hubiera rezado, lo habría hecho de manera automática: *Shm'a Yisrael, Adonoi Eloheinu, Adonoi Echod.* ¡Ja! ¿Acaso crees que esto lo provocó un ser supremo? ¿Somos, entonces, mejores que el pobre de Lucien y por eso a nosotros no nos pasó nada? Su brazo se partió en varios pedazos. ¿Viste cómo lo tenía?

—No, no vi nada. Cerré los ojos y, cuando dejé de sentir movimiento, me di cuenta de que no podía abrirlos. ¿Qué traes ahí? —le dice a su pareja, al verla frotando una fotografía.

—La carta de Émilie. La cargo para la buena suerte.

—No crees en dios pero sí en los talismanes. ¿No es una contradicción? Además, tu carta no funciona. ¡La avioneta se cayó!

—Pero salimos indemnes. Nos podríamos haber matado, Bandi querido.

—Vale, vale… Sigue confiando en tu Émilie, que daño no te hace.

Una hora después están en la ciudad. Gerda no escucha bien, pues la curación de sus oídos se lo impide. Ambos beben un licor fuerte cuyo nombre no pueden repetir y, además, se les ha olvidado. Aunque la joven tomó lecciones de español durante un año en la escuela donde hacía estudios de comercio, la forma de hablar de los españoles, tan arrebatada y rápida, la confunde. Entre el catalán y el castellano, apenas entiende.

Los novios comparten una lata de bonito y un trozo de pan que unos milicianos les obsequiaron. Enseguida caminan despacio, sobre un muelle, fumando un cigarro y escuchando el áspero graznido de las gaviotas. Se han quitado los zapatos, tal vez porque se sienten muy vivos, más vivos que antes, y necesitan palpar al mundo con la planta de los pies. Con esa euforia y energía que contagia una muerte que pasó demasiado cerca.

Esta vez se salvaron. Y lo celebran. Lo celebran durante la tarde tomando fotografías de esa ciudad, de su gente. Mujeres que apenas pueden cargar sus armas. Una miliciana recostada sobre el pavimento, hojeando una revista de moda, con su fusil a un lado. Niños que utilizan las barricadas como parque, brincando sobre los sacos de arena. Dos soldados dormidos en una banca, abrazando sus rifles, con la cabeza recargada sobre unas mochilas demasiado flacas. Lo celebran por la noche, con todas las ganas de su piel, de su saliva, de sus humedades, en la habitación de una pequeña pensión de la otrora distinguida Vía Layetana.

Semen. Ella siente el semen tibio mojar sus nalgas, su espalda baja. Entonces relaja sus músculos. Deja caer su cuerpo sobre la cama, boca abajo. Su mano derecha, deslizándose debajo de su cadera, recibe a su propio sexo que todavía no estalla. Él se acuesta a su lado y enciende

un cigarrillo. Ella alcanza a ver el humo subir hacia el techo, jugando. Ondulando. Observando la escena desde arriba, como un narrador pervertido que espía a sus personajes. Él sabe que necesita recuperar fuerzas para satisfacerla. Es joven; lo logra rápido. Exhala el último aliento de su cigarro, decidido, ahora sí, a complacer la petición muda de su amante. Una demanda que le hizo hace unos instantes, cuando él ya no podía controlarse.

Ella lo presiente, no espera instrucciones: sube la cadera otra vez. Recarga los antebrazos en la almohada. Los hombros y la frente sobre la cama. Pasa un instante. ¿O no pasa? Cubre su grito de dolor con un gemido que casi toca al gozo. La verga de Capa deslizándose adentro, con curiosidad sutil, preocupada de no lastimar en su ansiedad. Gerda la siente de manera clara, ahí donde nunca la había sentido antes. Una emoción que se contrae y se dilata. Un delicioso daño que la hace comprobarse viva. Aún palpitando.

Esa misma noche, sin que ellos lo sepan todavía, un enorme navío alemán ha llegado a Cádiz: de él descienden tropas nazis y aviones de caza, listos para matar españoles.

Los amantes amanecen sonrientes. Mandan un telegrama a París y deciden tomarse el día libre para creerse simples turistas en una ciudad que los ha recibido de buen talante. Bob le recomienda que no se vista con su acostumbrada elegancia: se arriesga a que los comunistas la agredan por parecer burguesa.

—Hay extremistas en las dos facciones —le explica Capa por tercera vez, al sentir que Gerda se niega a aceptar que la gente de izquierda sea capaz de hacer barbaridades—. ¿No viste en qué estado tienen al hotel Colón, que tomaron como sede los del Partido Comunista Unificado de Cataluña?

—¿Tanto te importa el estado de un hotel que antes usaban los señoritos falangistas?

—Te la ganaste, querida. Entonces no me digas que no te has enterado de que en nombre del comunismo han ultrajado a unas monjas en… en… ya no sé en qué pueblo cercano. Y que asesinan a párrocos inocentes.

—¿Inocentes? ¿Cómo sabes que eran inocentes? —reclama Gerda, alterada.

—Está bien, vístete como te plazca, pero dejemos de discutir y salgamos de una vez de esta habitación. Siento que me asfixio. Apenas ayer estuvimos a un tris de matarnos. Disfracémonos de que nada malo pasa y salgamos a respirar aire puro.

Por la mañana visitan la Catedral gótica de la Santa Creu i Santa Eulàlia; se suben al funicular de Montjuïch, desde Paralelo a Miramar, y de regreso: corren como niños sobre la pasarela mecánica que los lleva hacia la estación, hasta que el silbato de un policía los ahuyenta.

Cansados y hambrientos, en el Mercat del Born compran algo de comer: una orden de pescado frito que sabe demasiado a pimentón. Entre el rudimentario español de Gerda y su francés, intentan conversar en algo que, según ellos, se asemeja al catalán, con un mejillonero que exhibe su mercancía, dentro de una canasta, en el puerto. Hacen algunas tomas de un grupo de milicianas que se entrenan sobre la arena: a marchar en filas, a disparar sus fusiles y revólveres. Al anochecer, un farolero de la calle Vallvidrera los ve pasar, tomados de la mano, caminando sin prisa, llenos de vida.

A mediados de agosto deciden ir al frente. Viajan a la ciudad de Córdoba, en cuyos alrededores ya comenzaron los enfrentamientos militares. Ella está nerviosa. Él la anima. Podría decirse que se sienten invencibles. Inmortales. Están entusiasmados porque participan de la historia y se empapan, día a día, de España: su comida, sus costumbres, los cantos de la gente, entonando, con el puño levantado: "Jurad sobre estas letras, hermanos, antes morir que consentir tirano". La efervescencia popular en las plazas, los discursos encendidos, las arengas, los mítines contra el fascismo. La tonada de La Internacional tocada por unos músicos callejeros. El particular olor que se respira en las calles: a patatas y aceite de oliva. El idioma y la generosidad de los españoles. Sus sonrisas francas y los colores vivos en todos lados: en las callejuelas y paseos, en los mercados y también en los carteles antifascistas que comienzan a aparecer sobre los muros: "Atacad, soldados de la República", "Fuera de nuestra tierra el fascismo invasor", "España no puede morir". Los discursos de Dolores Ibárruri llamando a la resistencia, que escuchan por la radio.

Capa ya había estado en Sevilla, cubriendo la celebración religiosa de semana santa, pero para Gerda es su primera vez en Andalucía. ¡Qué distinto de Cataluña! No le sorprende ver tantas iglesias, pero sí las mezquitas, los baños árabes y los zocos, aunque no ignora la historia de esa zona y bien sabe que ahí nacieron Séneca, Averroes y Maimónides. ¿Habrán paseado a lo largo del Guadalquivir mientras reflexionaban sobre las teorías aristotélicas, la noética o el estoicismo?, se pregunta Gerda al contemplar el río.

La lucha del pueblo contra la amenaza del totalitarismo, esta vez plasmada en los rostros de Franco, del general Mola y de Queipo de Llano entusiasma a los jóvenes fotorreporteros. Mucho. Quieren ayudar a defender una democracia que los españoles apenas comenzaron a disfrutar en 1931. Y lo hacen con su mejor arma: acercamientos, encuadres, tomas en movimiento. Apretar el disparador en el instante preciso, captar el dolor y el sinsentido en las miradas.

Gerda y Bob pasan varias semanas en su querida España, viviendo momentos y escenas fundamentales. El sitio del Alcázar de Toledo por

el Frente Popular. La valentía del batallón de Adam Mickiewicz, compuesto sólo por polacos. Ciento cincuenta mil personas, asustadas y perdidas, huyendo de Almería. El valiente salvamento de los tesoros del museo del Prado por parte de los republicanos. O los rostros aterrados de los pobladores de Cerro Muriano ante un feroz ataque aéreo. Ahí, Capa tomó una de sus fotos más conocidas: la de un miliciano que cae derribado por una bala. Ahí, más que nunca, le fue fiel a la frase que tanto repetía: “Si tu foto no es buena, es que no estabas lo bastante cerca”.

Se escuchaba el sonido de la metralla. Aterrador. Ráfagas que no se detenían con nada. De pronto, silencio. Un combatiente, tal vez de la central obrera anarquista, grita: ¡Vamos, vamos!, y todos lo siguen, abandonando la protección de la trinchera. ¡Vámonos!, dice Capa, imitándolos, con su fuerte acento extranjero. Con la camisa blanca, casi impoluta, ojos cerrados en un gesto de dolor agudo, las rodillas dobladas, el joven Federico Borrell García, del pueblo de Alcoy, se desploma al tiempo que su mano derecha deja libre su fusil. Muerto, ya no podrá utilizarlo. ¿Habrá pensado, antes de su último aliento, en la injusticia divina? —se pregunta Taro— o, como la mayoría de los creyentes, ¿habrá supuesto que “Dios sabe lo que hace”?

VI. Francia, Inglaterra, Alemania, Suiza

Voltaire fue brillante desde pequeño; cuando sólo tenía trece años leyeron uno de sus poemas en la corte real y, a los treinta años ya era famoso en casi toda Europa. Dueño de un gran talento que lo hizo ingresar a la historia como escritor, poeta, filósofo y, lo fundamental, como un gran defensor de la tolerancia y el liberalismo. Le daba prioridad a la razón, eficaz instrumento para resolver problemas. Fue tal su importancia que muchos historiadores hablan del "siglo de Voltaire" y lo consideran uno de los más lúcidos representantes de la Ilustración. Siempre despertó envidias, así que tuvo que aguantar críticas, acusaciones y calumnias: que era un mal poeta, ateo, hijo de un campesino, libertino. En realidad, nunca fue bueno para conservar la calma ante los ataques: lo irritaban y no podía quedarse callado. Adoraba burlarse de los demás con su agudeza irónica, pero no soportaba que se mofaran de él.

Un día, François-Marie Arouet pasa a ser Arouet de Voltaire y, después, simplemente Voltaire.

De figura delgada, porte elegante, mirada impertinente y divertida. Nariz grande y afilada. Ojos negros. Sonrisa pronta. Emotivo. Dueño de una conversación siempre interesante e ingeniosa. Huérfano de madre desde los siete años, su padre, un reconocido notario, nunca mostró por él ni atención ni cariño y jamás estuvo de acuerdo en su decisión de abandonar sus estudios de derecho para volverse literato: significaba un escalón menos en su clase social.

Si no tomamos en cuenta los días en que la indigestión nerviosa lo afligía, tenía mucha energía y capacidad de trabajo. Su mente jamás descansaba. Todo el día anotaba sus ideas, con prisa, como temiendo que fueran a escapársele; frases que le llegaban con mucha frecuencia y en toda ocasión. Se quejaba de falta de tiempo y afirmaba que los escritores deberían tener doble ración de horas.

Sabía rodearse de admiradores, aunque era más talentoso para ganarse enemigos: por eso pasó su vida huyendo de París cada vez que había una nueva orden de aprehensión en su contra. No se distinguía por ser prudente o diplomático. Odiaba al poder y, al mismo tiempo, soñaba con pertenecer a la corte y ganarse los favores de Luis XV y del cardenal Fleury, quien realmente gobernaba. También soñaba con ser admitido en la Academia y, después de dos terribles rechazos, a los 52

años pudo lograrlo. Sabe que su destino es ser célebre, pero no se queda sentado, esperando: hace lo posible por conseguirlo.

Se dice que quien lo acerca a las ciencias es madame Du Châtelet. Ella, que conoce las temeridades de su amado, lo incita a estudiar física y matemáticas. En ese campo, la censura actúa muy poco. Los científicos tienen más libertad intelectual que los escritores, le dice, para convencerlo.

Sin ser ateo en su totalidad, se definía como deísta. Fiel creyente de la libertad ética y moral del ser humano, y de que cada hombre es autónomo y se forja su propio destino, concebía a un Dios creador del mundo y de las leyes generales de la naturaleza y que, sin embargo, no intervenía en los asuntos, ni particulares ni generales, de la humanidad. Es decir, de nada sirve rezarle, ni a él ni a ninguno de los santos. Mucho mejor rezarle a la razón antes que a un Dios que crea pero, al mismo tiempo, otorga libertad y autonomía a los hombres. Tal vez su frase más conocida al respecto sea: "Como el reloj supone el relojero, el universo implica la existencia de un eterno geómetra". ¡Eso! Dios es el gran arquitecto, pero no se manifiesta en los caprichos personales.

Voltaire gozaba la vida y los placeres simples que le ofrecía. A quien quería escucharlo, le decía: "¡Lo superfluo, qué cosa más necesaria!". Rechazaba las guerras y a las instituciones religiosas. De los sacerdotes católicos, afirmaba: "Se ven privados de demasiados placeres; eso los impulsa a la ambición". Pasó su vida condenando los fanatismos y las supersticiones.

De todos los géneros, el que más le gusta es el teatro. Y se muestra muy hábil al lograr conmover al público con las palabras adecuadas. Pero también es muy diestro para los versos y las rimas. Su primera obra, *Edipo*, es un triunfo: logra treinta y tres representaciones.

Aunque muchos lo rechazan, miles lo leen: De *La Henriade*, un poema épico sobre Enrique IV, dedicado a la reina de Inglaterra, aparecen sesenta ediciones durante la vida del autor. El éxito de *Zaïre* también es impresionante: cuando acaba la representación, muchos de los asistentes al teatro están llorando, conmovidos. De hecho, tantos son los aplausos que obligan a Voltaire a subir al escenario por primera vez en la historia de la dramaturgia francesa. De sus *Cartas inglesas*, sólo entre 1734 y 1739, se venden veinte mil ejemplares. Y si prohíben alguna de sus obras, se lee aún más. El Estado gastaba una buena suma en censores, quienes decidían qué libros ofendían a Dios, al rey y a las buenas costumbres. El escritor llegó a ser encarcelado en la Bastilla, y si no pasó años tras sus muros, fue porque los consejeros del rey convencieron a éste de que era mejor neutralizarlo fuera de la capital francesa, en lugar de convertirlo en un mártir tras las rejas.

Su exilio en Inglaterra, de treinta meses, marca su destino de cierta

manera, al vivir en una sociedad a la que él considera más liberal, tolerante, civilizada, abierta y con un gran espíritu crítico, en comparación con su querida pero malagradecida Francia. Durante su destierro conoce a Newton; frecuenta a Alexander Pope y a Jonathan Swift; lee a Locke, Newton, Shaftesbury y un mundo, que no imaginaba, se le queda dentro. Inquieta saber que jamás volvió a pisar el territorio británico.

Amando las letras, el arte y la ciencia, Voltaire también se declara aficionado al dinero. Y como además es hombre de negocios y un buen administrador, llega a ser muy rico. Sabe que para conservar su independencia como escritor y no subordinarse a ninguno de los tres poderes que pueden controlarlo —el Estado, la Iglesia y el caprichoso gusto del público—, debe hacerse de una considerable fortuna.

Voltaire se decide por escribir con un estilo clásico. Va al grano, aunque cuida cada una de sus frases. Corregía sus textos, aun los ya publicados, una y otra vez. Como también sabe que la literatura es un vehículo de educación —al menos, *su* literatura—, cree en la sencillez y la contundencia de la narración. A los que experimentan con expresiones rebuscadas, como los Modernos, les critica que cambien el lenguaje para no cambiar el pensamiento. Lo que busca es ilustrar a un público al que él ve lleno de supersticiones. Los prejuicios, no cabe duda, estorban al saber y disminuyen la eficacia del conocimiento. Es corrosivo y divertido a la vez.

Después de un largo y último exilio de dieciocho años en su castillo de Ferney, Suiza —un país protestante y más tolerante que el suyo—, Voltaire regresa a su patria en 1778, como todo un héroe. Muere en mayo del mismo año. Medio millón de franceses le rinden tributo en la ceremonia fúnebre. Desde entonces, sus restos descansan en el Panthéon.

Hay algunas escenas de su vida que no fueron consideradas importantes por quienes hacen fichas biográficas de hombres notables pero que, en lo que a nosotros concierne, son esenciales para entender su relación con la marquesa Du Châtelet.

Voltaire recuerda muy bien qué pasó y por qué discutieron. Ya llevaban más de trece años de ser pareja y la relación, como sucede a veces —¿sólo a veces?—, se había enfriado. Un lunes cualquiera, un lunes anodino, él regresó al hotel Lambert a las tres de la mañana. Había sido invitado a cenar con su sobrina y la conversación se había alargado. Émilie no estaba ahí. ¿Ha ido a jugar cartas a casa de su querida amiga, la duquesa de Richelieu?, le pregunta al lacayo, pero sólo obtiene un “Lo siento, *monseigneur*, no estoy informado”.

A las cinco de la mañana en punto, el filósofo escucha las finas zapatillas de su amante recorriendo el piso de parquet del pasillo y decide ir a su encuentro. Émilie, al verlo salir de sus apartamentos

como fantasma, con su camisón de noche, despeinado, la cabeza sucia por el aceite de nueces que usa para combatir la caída del cabello, comienza a llorar y a gritarle, sin importar a cuántos sirvientes despierte el ruido, acusándolo de serle infiel. Voltaire, furioso, por primera vez en su vida la calla, gritando aún más fuerte:

—¿Otra escena de celos, acaso? ¡No, madame! Ahora me va usted a escuchar —le dice, señalándola con el índice y caminado hacia ella—. Lo que nos ha alejado son sus gastos desmedidos: ¿un *nécessaire* de cuatrocientas libras hecho para usted? Es lo que le pago a mi mejor copista. ¿Otra porcelana de Sajonia para aumentar su colección? ¡Y ya tiene más de cuarenta tabaqueras! ¿Para qué quiere otra? Su gusto por las tertulias, por las cenas tardías, la aleja de sus deberes con la ciencia. Antes sabía retirarse de la pompa y el barullo de París para cultivar, en el campo, el grande y amable genio con el que ha nacido. Ahora, alejarla de lo baladí es imposible. ¡Y yo pagando cada uno de sus caprichos! Ya la imagino tomando helados de Lefevre en el palco de Madame Armagnac, pensando cuál será su siguiente adquisición y planeando cómo aprovecharse de mi generosidad, que se está agotando.

—Jamás, jamás… —intenta defenderse Émilie, pero el llanto corta sus palabras. Su espalda ya está sobre el muro de tanto haberse echado hacia atrás, huyendo del dedo acusador del filósofo que la ha cercado—. No puedo respirar, no puedo respirar —dice, abanicándose el rostro enrojecido con su mano derecha—. Me está matando…

—Es usted quien me está matando con su afición al juego. ¡Ochenta y cuatro mil libras perdió tan sólo hace quince días en Fontainbleu!

—Dinero que ya estoy juntando para honrar mi deuda —se defiende, enjugándose las lágrimas con su pañuelo de encaje.

—¿Y mi honor? ¿Quién protege mi honor? Fui yo quien le conseguí un lugar en la mesa de la reina. Todo un privilegio. Y hasta me vi obligado a esconderme en el palacio de *mademoiselle* Du Maine —reclama, desde sus ojos siempre chispeantes, ahora en llamas.

—Pero fue por su culpa que tuvimos que retirarnos, huyendo. ¡Acéptelo! —contraataca la mujer.

—¿Acaso no se dio cuenta de que le veían la cara? ¿De que la engañaban con quién sabe cuántos trucos? ¡Era tan evidente!

—¿Y tenía que decírmelo en voz alta, frente a todos? Acusó de tramposos a los personajes más importantes de la corte real.

—En inglés.

—¿Y creía usted que nadie, fuera de mí, lo entendería? Jamás podré regresar a jugar a esa mesa —dice, tratando de zafar su muñeca de la mano masculina que la aprisiona con fuerza—. ¡Déjeme, me está lastimando!

—¡No me importa un ardite! Mejor, mucho mejor que no la acepten

de vuelta. Mucho mejor que la esté lastimando. Usted me ha lastimado ya demasiado.

Émilie trata de escaparse. No lo logra. El filósofo aprieta más mientras grita:

—¡Ya estoy harto de pagar sus deudas!

—Comprenda que a veces enfermo de entusiasmo. Me entusiasman el teatro, la ópera, los objetos valiosos…

—¿De entusiasmo? ¿Acaso se está burlando? —grita otra vez, interrumpiéndola—. Pues su entusiasmo me está costando demasiado caro. Tome de esa famosa agua de Sédlitz que me da para el estómago, a ver si le sirve para curar su "enfermedad de entusiasmo". ¡Bah! ¡Entusiasmo! Lo que debe hacer es aprender a controlarse: tiene una mente demasiado desarrollada para resolver algoritmos, pero que no le sirve del todo para la vida diaria. ¡Demonios! Y encima, ¿se atreve a hacerme una escena de celos?

—¿Y qué me dice de esta carta? ¿Qué tiene que ver esta carta con sus acusaciones? ¿Qué tiene que ver su traición con mi pasión por el juego? —lo cuestiona, sacando de su escote, con la mano libre, unas hojas arrugadas.

—¿Y usted puede presumir de fidelidad, acaso? ¿No mantuvo relaciones conmigo y con Maupertuis al mismo tiempo, durante al menos un año? ¿No cambia la foto de su anillo de cornalina cada vez que estrena amante? ¡Si el buen marqués supiera que su retrato ya fue varias veces sustituido!

—Yo… yo… es… no, no exagere, yo…

Voltaire, todavía más enojado, la suelta, le arranca los papeles, da media vuelta y regresa a sus aposentos, azotando la puerta con tal fuerza que el aire expelido alcanza a apagar las velas de un candelabro. Émilie du Châtelet se deja caer al piso. Aldonce, que ha visto el final de la escena, escondido detrás de una escultura, se acerca.

Émilie

¡Ay, amado Voltaire! Siempre dije que el amor feliz requiere la posibilidad de independencia amorosa, pero esto es demasiado. Mis ataduras hacia la pasión que nos hemos profesado no ceden, ni abandonándome a mí misma. Usted sigue siendo el hechizo y el tormento de mi vida, mi bien y mi mal. Hoy he tratado de dedicarme a los binomios y a los trinomios, pero no puedo dejar de pensar en usted. Sólo existirá para mí la felicidad perfecta en este mundo cuando compruebe que no he consagrado inútilmente mi vida al arte de amarlo.

Soy más digna de lástima de lo que he sido jamás. Es horroroso tener que quejarme de usted y de su aborrecible relación con su propia sobrina, sí, la hija nada menos que de su hermano, la hipócrita madame Denis, que todavía anuncia su dolor ante la muerte de su marido. ¡Pobre e infeliz viuda que se ha visto en la necesidad de encontrar consuelo en el lecho de su famoso y acaudalado tío! ¡Ja! Me hierve la sangre al imaginarlos juntos y, al mismo tiempo, siento repugnancia. No sé cómo no estoy muerta: haber leído la carta que le escribió a esa arpía me está matando. Mi corazón está ulcerado y, sin embargo, quiero perdonarlo. Pero hay algo que no me deja: usted nunca me escribió nada parecido. Leí la carta tantas veces que hasta memoricé unas frases. Ya sé, intercepté lo que no era mío y jamás debí abrirla y, sin embargo, lo hice:

Mia cara, ma chère italienne: "Qué delicia sentir tu dedo escribir en mi cuerpo las palabras que tu boca pronuncia en mi oído". ¿O qué me dice de esto?: "Nunca seré feliz hasta que pueda vivir contigo". "La corte, el mundo, los grandes me aburren. Lo que quiero es que vivamos juntos. Mi alma besa tu alma. Mi pene y mi corazón están enamorados. Beso tu gentil culo y tu adorable y graciosa persona."

¡Qué asco! ¿Cómo ser sensata ante semejantes palabras? ¿Hasta dónde ha rebajado su literatura? ¿No encontró maneras más finas de expresar sus sentimientos animales? ¡Ay, amado mío! ¿Y cómo puedo competir con ella, que llegó al mundo al menos diez años después que yo? He perdido muchos de mis encantos, es cierto, pero mi inteligencia sigue tan despierta como antes; tal vez más. Y eso es lo

que usted alaba. En cuanto a mi afición por las cosas superfluas, esa enfermedad de mi espíritu que tanto le atormenta, si nuestro amor sobrevive, prometo controlarla.

Me he pasado la vida temiendo perderlo. Lo amo lo bastante, lo confieso ahora, para perdonárselo todo siempre y cuando su aliento regrese a mi lado para ayudarme a olvidar su amor clandestino. Tanto hemos hablado de la tolerancia que es hora de que seamos, el uno hacia el otro, comprensivos. ¿No afirma, cada vez que hay alguien dispuesto a escucharlo, que debemos tolerarnos mutuamente unos a los otros porque somos débiles, inconsecuentes, volubles y víctimas de los errores? Es necesario que hagamos tangible su filosofía para salvar nuestra relación.

Usted mismo ha dicho que vivimos en un mundo en que lo esencial es invisible. Lo esencial, aquello que nos liga, que nos unifica, que hace que un ser sea un ser. Dejamos que lo esencial, lo que hace que nuestro amor haya sobrevivido hasta ahora, nos siga guiando, dulce, hacia un feliz destino. Sepamos, ambos, perdonar nuestras debilidades y acoja de vuelta, en su cama y en su corazón, a su querida Minerva francesa, a su sufriente *dear Emy*. ¿Es, acaso, mucho pedir?

Soy extrema, lo sabe, es necesario que lo ame con locura o que muera de dolor separándome de usted, así que le suplico una respuesta.

6. Hungría, Alemania, Francia

Gerda le rehúye a su pasado: no le gusta recordarlo. Le duele y molesta. A Capa, en cambio, le resulta útil y hasta se divierte a ratos acordándose de sus días, siempre distintos y divertidos. A pesar de todo. A pesar de ser judío en una época antisemita. A pesar de vivir en un barrio de obreros. A pesar de las carencias. A pesar de que a los diecisiete años, acusado de ser un revoltoso comunista, el comisario de la policía, mientras silba impunemente la quinta sinfonía de Beethoven, le rompe cuatro costillas a fuerza de golpearlo y, por si no fuera suficiente, lo deja en coma, del que logra salir después de cinco días.

En su infancia, las ocupaciones de sus padres, que deben trabajar duro en su taller de confección de trajes femeninos para garantizar un digno sustento, le regalan mucho tiempo libre y aunque es un chiquillo, pasa gran parte de su tiempo recorriendo (vagando, dirían los adultos) las calles de Pest. Su ruta favorita: caminar a las orillas del río Duna, desde el balneario Géllert hasta el Parlamento, ida y vuelta. Si se cansa, siempre logra colarse en un tranvía. A veces, el pequeño Endre se sienta en una banca cerca de la entrada al lujoso edificio de las aguas termales para ver pasar turistas alemanas que vienen buscando una pronta cura para algún mal que va desde la melancolía hasta incomodidades gastrointestinales. Le gusta ver gente extranjera, distinta. Así que también se da sus vueltas por el Paseo del Corso, donde se asientan los hoteles más finos de Budapest: Carlton, Bristol, Hungarian y Ritz. El portero del Hungarian, el señor Santjos, siempre es amable. Disfruta explicarle cómo reconoce la nacionalidad de los turistas con sólo ver su rostro, su manera de vestirse y de caminar. Lleva más de veinte años abriendo la puerta para suizos, rusos, búlgaros, franceses y hasta americanos que “de verdad vienen de América”, le presume. Algunos viernes le regala un pedazo de rétes, ese strudel de semillas de amapola que tan bien le queda al chef del hotel.

El niño Friedmann goza los días de verano, cuando las calles se sienten vivas con mercaderes que venden sus productos en pequeños mostradores de madera con ruedas. Comida, embutidos, artesanías, ropa, enseres domésticos y cachivaches diversos. Elegantes edificios, grises y de la misma altura (no más de cinco pisos) enmarcan las

calles adoquinadas donde los húngaros tratan de olvidar esos capítulos de su historia que los lastiman: invasiones tártaras, ciento cincuenta años ocupados por los otomanos; después, manipulados por los Habsburgo. Y apenas hace unos años, al finalizar la Gran Guerra, cuando Endre cumplía siete, una adversidad más: el país fue forzado a ceder el setenta por ciento del territorio. Triste pasado el de Hungría, una nación con falta de autonomía y libertad.

Cuando siente ganas de pasear acompañado, Endre va por su amigo Gábor a la tienda de vajillas de su padre, al lado del bistró Pilvax, famoso porque ahí se reunían los líderes de la revolución de 1848. Siempre se acerca con precaución al aparador donde exhiben la porcelana Herend, tan fina que es casi transparente. Si tuviera dinero, compraría una pieza a la semana, hasta completar los servicios necesarios para, entonces, regalárselos a su madre, que se queja de sus platos despostillados. No acaba de entender esos sueños de elegancia y esa melancolía por la posición acomodada de la que disfrutaban antes (y peor se pondrá la cosa cuando llegue la depresión del 29). En realidad, a él la comida le sabe igual, sin importar en qué vajilla se sirva o en qué mantel descansen los platones.

Su madre también se queja, aunque lo hace murmurando o en ese tipo de silencio desentonado, del vicio de su padre: a veces pierde el pago de un mes entero en una partida de cartas. Ese es uno de los defectos que Endre le heredará. Al adolescente, en lugar de molestarle que su papá pase las tardes jugando pinocle en el Café Moderne, se esconde detrás de un árbol de buen tamaño o se asoma por encima del capote de un auto, para espiarlo. Se entretiene viendo sus gestos, su mirada frenética e inyectada de riesgo. Le gusta verlo emocionado, vivo.

Desde pequeño Endre ha sido intrépido, impulsivo y muy dinámico. Su imaginación lo hacía recorrer el barrio judío, que rodea a la sinagoga, dejando escapar su mente al transformarse en distintos personajes heroicos y valientes, como el príncipe Ahmed, que hace todo por defender el amor de su amada, la princesa Pari Banu. También desde pequeño se convirtió en cazador de imágenes, a las que fantaseaba ya impresas: el aparador rojo de la tienda de marionetas y fantasmas hechos a mano: *manufaktur müterem*, presumen. O la fachada del circo permanente con su letrero luminoso: Tövarosi. O el rostro cansado de los usuarios del metro al terminar su jornada laboral en comparación con los húngaros adinerados que salen, después de haber gastado mucho dinero, del elegante restaurante Gundel. Poco a poco, el lenguaje callado que encuentra en las expresiones de las personas que cruzan su camino gana su atención. Cada arruga, cada gesto, cada textura. Cuando su amiga Eva le presta su Kodak Brownie, él se siente en día de fiesta.

Al terminar los estudios secundarios, el adolescente Friedmann decide ser periodista; es la profesión que une sus dos inclinaciones, la literatura y la política. Más que mente científica, su afición es hacia las humanidades. En poco tiempo logra entrar al grupo artístico y político Munkakör, dirigido por Kassák, un pintor y poeta socialista obsesionado por denunciar las injusticias del sistema capitalista. A su lado, además de encontrar el arte de la fotografía, empieza a politizarse.

Más adelante, siguiendo los pasos de su amiga Eva, se va a estudiar a Berlín y tiene la suerte de que sus maestros sean de los más avanzados de la república de Weimar. Ahí hace suya la fotografía experimental y los puntos de vista de vanguardia. También consigue su primer trabajo, con una Leica prestada, en la agencia fotográfica Dephot. Sus fotografías son sobresalientes (posee un ojo instintivo y natural) y las publican en el *Der Welt Spiegel*, aunque es evidente que todavía tiene un largo camino por recorrer. Pero no logra terminar sus estudios, ya que, después de la noche del incendio del Reichstag y de que Hitler prohíbe la existencia del partido comunista, no le queda más que huir. Es afortunado: logra que una organización judía lo apoye con un boleto de tren hacia Viena. De ahí, pasa a Budapest para ver a su familia. La capital alemana ya no era un lugar fiable para un judío despreocupado, de alma anarquista, con pinta de gitano y demasiada seguridad en sí mismo. Su extrema audacia, su tendencia al peligro lo exponían en un país en el que se condenaba a los comunistas, a los homosexuales y a los judíos. Decide ir a la capital francesa para alcanzar a los muchos húngaros anti-fascistas que ya habían hecho de esa ciudad su refugio.

Cartier Bresson, amigo y socio de la agencia Magnum, decía de él: “Era un jugador de póquer con traje de luces de torero, pero que no mata. Capaz de luchar con generosidad por los otros. Un aventurero dotado de un extraordinario sentido de la vida”. Pierre Gassman, a su vez, afirmaba: “Era de esa clase de personas que disfruta el momento, un apasionado de la vida, la comida, el vino y las mujeres. Muy instintivo”.

Y así, con su carisma, su carácter extrovertido y seductor, incluso un poco fanfarrón, André Friedmann, un húngaro exiliado de apenas veinte años de edad, llega a París para conocer a Gerta Pohorylle. Esa mujer que confió en su talento más que él mismo. Que lo impulsó para ser reconocido. Que lo ayudó a cambiar su imagen desbalagada por la de un hombre exitoso y que, en cierto sentido, fue la responsable de que pasara a la historia como uno de los mejores periodistas gráficos de todos los tiempos.

Hay algunas escenas en su vida que no fueron consideradas importantes por quienes han documentado la historia del fotoperiodismo, pero para nosotros pueden resultar esenciales. Más esenciales todavía para Gerda y Capa. Sí, ya tenían sus nuevas identidades cuando dejaron de verse durante un mes.

Bob no recuerda bien qué pasó ni por qué discutieron, lo único que le llega a su mente es un disco de música húngara, de címbalo, que le había regalado algún compatriota. Lo escuchaban juntos, tirados sobre la alfombra del departamento, mientras él le contaba algunos pasajes de su infancia. Gerda hizo una mueca de asco cuando le dijo que su platillo favorito, el *kakastöke pörkölt* del que tanto presumía, es un simple guiso de testículos de gallo.

—Ya no me cuentes, me causa repugnancia —le dice, burlona—. Además, ni siquiera sabía que los gallos tienen testículos.

—¿Repugnancia? ¿Y qué me dices de la asquerosa *andouillette* que disfrutas y que está rellena de intestinos y estómago de cerdo? —revira, gustoso.

Pero es claro que no discutieron por esa razón tan pueril. Después, Capa le propuso jugar a lo que él jugaba de adolescente: *Mielött meghalok*. Es decir: antes de morir. ¿Qué quieres hacer antes de morirte? Contesta rápido, lo primero que venga a la mente. Conocer Nueva York, Moscú. Viajar en barco. No sé. ¿Tener un hijo? Primero tú, después yo y así, nos vamos turnando.

Tal vez alguna de las respuestas del húngaro sulfuraron a Taro. O el hecho de que le confesara que no había abandonado del todo su costumbre de contratar prostitutas. No podemos saberlo porque ni el mismo Capa lo recuerda. Lo importante es que de pronto Gerda se levantó furiosa. Se puso los zapatos y una gabardina color ladrillo y salió del departamento silbando la quinta sinfonía de Beethoven, de manera evidente, y azotando la puerta. Así, nada más. No volvió la vista hacia él ni se quedó esperando en el dintel un rato, con la esperanza de escuchar alguna disculpa. Tampoco regresó a buscar sus cosas personales; ni una prenda de ropa. Se fue y durante un mes, sí, un mes completo, Bob no supo nada de ella. Ni Chim ni Ruth conocían su paradero o, de conocerlo, nunca se lo dijeron.

Un lunes, un anodino lunes de enero, sin ningún encargo fotográfico, Capa se sienta en una mesa junto a la ventana en un pequeño bistró del Palais Royal. Un restaurante que tiene fama por la abundancia de sus platillos y el modesto costo. Ahí está, todavía dolido por la ausencia de su amante. Lleva cuatro semanas sintiéndose partido, resquebrajado. Y hoy está peculiarmente afectado: no aparecen los negativos de las últimas fotos que tomó. Los ha buscado ya por todo el departamento que, desde que se fue Gerda, está en desorden creciente. De hecho, lleva un mes sin utilizar el cuarto

oscuro y sin comprar líquidos nuevos. Sin limpiar las charolas que portan, en alemán, cada una su letrero marcado con la letra de Gerda: "Entwiekler", una. "Fixierbad", la otra. Sin lavar la ropa y sin rasurarse. Decide no pensar en ella, aunque cada vez que lo decide, con más fuerza le llega la imagen de su sonrisa, sus dientes blancos, que serían perfectos si no fuera por los incisivos, que están un poco separados. Le llega la imagen de su cuerpo desnudo, menudo y armonioso, con los ojos cerrados, los puños apretados, los músculos ansiosos y ese grito que trata de contener cada vez que se acerca un orgasmo.

Vuelve a decidir no pensar en ella, y mientras espera el plato de cassoulet muy caliente que ha ordenado para aliviarse del frío del que se contagió en la calle, toma un pedazo de pan y el ejemplar de *Le Figaro*, menos grueso que de costumbre, olvidado en la mesa de al lado. Muerde la baguette crujiente y tibia, en la que comienza a derretirse la mantequilla normanda que tanto le gusta, y es entonces cuando ve a Gerda saliendo del pasaje Du Beaujolais. Maquillada y elegante. Con unos tacones demasiado altos que, sin embargo, no la hacen perder su seguridad al caminar por el piso de arena caliza, amarillenta.

Hace un minuto apenas, se detuvo frente al restaurante Le Grand Véfour, en donde acostumbraban comer personajes famosos de la historia francesa: Voltaire, por ejemplo. El lugar es inasequible para los bolsillos de la inmigrante, pero quiso asomarse entre los cortinajes de muselina bordada a imaginar al filósofo sentado sobre los sillones de terciopelo rojo, frente a aquella mesa, hablando con Émilie sobre la forma de la cohesión del sistema solar de acuerdo al problema fundamental de Newton, mientras tomaban un poco de vino resinoso. Unos grandes espejos de abigarrados marcos dorados reflejaban la mirada de la alemana. ¿Cómo es posible que el sistema solar forme una unidad cuando los cuerpos que lo constituyen son diversos y plurales?, llegó a escuchar a madame Du Châtelet preguntarse. ¿De qué forma explicar el fenómeno de la gravedad para que todos lo comprendan, cuando es invisible e inaccesible a la experiencia?, se cuestionó a su vez el filósofo.

Pero ahora Gerda camina en dirección al Louvre. Apenas ayer llegó de Beauvais, en donde vive Lotte, una conocida de Kuritzkes que le dio asilo. Necesitaba tomar distancia de ese amor que la tiene tan comprometida. Tan enganchada. Un amor demasiado fuerte que, al mismo tiempo, la atrae y la repele. Misterios de los campos magnéticos. ¿Será posible encontrar el equilibrio en esas circunstancias?

Capa se levanta de inmediato, alebrestado. Coloca su mano sobre la ventana y se queda observando a la mujer de quien se ha enamorado

sin términos. Sabe que en algún momento volverá la vista y lo verá ahí, de pie, esperándola. Como si su relación obedeciera a las cuatro características de las leyes naturales: contingente, universal, estructurante, invisible. El vidrio que lo separa del clima invernal está demasiado frío; la palma izquierda lo resiente. A la mitad del camino, Taro se detiene y gira su cabeza hacia la derecha. ¿Por qué? Porque sí. Porque tenía que hacerlo. Al divisar la conocida figura, la mujer respira profundo; los pulmones se llenan con el aire que hace poco estaba afuera, a tres grados centígrados. Después, camina hacia Robert. Se detiene frente al bistró, al otro lado del cristal, y coloca su mano derecha sobre la de su amante; cada dedo junto a otro dedo más grande, sin tocarse. También su palma resiente la temperatura del vidrio. Levanta la mirada y ve a su querido gitano a los ojos, cuyas pequeñas venas lucen inflamadas. Enseguida, dejando la huella húmeda de su mano en el cristal, entra al restaurante, camina lento delante de dos mesas y se sienta frente a Capa, sin decir nada. Así se quedan, en un silencio tibio que los acoge. Un silencio contenido y dulce. Después toma su mano, que sigue fría, igual que la de ella. Tal vez un poco menos. Ambas manos se acarician para calentarse. Se frotan. Se reconocen. Se arrullan. Qué necesario es el calor en ciertos momentos y cuántas cosas dice.

Pasan diez minutos en silencio, ante el extrañamiento del mesero que sólo observa, desde la distancia, la olla de cassoulet sobre la mesa, enfriándose. No se atreve a interrumpir a la extraña pareja y no alcanza a adivinar el sentido de sus miradas, que parecen sosegadas.

De pronto, Taro aproxima la mano de Bob a su boca, roja rojísima, y le da un beso largo en cada uno de los nudillos. Después de hacerlo, tan sólo le dice:

—Anda, vamos a casa.

Gerda

A veces es un niño: juguetón, bromista, fresco. ¡Cómo se alegró, igual que un crío, cuando le regalé un paquete de cigarros americanos por sus veintidós años! Sin embargo, me siento protegida a su lado. Cuidada. Sobre todo cuando caminamos juntos y voy casi colgada de su brazo. Cuando me toma de la mano para cruzar una calle o para jalarme, con fuerza, para alejarme de una zona de peligro, de disparos, de guerra. Cuando me abraza por atrás, en las mañanas, enredando sus piernas en las mías, compartiendo su tibieza con mi piel, que a veces amanece desganada. Cuando toca en la armónica la canción que mi madre solía cantarme. Cuando enciende mi cigarrillo, regalándome esa sonrisa abierta, infinitamente traviesa. Cuando intenta proteger mi cuerpo con el suyo, más grande que el mío, en cuanto escuchamos las sirenas que anuncian otro bombardeo.

Me gusta que presuma ser esa especie de dandy anarquista que todo lo puede, un hombrón independiente, masculino, seguro de sí mismo. El perfecto *bon vivant* que ha asumido la responsabilidad de la denuncia, de un combate que no admite la retirada. Su esencia es el romanticismo; soñar y, después, en lugar de abrir los ojos, seguir soñando. Aparenta fortaleza, pero su alma es frágil, tal vez demasiado. Todavía carga con la soledad de su niñez caótica; sin compañía, sin reglas. Con su adolescencia de rebeldía, los puños siempre dispuestos a participar en alguna pelea callejera, buscando la energía que adivinar el peligro inyecta.

Detrás de la cámara, su pasión emociona; es contagiosa. Su rostro se instala en el éxtasis. Su talento es innato y, por lo tanto, de un salvajismo que seduce. Imposible no enamorarse al verlo tomando fotos. Imposible no transpirar al sentir su mano sobre mi espalda, su entusiasmo, cuando ambos nos inclinamos para ver la fotografía que comienza a aparecer en la charola de revelado.

Lo quiero, he de decir que lo quiero. Lo quiero mucho, y bien, y todo el tiempo. Y lo necesito cerca. Saberlo, sentirlo cerca. Compartir la intensidad con la que vive, respira, grita, ama. La lealtad con la que sabe ser amigo, hijo, compañero. Es un hombre admirable. Generoso. Fuerte y tierno.

Me gusta disfrutar el sabor de un trago de vino cuando me lo pasa de boca a boca. Evadir las semillas de aceituna que me avienta llenas

de su saliva, en los momentos en que me distraigo y dejo de escucharlo. Fingir que nos enojamos para solazarnos con el sabor de una reconciliación siempre oportuna en la cama, en el sillón café, en la mesa del comedor, en la alfombra.

Amarlo cuando habla y cuando permanece en silencio porque sabe entender mi tristeza. Amarlo cuando dice que no siente hambre para que me termine el único plato de ejotes que tenemos por cena. Amarlo cuando me mira como si yo fuera lo más importante. Amarlo cuando demuestra que, antes que otra cosa, respeta mi libertad, mi independencia.

Sí, lo estoy amando demasiado, y eso me llena de miedo.

VII. Cirey, diciembre de 1739

A pesar del frío, los dos amantes están en el jardín que da al bosque, frente a una mesa baja de mármol de Carrara llena de viandas: charcutería, panes, un buen trozo de mantequilla normanda y frutos secos. A Voltaire le emocionan tanto las comidas campestres que, a pesar del frío, madame Du Châtelet ha querido complacerlo y acompañarlo a respirar el aire libre, suelto. A lo lejos, el fluir del río Blaise los tranquiliza e invita a sus mentes a pasear sobre sus aguas tranquilas, que comienzan a helarse en las orillas. El cielo aloja nubes blancas teñidas de grises acero en el centro.

Ambos disfrutan de observar el paisaje blanco, las ramas de los árboles inclinadas por el peso de la nieve. Además de los abrigos de piel que los cubren, los domésticos les han puesto una frazada de zorro negro sobre las piernas. De vez en cuando, el sol invernal que logra colarse entre las nubes los deslumbra. Madame du Châtelet lleva guantes. Tal vez adquiridos en la Maison Hébert. No le gusta el frío: dice del invierno que es un tiempo desapacible y cargado. El escritor tiene las manos desnudas, por eso mueve los dedos y frota sus palmas a cada rato. Un vino de Alicante, caliente, con ligero aroma a canela, les es servido. Frío, calor, piensa ella, no cabe duda que para conservar durante mucho tiempo el corazón de un amante, hay que alternar el frío y el calor. No darlo todo, tampoco negarlo.

Émilie está feliz. Su amado acaba de regresar, apenas ayer, de una visita a Bruselas y Holanda. Fue un viaje corto y con fines académicos, pero la mujer, que es tan emotiva e intensa, recordó el forzoso viaje de Voltaire a Holanda, tres años atrás. Un aviso puntual los puso en guardia: el rey sabía en dónde se escondía, así que tuvo que salir de forma apresurada. Apenas tuvo tiempo para empacar su ropa. Madame du Châtelet se quedó muy preocupada… en vano. El filósofo regresó feliz de su huida. Conoció Amberes, Ámsterdam y Lieja. En los tres lugares fue recibido por muchos admiradores que no dejaban de alabarlo y que habían leído sus obras o asistido a las representaciones. Fue en esa época cuando comprobó que la sociedad holandesa —protestante— es más transigente. Montaron *Zaïre* y *La muerte de César* en su honor. ¡Un éxito!, le contó entusiasmado, a su regreso. Lo único que le hizo falta, además de su deliciosa Urania, fue la comida francesa. ¡Qué paladar el de los holandeses! Platillos insípidos, sin

ningún gusto. Por eso, en esta ocasión, en Bruselas adquirió productos alimenticios que llevó consigo a los Países Bajos. Más vale aprender de la experiencia.

Un guardabosques pasa frente a ellos cargando un fusil, distrayéndolos momentáneamente. En la espesura que rodea la propiedad hay lobos que a veces comienzan a aullar desde las cuatro de la tarde. En invierno no sobran las precauciones, pues el hambre obliga a los mamíferos salvajes a acercarse a los pueblos. Aldonce ha ordenado que se quede, con discreción, cerca de la pareja. De cualquier manera, los enormes mastines de Émilie estarían preparados para defenderla.

Ahora la plática se centra en un tema que los convoca: la existencia del alma separada del cuerpo. Han leído a Wolff, filósofo y matemático alemán que divulgó e interpretó a Leibniz, quien habla sobre un alma eterna e inmortal, separada del cuerpo. ¿Existe eso que los creyentes llaman alma?, se preguntan.

—Nuestro compatriota Descartes decía que el alma es una sustancia cuya esencia es pensar que piensa siempre. Pero como usted sabe, no soy cartesiana —argumenta Émilie cortando un pedazo de salchichón de Lyon.

—Son preferibles las teorías de Locke.

—Racionalista como Wolff. Lo que admiro de Wolff es su impresionante capacidad de sistematizar y esa búsqueda de un sistema filosófico que sea igual al matemático.

—Claro, usted, *mon petit oiseau*, es más matemática que filósofa.

—Y algo más a su favor: toca el tema que tanto me atrae. El de la felicidad. Afirma que uno de los principales deberes del hombre es perfeccionarse y conseguir la felicidad. ¿Ve cómo no estoy tan errada? Me gustaría conocer a Wolff, pues lo considero poseedor de una gran inteligencia. Aunque, ¿sabe?, el padre de su amado príncipe Federico lo destituyó de su cátedra y lo desterró de Prusia, acusándolo de ateo —dice con ironía.

—Yo sé lo que se sufre al ser perseguido. Y también me han acusado de ateo. No es ninguna novedad. ¡Ese rey es un verdadero vándalo! Un guerrero sin cultura. Pertenece al grupo de poderosos, de… de —no encuentra la comparación acertada—… de esas odiosas arañas que se despedazan unas a otras en lugar de hilar seda. Jamás súbditos fueron tan pobres y jamás rey fue tan rico —exclama enojado para preguntar enseguida, suavizando la voz: —¿Acaso no hay embutido de jabalí?

—No, pero hay de cerdo. Para ser específica, de un enorme y gordo cerdo que madame de Champbonin nos obsequió. Uno rosa con manchas negras. ¿Nunca lo vio?

—¿Y cómo sabe que no era negro con manchas rosas? —pregunta sonriendo.

—Da lo mismo. Supongo que el sabor es igual, ¿no?¿Le preparo un bocadillo?

—Muchas rebanadas en este pedazo de pan negro, si es usted tan amable.

—Regresemos al tema del alma, *cher* Arouet —propone la mujer.

—Llamemos alma a lo que anima. A ese poder que existe en nuestro interior, desconocido, que nos hace sentir y pensar. Pero no podemos saber más de ella porque nuestra inteligencia tiene límites y por…

—¿Acepta usted, acaso, poseer una inteligencia limitada? —pregunta, mordaz.

—Lo que acepto es…

Voltaire y madame Du Châtelet no son siempre de la misma opinión. Sin embargo, discuten con gracia y argumentos. Defienden sus puntos de vista sin molestarse ni agredir al contrario, excepto cuando lo hacen con la amable ironía que los distingue. Ambos piensan que tener opiniones distintas no sólo no debe alterarlos, sino que los enriquece, y que la libertad de filosofar es tan importante como la libertad de conciencia que ambos predican. La tolerancia es su religión. Ambos aprecian tanto la libertad, que de buena gana respetan la del otro. Eso, siempre y cuando los celos no hostiguen la mente de la dama.

Cuando están en el momento más acalorado de la argumentación, llega Aldonce, seguido por tres sirvientes que cargan una pesada caja. Antes de abrirla, le entrega una carta a *monsieur*.

—Es de Federico —asegura, mientras le quita el sello de cera con el escudo real. El rostro de Émilie se contrae: odia a su rival. Detesta a toda persona que intente separarla del gran pensador. A cualquiera, hombre o mujer, que la aparte de su amigo, compañero y amante.

Voltaire comienza a leer en silencio, salvo algunos pasajes que repite en voz alta—: “Si algún día voy a Francia, la primera cosa que me preguntaré es: ¿Dónde está *monseigneur* Voltaire? Ni el rey, su corte, París, Versalles, el sexo ni los placeres me distraerán del viaje que dedicaré solamente a usted”. “Creo que hay un solo Dios en este mundo y un solo Voltaire: creo, aún más, que ese Dios tenía necesidad de ese Voltaire en este siglo para hacerlo más amable”.

Madame du Châtelet sonríe con sarcasmo. Voltaire continúa:

—¡Bah! El príncipe prusiano sigue rogando. Escuche: “Si el destino no me favorece poseerlo, al menos espero ver un día a aquel hombre que desde hace mucho admiro, para asegurarle, de viva voz, mi enorme estima”.

—¿Poseerlo? *Mon Dieu!* —dice, exaltada—. Ahora resulta que desea poseerlo. ¿Sólo sus conocimientos? ¡Lo dudo! Quiere poseerlo todo, acostarse con usted, convertirlo en uno más de sus amantes. Es un… es un…

—Un príncipe culto, que habla y escribe en francés igual que usted y yo. Científico, escritor, músico. Toca la flauta como ninguno. Y, al igual que nosotros, se declara escéptico y deísta. Él no tiene la culpa de que su padre sea un bárbaro.

—Pero no deja de ser un… un…

Aldonce continúa dando instrucciones a los sirvientes que abren el paquete. Hay objetos pequeños. Entre ellos, un anillo con el perfil de Federico y una pequeña nota: "Le envío mi retrato que, espero, jamás abandone su dedo". Al final aparece un busto de clara procedencia griega.

—Un… —sigue tartamudeando Émilie.

—Sócrates…

—¿Es un… Sócrates? —pregunta ella, furiosa.

—Hablo de la escultura. Sabe que lo admiro. ¡Qué encantador regalo! Y esto es para usted, querida —le dice, entregándole un *bibelot*, un tintero de ámbar y, ¡es el colmo!, un óleo del príncipe prusiano, de buen tamaño.

—¿Acaso ese monstruo querrá que me duerma observando su rostro? —grita, afectada.

Émilie se sulfura. Es tiránica, caprichosa e incontrolable. Como mujer que aprecia su libertad, no tolera que un hombre, y menos aún un futuro rey, ponga en peligro su seguridad amorosa. Y, para ella, el amor es quizás la única pasión que le da deseos de vivir, así que no se siente capaz de prescindir de su ser amado. Sabe que a Voltaire no lo atraen las personas de su mismo sexo, que jamás podría ser seducido por un hombre, pero también conoce su debilidad frente a la realeza, frente a quienes poseen el poder, sobre todo si se trata de un joven preparado, con ansia de conocimiento e inteligente. Nada debe atentar contra el destino que ella ha elegido. Su marido, el marqués, pronto se dio cuenta de que era imposible satisfacer a su esposa, ni en sus emociones ni en su intelecto. El dramaturgo comienza a temer que él tampoco lo logre. Para que se tranquilice, le pide al mayordomo sus instrumentos de escritura.

Aldonce entra al castillo por el portal de honor, en donde sobresale la frase de Virgilio, grabada en piedra, que Voltaire mandó poner: *Deus Nobis Haec Otia Fecit*, pues es la puerta más directa hacia el escritorio del filósofo. Sin mayor tardanza, regresa con el encargo y entrega pluma, papel, tinta y paño. Arouet, tratando de suavizar el enojo de su amada, le cuenta la desventurada historia del príncipe: un hombre culto y delicado, cuyo brutal padre lo rechaza. Lo odia, lo amenaza y lo mantiene casi encarcelado, bajo un yugo de hierro.

—De hecho, era tan salvaje el maltrato, que un día decidió escapar junto con su mejor amigo, un tal Hans, Henri, Herman, no lo recuerdo; un nombre con hache. En fin, lo importante es que el

ejército de su padre los atrapó y ambos fueron juzgados como desertores. ¿Puede imaginarlo? Al amigo lo condenaron a muerte y lo ejecutaron frente a los ojos horrorizados de Federico —concluye.

Émilie no se conmueve. Tuerce los labios y con la diestra señala la pluma que ha quedado sobre la mesa.

—Ahora mismo respondo —acepta—. No se preocupe. Le quedarán claras mis prioridades.

Mientras escribe, dice en voz alta:

—"Madame du Châtelet, cuya alma está hecha del mismo modelo que la suya, me retiene en 'su corte' que yo prefiero, sin dudar, a la de todos los reyes de la tierra, como amigo, como filósofo, como hombre libre".

La joven sonríe. Voltaire continúa:

—"Estoy gozando, en absoluta paz y un ocio ocupado, las dulzuras de la amistad y el estudio con quien, única entre las mujeres, puede leer a Ovidio y Euclides y posee la imaginación de uno y la precisión del otro".

Se detiene un momento, moja la punta de la pluma en tinta sepia, y piensa su siguiente frase. Escribe:

—"Juzgue la fortaleza del apego infinito que tengo por esta persona en la que encuentro razón para olvidar a todo el mundo, y junto a la cual me ilumino todos los días y a quien todo debo".

—Mmmmhh, cualquiera diría, escuchándolo, que usted me quiere de verdad —afirma madame Du Châtelet, acariciando, bajo el zorro, el muslo derecho de su amante—. Aunque repitió la palabra "todo" varias veces. Habrá que corregirlo.

—¿Dónde los ponemos? —interrumpe el mayordomo, avergonzado.

—¿Dónde ponen qué? —pregunta ella.

—Al Aristóteles y al cuadro.

—Sócrates, Sócrates —corrige el filósofo—. No es lo mismo. Un día de estos, mi querido Aldonce, le explicaré las diferencias. Escondan el cuadro en donde sea antes de que su adorable patrona lo haga trizas. Coloquen el busto en la galería principal, junto al clavicordio con motivos chinos —ordena. Los sirvientes lo cargan y lo llevan al castillo.

Émilie saca su tabaquera favorita, la de cristal de roca. Voltaire observa el fino perfil de su amada. Sus elegantes rasgos. Los ojos pequeños pero llenos de luz, de un marrón muy verdoso. Está tan agradecido con esta bella dama… Nunca pensó encontrar a un ser femenino tan grácil y, al mismo tiempo, con esa sedienta curiosidad y su capacidad de pensamiento. Una verdadera interlocutora.

—Es usted adorable —le dice, acariciando su mano izquierda—, y es experta en escaparse de la mecánica del mundo. Dígame, ¿es sólo el reconocimiento y su brillante curiosidad lo que la impulsa?

—¡No! La inmortalidad es secundaria. Lo que me empuja es un deseo profundo de contribuir a luchar contra el oscurantismo científico anclado en los métodos escolásticos. Quiero colaborar para cambiar al mundo. ¿Soy demasiado soñadora? Lo fantasioso lo heredé de mi padre, tal vez es un defecto… —contesta ella.

—No es defecto. ¿Sabe? Hace falta que su ejemplo aliente a las personas de su mismo sexo. Es necesario que su rango les demuestre que serían más nobles si perfeccionaran su raciocinio.

—Algún día las mujeres conocerán la utilidad del conocimiento y asistirán, muchas, miles, todas, sí, todas, a las universidades. En el prefacio que escribí para mi traducción de la *Fábula de las abejas*, incito a las mujeres a que participen en actividades cultas, literarias. Ya lo verá, querido mío. He de escribir una carta sobre eso y, no lo sé, tal vez en algunos o muchos años, cuando las mujeres ya puedan estudiar y dedicarse a lo mismo que los hombres sin ser envidiadas o desdeñadas, aunque ese trabajo represente un riesgo para su propia vida, una mujer me lea y sonría cuando sepa que le hablo a ella. Una mujer que tampoco confíe en un Dios para que la salve o la dirija. Que no viva a la sombra de un hombre, ni siquiera por amor. Que utilice mis estudios de óptica para retener las imágenes de la felicidad, de ese tema que tanto me concierne. Que sea más libre que yo misma.

—Pide demasiado, mi Urania ilusa.

—Tal vez, pero por favor no deje que me vaya de este mundo sin escribir esa misiva.

Por única respuesta, Voltaire la toma de la mano. Comienza a anochecer. Un murciélago pasa cerca de ellos, con un vuelo aparentemente errático. El silencio forma parte del paisaje, bañando a los árboles y a la particular pareja de intelectuales, que no hacen más que contemplar las siluetas del bosque cercano.

—¿Sabe, *my dear Emy*? Cuando habla, me enamoro de su intelecto. Cuando calla, de su persona.

—¡Qué encantador cumplido, amor mío! Pero voy a echar a perder el romance pues, de verdad, tengo mucho frío —dice madame Du Châtelet. Su nariz, blanca, bien empolvada y sus mejillas, adornadas con dos ligeros círculos rosas, ahora lucen demasiado rojas.

—Entre, si gusta. Yo prefiero quedarme afuera un rato más. La noche promete ser clara y quiero observar el mapa del cielo.

—¿Desea que le mande su telescopio y la Uranometría de Bayer?

—Sólo el telescopio. ¡Ah! Y mis píldoras de Sthal; no me siento bien del todo.

—Nunca se siente bien del todo, *ma foi!* En fin, si localiza la constelación de Hydrus, no olvide pedir un deseo por mí.

—Los astros no…

—Ya sé lo que va a decir —interrumpe Émilie—, pero recuerde que

un poco de magia y fantasía no pueden hacerle daño a las mentes racionales.

—Está bien: pediré todos los deseos que se me ocurran. Y hasta los que no se me ocurran. Vaya a sus apartamentos, pero no se duerma. La alcanzo en un suspiro.

—Jamás me duermo temprano, lo sabe. Cuatro horas de sueño me son suficientes. Y en las noches es cuando mejor trabajo. Sin embargo, si me promete un rato de concupiscencia, encantada dejo el problema de los *maxima* y los *minima* y hasta el estudio sobre la naturaleza del arcoíris con tal de recibirlo en mi cama.

Émilie

Quiero abandonarme al placer de escribirle y no lo logro. ¿Cómo comenzar la carta? ¿De qué manera confesarme ante una mujer que todavía no conozco y que, sin embargo, algún día me leerá?

No alcanzo a dilucidar qué consejos darle, cómo dirigirme a ella. Tal vez lo primero que debo decirle es que viva la vida con pasión, mucha pasión, siempre y cuando ese sentimiento la impulse, la aliente y la haga gozar. Mis pasiones desenfrenadas me han causado mucha infelicidad. Un poco de frialdad no sale sobrando. El equilibrio es esencial, sí, hay que buscar el equilibrio y saber el momento adecuado para dejar que la razón nos conduzca. Yo, debo aceptarlo, sobre todo en el amor he sido presa de mis pasiones desmedidas, pero supongo que ya es tarde para cambiar.

También he de escribirle, cuando se vaya este frío que se filtró hasta mis huesos y recupere las fuerzas, que sea independiente. Yo lo he sido toda mi vida. Las cadenas pesan, paralizan, aunque una misma las elija.

Busque sus aptitudes, siéntalas y explótelas. No hay que desperdiciar los talentos. Por ejemplo, desde pequeña me di cuenta de que tenía facultades para entender las matemáticas con gran facilidad. Sigo sorprendiendo a monsieur de Voltaire al hacer divisiones de nueve cifras sin la ayuda de ningún instrumento.

Para conseguir lo que nos proponemos, hace falta una buena dosis de fuerza de voluntad. Si somos mujeres, necesitamos el triple que los hombres. ¡Ah! Y también ser un poco caraduras para sortear las críticas. A la sociedad no le gusta que nadie se salga de los papeles establecidos; menos aún las damas. Abandonar la condición en la que supuestamente Dios nos hizo nacer, resulta un escándalo. La tacharán de libertina, le dirán desnaturalizada; lo apuesto, así que deberá ser fuerte para aguantar calumnias y maledicencias.

Si quiere rechazar la maternidad, ¡qué mejor! Los hijos nos encadenan. Cuando redacte la carta, deberé aceptar que han sido una carga. ¡La vida es corta y tan llena de deberes y detalles inútiles cuando se tiene una casa y una familia! ¿Me atreveré a escribirlo de esa manera?

Para conseguir la gloria hay que saber ser egoísta. Yo lo soy. Jamás me he preocupado por el bien de los demás. Una gran ambición exige

tiempo, entrega, energía, lucidez, método o la mediocridad amenaza. Una inmensa perseverancia y buenas dosis de sacrificio. ¿Seré capaz de confesarle que lo quiero todo? Sí, todo. Más amantes, más gloria, más reconocimiento, más joyas, más horas jugando cometa o faraón, más tiempo para dividirlo entre la metafísica y mis diversiones frívolas. La ambición y el estudio son los antídotos ideales contra la angustia existencial.

También he de recomendarle que no desperdicie las experiencias ajenas. Por desgracia, sólo aprendemos a alcanzar la felicidad cuando los años y las cadenas que nos hemos forjado nosotros mismos hacen más difícil que la alcancemos.

Espero que la depositaria de mi carta sea atea o, al menos, deísta, de lo contrario, no podrá comprenderme. Confiar en que un ser supremo nos auxiliará para conseguir nuestras metas o es dueño de nuestro destino, no hace más que convertirnos en conformistas. Si a veces afirmo la existencia de Dios es sólo como último principio para consolidar la física. Se necesita un Dios racional para fundar las ecuaciones geométricas; nada más para eso.

También he de decirle: jamás escuche a los moralistas que aconsejan librarnos de las pasiones, pues nada saben. Hay que satisfacer pasiones y deseos por igual, aunque también controlarlos y no caer en la desesperación si no logramos darles rienda suelta ni apaciguarlos.

Las mujeres tenemos las mismas capacidades que los hombres, idénticas capacidades racionales, y deberíamos tener los mismos derechos. Estoy convencida de que muchas damas ignoran sus talentos, ya sea por el vicio de su educación, por la sociedad que las restringe o por falta de valor. Porque no confían en ellas mismas.

Si ha de enamorarse, voy a suplicarle que lo haga de un hombre que crea en las mujeres como sus iguales. Que las admire. Monsieur de Voltaire confía en mi inteligencia más que en la de él mismo. Dice que busca pruebas de que las mujeres somos capaces de todo lo que los hombres hacen y que la única diferencia entre nosotras y ellos, es que nosotras somos más amables. Sí, que la destinataria de mis palabras viva al lado de un hombre con quien comparta gustos e intereses, con quien se entienda a nivel intelectual.

No estaría mal, junto con la carta, regalarle un ejemplar de *Alzire,* la obra de mi querido filósofo. Es un delicioso tratado sobre el derecho de las mujeres a la vida intelectual y científica.

Pero ¿seré capaz de escribir, de manera sencilla y clara, lo que soy y lo que pienso? ¿Cómo conmoverla para que, a través de su talento, deje una huella y logre que su nombre sea repetido mil veces durante los años venideros? Estoy equivocando la estrategia. Si escribo estas reflexiones parecerá un discurso académico y no pasará del segundo párrafo. Mis palabras no han de aburrirla. Debo cambiar el método y

encontrar una manera más conveniente y certera de llegar a ella. He de hacerlo.

7. París, principios del otoño de 1936

Cualquier otoño en París. No, en realidad no cualquiera. Hay un calor que todavía acaricia, hasta quema, como si aún fuera verano. El cielo aloja nubes blancas teñidas de grises acero en el centro: toda una gama de grises que de tan discretos, solo pintan, sin amenazar con lluvia. Benditas gotas; serían más que bienvenidas, sobre todo en los parques y jardines, pues comienzan a sentir sed.

Gerda y Bob planearon ese sábado con detalle, cosa rara en ellos, amantes de dejar sus planes de ocio para el último minuto. Un picnic a la orilla del Sena, en su lugar favorito: a un costado del Hotel de Ville. Han invitado a Ruth y esa bella suiza los amenazó con llegar acompañada de dos amigas, y a Chim quien, como siempre, se presentará solo.

Taro se ha vestido de manera informal, algo que extrañó a Bob; la mujer acostumbra conservar su discreta elegancia en todo momento. La boca, como siempre, está pintada de un rojo muy llamativo. Capa se puso la misma ropa de ayer, no por falta de una camisa limpia sino porque el calor lo empujó a una pereza mental con la que fue incapaz de decidirse por otras prendas que no fueran las que había dejado aventadas, la noche anterior, sobre el sillón café. Ambos traen boinas ligeras para protegerse del sol. Gerda, además, lleva una sombrilla, aunque ya han elegido bajo la sombra de cuál árbol habrán de refugiarse.

Antes de dirigirse al lugar de la cita, pasan con monsieur Ramón, el hijo de madrileño y francesa que vende productos de calidad, importados, cerca de su apartamento. Como han mejorado su castellano, el marchante los ve con más simpatía, les da mejores precios y les sonríe con más ganas. A él le compran naranjas sevillanas harto jugosas, cuatro tomates rojos rojísimos, dos pimientos y un racimo de uvas. El pan y la charcutería (un buen pedazo de salchichón de Lyon) los adquieren en el mercado, así como los quesos. Chim llevará el vino y Ruth alguna delicia vienesa de postre; al menos, se los ha prometido.

Con media hora de anticipación, llegan cargando bolsas y un mantel redondo de un amarillo algo gastado. Bob no ha olvidado su cámara (nunca la olvida) y Gerda lleva un libro de Voltaire, *El ingenuo*, que está a punto de terminar. Una vez que colocan todo sobre el mantel,

de forma simétrica, se sientan en una banca verde a contemplar el fluir del río Sena. Caudaloso aunque, en cierto sentido, parece desolado y algo triste. ¿Cuántos cadáveres habrá llevado en tiempos de la peste que azotó París en diversas épocas? Hoy luce azul y plateado, como si imitar el color del cielo fuera obligatorio.

—Siempre corre hacia el mismo lado. ¿No se aburrirá? —pregunta Taro un poco en broma y un poco en serio.

—Así son los ríos, aunque es imposible que se aburran, sus aguas nunca son las mismas y van tranquilas, observando paisajes diferentes, gente distinta. Pasan por una y otra ciudad, uno y otro pueblo. Lo mejor de todo es que van llevando vida.

—Algunos, cuando salen de su cauce, cuando se enfurecen, pueden llevar la muerte. *N'est pas?* —pregunta Gerda reacomodando su cabello claro debajo de la boina.

La muerte es un nuevo personaje en sus vidas, en la de todos los días. España les ha mostrado escenas que nunca imaginaron y ya no pueden ver al mundo de la misma manera. También saberse vivos ha cobrado otro sentido: más presente, más tangible. De arterias que palpitan.

—¿Sigues leyendo a Voltaire? —pregunta Bob cuando su mujer saca el libro de su bolso—. Me extraña. Pasó a la historia por su antisemitismo y no quieres aceptarlo.

—Hemos discutido de ese tema tantas veces que ya he agotado mis argumentos y no tengo ganas de echar a perder este momento. Todo está en orden: el clima, el paisaje. Mira, hasta esa barca de colores vivos con el perro en la proa parece mandada hacer para que la contemplemos.

La fotógrafa abre el libro y quita la foto de la carta de Émilie, que utiliza como separador. Enseguida, lee un par de párrafos de las hojas que ha marcado, doblando la esquina.

— "Piensa como yo, cree lo que yo, vive como yo… o muere". ¿Quieres oír más?

—¿Tengo opción?

—Escucha lo que dice el ingenuo: "Me estoy dando cuenta de que se hacen aquí a diario muchas cosas que no están en el libro de vuestra merced y no se hace nada de lo que el libro dice". Al decir el libro se refiere a la Biblia.

—¿De qué trata? —pregunta Bob, encendiendo un cigarrillo—. Porque así, sin contexto, la frase no me dice mucho.

—De un extranjero que viene supuestamente de un país "menos civilizado" y comienza a vivir entre los hombres también supuestamente civilizados. Y a partir de su mirada virgen, ingenua, va poniendo en tela de juicio todas las costumbres y cada una de las supuestas verdades.

—¡Vaya!

—Voltaire es admirable; afirmaba las cosas más complicadas de la manera más sencilla. Émilie no estaba enamorada de él nada más porque sí. Razones le sobraban, mi tzigane —dice Gerda, metiéndose una uva a la boca. Con un poco de jugo escurriendo por la comisura de sus labios delgados, continúa—: Los temas más difíciles los convertía en una delicia. Su prosa es breve, va directo al grano y tiene un humor que cualquier otro escritor le envidiaría. Es de una insolencia cautivadora y un sentido común que mucha falta hace hoy en día. Confieso que yo, a veces, quisiera tener más sentido común.

—En eso sí estoy de acuerdo contigo —bromea—. Ya en serio, creo que debería leer más de sus escritos y entonces opinar sin decir cualquier cosa —acepta Capa a regañadientes, mientras reconoce que no tiene argumentos para no ser derrotado.

—Y es del tipo de intelectuales que le urgen a nuestra historia cotidiana. El amante de mi científica favorita usaba la pluma para instruir, para intentar al menos mejorar la vida de las clases menos favorecidas y…

—No puedes dejar de expresarte como comunista. En ese entonces las "clases menos favorecidas" ni existían para Voltaire. A los intelectuales de esa época les gustaba pertenecer a la élite privilegiada y escribir para esa élite privilegiada, para una burguesía naciente que le ganaba terreno a la aristocracia. ¿O tú crees que sus textos iban dirigidos a los campesinos? ¡Ni leer sabían!

—Era un hombre de su tiempo; no podía evolucionar tanto. Sí, tienes razón, escribía para la burguesía compuesta por personas que tenían méritos propios y que no heredaban títulos o dinero. Para seres humanos prácticos que trataban de huir de los prejuicios. Escribía con un propósito específico de combate, pues odiaba las injusticias de los poderosos frente a los débiles. Y eso es lo que más le admiro. El compromiso: no quedarse callado ante los abusos. No le importaba tener que exiliarse con tal de decir lo que traía atravesado en la garganta. No había manera de mantenerlo callado.

—¿Y si me das una uva como la que te has comido? Anda, elige una así de redonda. La mejor uva para mí —pide Bob, sonriendo, con el cigarro en la boca. Se quita la boina, cierra los ojos e inclina la cabeza hacia atrás para tomar un poco de sol—. Desde que España se ha convertido en nuestro segundo hogar, me gusta todavía más el sol —confiesa.

—¿El cambio de tema es porque ya no tienes qué decir? —pregunta Taro, con su típica mueca de ironía.

—No, mi pequeña rubia. Me gusta lo que dices. Yo también aborrezco que la brutalidad de los hombres dirija nuestros destinos, y espero que te hayas dado cuenta. Lo cierto es que no me tomo la vida

tan en serio como tú. Me indigno, claro está, pero no me permito amarguras. Y soy más práctico; tal vez no leo libros de filosofía pero tengo proyectos de cine que me entusiasman. Un documental sobre la guerra en España puede ayudar, ahora, más que cien conceptos de Voltaire. En los últimos días estás…

—¿Amargada, loca furiosa? ¿Eso insinúas? —pregunta, con gracia, lanzando una uva que se estrella en su rostro. En cuanto la fruta toca su frente, Bob abre los ojos y sonríe. Ama adorar a esa alemana necia. Y le gusta verla jugando a estar enojada. En realidad, desde que conoció la guerra, Gerda se enfurece por cosas más importantes. (Mucho más importantes, diríamos.)

Dos viejos pasan frente a la pareja. Caminan muy despacio, mirando hacia abajo, reconociendo la brecha. Uno se apoya en un bastón de madera y el otro arrastra los pies, como si quisiera limpiar el camino de piedras o dejar una larga huella. El más encorvado trae un periódico bajo el brazo y el otro carga una baguette que alguien (¿cuál de los dos?) ha mordido en una punta.

—¿Cómo seremos el día que lleguemos a los ochenta años? ¿Nos imaginas? —pregunta Robert.

—Yo llegaré tres años antes que tú y te contaré qué se siente cumplirlos. ¿De acuerdo? Ya es hora de que se aparezcan. ¿No crees? Al menos Chim, que sí es puntual —dice Gerda. Después se queda callada, observando el perfil de su novio, sus labios carnosos. Sí que es guapo y masculino, reconoce.

Taro lleva algún tiempo experimentando un extraño miedo por el futuro. Parece que todo el mundo se dirige hacia un sinsentido y, encima, lo hacen en reversa. ¿Dónde están las personas razonables, sensatas, sin prejuicios que tanto buscaba Voltaire? ¿La gente compasiva, capaz de padecer con el sufrimiento de los otros? ¿Por qué los hombres afectos a lo irracional son quienes dirigen a las sociedades? Seres capaces de todo con tal de conservar su poder, de mantener sus privilegios a costa de lo que sea, de quien sea, de la manera que sea.

Las nubes ahora se desplazan más rápidamente. Una rica brisa comienza a soplar. Suficiente para refrescar a la pareja, aunque no para mover en exceso las ramas de los árboles. Otra barca pasa frente a ellos, llevando carbón tal vez de Melun hacia Le Havre. Se oyen los gritos de un hombre y el cantar de unas niñas. ¿Habrá alguna escuela cercana?

De pronto, el silencio. Un vacío en el que solo se escucha el sonido de las breves olas rompiendo contra las paredes de piedra. Y las miradas se encuentran. Y se quedan fijas, pupilas en pupilas. Y las pieles responden. Y los labios delgados de Gerda se ponen en alerta, esperando. Y deseando. Y esperando un poco más. Y las manos de Bob

se preparan para acariciar los labios delgados, la tenue sonrisa que invita sin tener que decir nada porque hay silencios que no deben ser rotos. Y después de la caricia, el beso llega, anunciado; callado de tan preciso. Y certero. Y goloso. Y entonces, pasa flotando el cadáver de un cerdo. De un enorme cochino rosa con manchas negras. (¿O negro con manchas rosas?)

—*C'est un cochon? Vraiment?* —pregunta Gerda.

—Sí: un enorme cerdo flotando en el Sena. Inflado. Ahogado. Muerto. No es algo que se vea todos los días.

—¿Quién tiene cochinos en plena capital francesa?

—Puede venir nadando desde la campiña y cuando llegue a un delta y pruebe el agua salada conocerá el mar. Tal vez es un cerdo que siempre soñó con nadar en las olas y… tomar el sol en la playa —ríe.

—Deja de banalizarlo todo —reclama la mujer con la sensación de que un extraño vacío la está abordando.

—No lo banalizo, simplemente me pareció una escena extraña. El animal vino a romper la armonía, la belleza del paisaje.

—Estás equivocado —apunta Taro, un poco sobresaltada—. Ver al cochino flotando nos hizo darnos cuenta, todavía más, de la belleza de nuestro entorno. París, las dos islas, una frente a la otra, el río, los árboles, el cielo… ¡Vaya, para postal turística! (Bueno, si fueran otro tipo de fotógrafos…) Todo era perfecto antes de que el pobre animal ahogado pasara y, sin embargo, no lo habíamos valorado lo suficiente. Hay tantas cosas que damos por hechas.

Bob toma la mano de su novia y trata de acercarla a sus labios para besarla. Le conmueve ver una lágrima que se le escapa; sabe que está recordando escenas de la guerra o tal vez ese pasado que dejó en Alemania. Pero Gerda retira la mano. Al principio de su relación muchas veces se sabían pensando lo mismo, diciendo lo mismo, entornando los ojos de la misma manera, tomando fotografías muy parecidas. Desde hace algunas semanas, quién sabe cuántas, hay un espacio entre ellos que ha ido creciendo. Tenue pero de forma tenaz.

Gerda intuye (¿o lo comprende?) que aun en los peores horrores hay belleza. Inclusive en las más cruentas escenas que ha retratado en la guerra, un detalle aparece para salvarla. Para ayudarla a conservar la cordura. Apropiarse del dolor ajeno tiene su belleza. Y su misterio. Sobre todo, sus riesgos. En cada encuadre, en cada decisión al apretar el disparador (o al no apretarlo) hay algo que la hace, a pesar de todo, seguir deseando la vida. Hay algo que la lleva a pensar que el ser humano todavía puede ser rescatado de las atrocidades que unos cuantos eligen para los demás.

Existe otro tipo de belleza. Es difícil percibirla. Hasta esa escena que la hizo expulsar el desayuno de sus entrañas, la de un par de perros que jalaban los intestinos de un soldado muerto, tenía un halo de

misterio que rozaba en lo sublime. Y a veces siente que Bob no es capaz de ver lo mismo que ella. O de otorgarle la justa importancia a la armonía que puede existir en el horror.

Chim llega de pronto, saludando en polaco, gritándoles quién sabe qué cosas desde lejos. Con sus eternos lentes de vidrios muy gruesos, de miope. Portando una timidez a la que ya está acostumbrado. Está vestido con saco y corbata. Sí, saco y corbata a pesar del calor. Un saco ligero y una corbata clara para un hombre que no sabía estar en mangas de camisa. Que siempre estaba muy bien rasurado. Que se sentía incómodo sin *algo* que lo protegiera del mundo de afuera. Carga dos botellas de vino y un juego de ajedrez para disfrutarlo después de la comida. Es fácil ganarle a Bob y sabe que como su amigo es un jugador nato (un jugador en todos los sentidos de la palabra) y no se da por vencido, aceptará el reto. Chim siempre es generoso, excepto cuando está frente a su juego favorito: no se distrae, no cede.

—Una disculpa por mi tardanza —se excusa, dejando las botellas sobre el mantel amarillo—. Pasé a dejar unas fotos de la marcha del Frente Popular a las oficinas de *Regards* y monsieur Zivy me retuvo para hacerme otro encargo.

—¿Sigues diciéndole *monsieur* al buen Henri? —pregunta Bob—. Mmmmhh, tú siempre tan ceremonioso.

—Un hombre que supo elegir a Gide, Gorki y Rolland para su comité de redacción merece todo mi respeto. Educar a los trabajadores franceses es su única misión, aunque la revista a veces ni siquiera dé para los gastos. No puedo permitirme tutearlo. En fin, ¿y las guapas señoritas que Ruth me presentaría, no han llegado?

—Somos los que ves. Estamos los que somos, pues —responde Gerda, apenas reaccionando ante la presencia de su amigo y colega—. Ruth es la más impuntual del mundo. Vive en alguna nebulosa lejana y calcular el tiempo no es lo suyo.

—¡Y eso que es suiza! —exclama Chim, sonriendo. Y, enseguida, sin tomar aliento porque sabe que si se espera tal vez no se atreva a decirlo, suelta un—: Voy a España con ustedes. Muero por fotografiar a Dolores Ibárruri y los dinamiteros vascos. Es la nueva misión que me encargaron en la revista.

—¿Sólo a la Pasionaria y a los dinamiteros? —se extraña Gerda.

—No, claro, a todo lo que se pueda. A los mineros. Ir al frente. Vaya, lo que se venga presentando.

—¡Qué gusto, hombre! —lo palmea en la espalda Capa—. Fuera de que sólo hay pan duro, ejotes viejos y sardinas para comer, la vamos a pasar estupendo ¡Y con lo que odias las sardinas! —se burla.

—¿Lo notas? Otra vez estás banalizando las cosas: ahora, la guerra. Como si lo importante fuera el menú. El día que nos separemos, podrás banalizar lo que quieras. Se ve que disfrutas la guerra —critica

la fotógrafa.

—*Nem, nem, solia!*

—Traducción por favor —pide Gerda.

—No, no, nunca. Me atrae el peligro, es cierto, pero odio la guerra, odio la violencia y lo sabes. Y además, jamás habremos de separarnos.

—¿Ahora resulta que deberé vivir encadenada a ti?

—Ya, niña —la tranquiliza Chim sonriéndole. Busca la oportunidad de cortar el ambiente tenso que respiró desde su llegada—. Aprovechemos que estamos los tres para que me enseñen algunas palabras de español. Del polaco, inglés y francés no salgo.

—¡Hala! —grita Capa, imitando el acento madrileño—. Repite conmigo: *Me llamo David Seymour. Soy fo-tó-gra-fo. ¡No dis-pa-ren!* —dice en castellano, separando las sílabas. Al mismo tiempo, sube los brazos como si alguien le apuntara con un fusil.

—A ver —agrega Gerda, ya tranquila—. Di: *Me cago en Franco y en su padre si alguien sabe quién es.*

A pesar de que el polaco no entiende nada, los tres ríen mientras Bob descorcha el vino y Chim toma la cámara de su amigo para hacerles una foto. Taro también sonríe. Siempre ha tenido esa virtud. A pesar de su carácter fuerte, aunque se enoje (con o sin razón), muy pronto recupera la calma. Se acerca a su novio, le da un beso en la mejilla y en ese instante, con el perfil de Gerda en primer plano, el polaco aprieta el disparador.

En España la situación es grave. Noticieros de radio y reporteros de la prensa de la mayoría de los países tocan el tema a diario. Los encabezados anuncian apuros para la República: “Los sublevados avanzan hasta las cercanías de Madrid, que ultima su resistencia”, se lee en el *ABC* de Sevilla. “Con la capital temporalmente a salvo, el nuevo gobierno de Largo Caballero lanza la contraofensiva”, dice otro periódico. El líder socialista acaba de ser nombrado, en sustitución de José Giral, por el presidente de la República, Manuel Azaña. Un columnista chileno dedica su espacio a García Lorca a poco más de un mes de su brutal asesinato; el mundo sigue conmovido. Los falangistas asesinos jamás podrán limpiarse las manos manchadas con la sangre del gran poeta. En alguna página de un diario mexicano, una nota otorga cierta esperanza al anunciar el desembarco, en Valencia, de miles de brigadistas voluntarios, extranjeros, que llegan con el firme propósito de luchar por la República. “Seiscientos antifascistas europeos arribaron ayer desde Marsella”. Otros, desde Canadá y los Estados Unidos.

La última página del *Diario del León*, junto a un anuncio de galletas Chiquilín, que ofrece el paquete de doscientos gramos a una peseta,

reproduce una declaración que Mola hizo desde el balcón central de la Diputación: “Nosotros luchamos por un ideal y ellos por el estómago”. *La Libertad* denuncia que las trincheras son usadas como fosas comunes. Que doscientos camaradas han sido enterrados en el Frente de Navafría. En *La Vanguardia*, la columna del anarquista Juan Peiró Belis sustenta, con firmeza, que la revolución es crear, no destruir. “Los partidarios de la destrucción por la destrucción no han destruido más que las iglesias y los conventos. ¿Es posible que alguno crea que las iglesias y conventos son toda la estructura de la vieja sociedad capitalista? Mientras tanto, el fascismo va destruyendo toda la economía y toda la riqueza que es su base. Destruir una civilización cuesta poco. El trabajo gigantesco se presenta a la hora de poner en marcha el nuevo estado de cosas…”.

La Nación, editado en Argentina, reproduce las palabras del caudillo fascista, el general Millán Astray, ordenando a las jóvenes mujeres “lavarse las pinturas de la cara y a usar vestidos serios y capaces de guardar íntegramente su honestidad”. Un poco más al norte, en la costa oeste de los Estados Unidos, el *New York Times* cita a Rudolf Hess, desde Berlín, felicitando a los nacionales por la liberación del Alcázar de Toledo. Dos días más tarde publicarán que Roosevelt, al recibir al representante diplomático del señor Azaña, dijo apoyar a la República. Al mismo tiempo, un reportaje de *Mundo Obrero* acusa a la farsa de la no injerencia: “Se demuestra la ayuda internacional a Franco”.

Otro periódico español (hemos olvidado cuál), debajo de una publicidad de La Higiénica —incomparable surtido en camas y muebles, elegancia y baratura—, nos pone a reflexionar, gracias a las palabras de Marcelino Domingo, presidente de la izquierda republicana: “La neutralidad es una vileza. La neutralidad equivale a irresponsabilidad o a complicidad”. Esa nota aparecerá mañana, en París. Sus declaraciones serán reproducidas por *L’Humanité*. Cuando Gerda y Bob las lean, sonreirán. Se sienten comprometidos hasta el fondo y han entregado sus fotografías y su talento en aras de luchar por la libertad. Saben que en la península ibérica se está jugando el futuro de la democracia. Si en algún lugar puede comenzar la muerte del fascismo es en esa tierra, ya tan querida, de miradas dulces y nobles, lenguaje sin medias tintas. Chorizo a la sidra y tortilla de patatas frente con un grito de “ponme otro tinto”. Tauromaquia, sol brillante, cante jondo. Solidaridad y agallas.

VIII. Cirey, 1741

Elisabeth Théodore de Breteuil, abad y hermano de madame Du Châtelet, llega al castillo. Émilie, a pesar de que no se ha sentido bien y ha tenido que tomar opio para controlar sus terribles vapores, baja la escalinata a toda velocidad, sin guardar las formas, y corre hacia la carroza en el momento en que su querido familiar desciende. Lo abraza de tal manera, que el clérigo, a pesar de su figura redonda, difícil de abarcar, teme asfixiarse. Siempre fue su hermano favorito y lo adora. Cuente, cuéntemelo todo, le exige, mientras ordena a los criados que suban el baúl con la ropa. Pero no lo deja hablar: le detalla el menú que ha ordenado para la cena de bienvenida, basado en sus platillos favoritos, como paté relleno de trufas o petirrojos en salsa de oporto, y algunas sorpresas azucaradas; le dice que Voltaire y ella han preparado una obra de teatro para entretenerlo…

—Escrita por su amante, supongo.

—Amigo, querido Théo, sólo somos amigos.

—Ay, cariño, si no han logrado engañar a la sociedad parisina, ¿por qué pretende confundirme a mí, que soy de la familia? Están en boca de todos —afirma, con mirada de preocupación.

—Es lo de menos, *mon petit coeur*, no toquemos ese tema ahora. El único a quien debe interesarle es a mi marido; él ha aprendido a aceptarlo y tiene a mi filósofo en muy alta estima. Además, Voltaire paga mis gastos. Cubrió la totalidad de la reconstrucción de este castillo y… hasta mis deudas de juego —le susurra—. Incluso el Palacio Lambert, que acabo de adquirir en la isla de Saint-Louis, ya verá qué encantador está quedando, fue financiado por él: doscientas mil libras francesas ha desembolsado. Mi esposo me quiere y se muestra orgulloso de mis logros, pero está muy contento con su vida en el ejército y yo no le hago falta. Se las arregla más que bien sin mí —aclara, poniendo su mano enguantada sobre el hombro de su hermano—. En fin, la comedia se llama *Boursouffle* y ya apreciará a madame Champbonin en el papel de una mujer que ama sin ser correspondida. Y a nuestra otra vecina, madame de Neuville, en un rol que lo hará reír. Yo salgo de Mademoiselle de la Cochonière, es un papel extravagante que me encanta.

—¿Monsieur du Châtelet actuará? —pregunta, curioso, rascándose su enorme papada.

—No está en Cirey. Como siempre, ha partido a luchar contra los alemanes. ¿Sabe cuántos días al año pasa con nosotros? Cuarenta; sólo cuarenta.

—Hay militares que parten a la guerra y no regresan en tres años.

—Théo luce cansado. El viaje lo habrá agotado. Lo llevo a sus habitaciones para que descanse y en dos horas, cuando Aldonce toque la campana anunciando la cena, nos vemos abajo. ¿De acuerdo?

La cena ha transcurrido sin sobresaltos, aunque al abad le parece demasiado atrevido que Voltaire ocupe la cabecera y atienda como si fuera el anfitrión. Los platillos sabían exquisitos; bueno, tal vez la perdiz con castañas se había resecado. El filósofo sólo comió un caldo y una pieza de pollo desgrasado, disculpándose, pues sus afecciones intestinales estaban peor que nunca. Y para colmo, el criado no había conseguido el enjuagatorio que le había encargado.

Lo que más llamó la atención del visitante, además de los cuadros de cacería firmados por Jean-Baptiste Oudrey, pintor ordinario de los perros del rey, fue el servicio en la mesa. Es tal la afición de su hermana por la mecánica, que inventó un sistema para cenar sin la interrupción de los camareros. Un ingenioso mecanismo a base de poleas acanaladas, tensores y correas hechas de una tela resistente para recibir las bandejas servidas y, al mismo tiempo, deshacerse de los platos sucios.

La conversación fue agradable y delicada. No cabe duda de que Voltaire es un gran entretenedor, de plática brillante e ingeniosa y, además, muy simpático; imposible no fascinarse escuchándolo, acepta.

Después de la variedad de ocho postres, llegó la hora de la representación. El sitio es pequeño, pero tiene todo lo que necesita un teatro profesional: tres escenografías, iluminación especial, una tribuna con gradas en madera dorada y terciopelo suave, para disfrutar la función. Una escalera une el escenario con las habitaciones de la propietaria del castillo.

Acabando los aplausos, Émilie les pide que pasen al cuarto de música; ahí podrán gozar de vinos digestivos y los chocolates con licor que amablemente su hermano le ha llevado de regalo. Mientras sus dos vecinas y sus maridos se sientan y comienzan a conversar, Voltaire le muestra a Théo partes del castillo: algunos de sus cuadros favoritos; un Watteau, dos Galloches y un Caravaggio. El escritorio de ámbar que Federico II le envió a Émilie, como regalo. La escultura de un cupido que tanta gracia le hace por el rostro inflado y pícaro. Las bibliotecas: la de su hermana, de filosofía y ciencia. La de él, de literatura e historia.

—Disculpe la pregunta —dice el abad, deteniéndose frente a los

altos estantes de caoba—: ¿A qué cree que debe su enorme éxito? Sus libros se venden muchísimo y pocas veces he escuchado de una obra suya que fracase.

—Siempre escribo bajo una norma: "Si quiere aburrir al lector, cuéntele todo". Además, no le hago caso a los críticos, esos bichos odiosos. Sólo confío en el público; según mis cálculos, hay unos cuatro mil aficionados cultos al teatro, y siempre he sabido aceptar su sentencia. Aunque voy a confesarle algo —le dice bajando la voz—, soy muy vanidoso y envidioso de los éxitos de los demás escritores. ¡Sufro por ello! Así que para evitar ese sufrimiento, me pongo como meta escribir mejor que todos y de una manera más sencilla. Ahora mismo me encuentro redactando mi *Mahoma*, y puedo asegurarle que será muy vendido.

—Y, sin embargo, muchos lo critican.

—No cabe duda, estoy destinado a ser calumniado. ¡Bah! ¡Que me critiquen, que me critiquen, pero que me lean! La reputación no es más que una quimera y el justo siempre es perseguido, *mon cher ami*.

—Bueno, pero ¿no le molesta que el rey no le haya dado ningún reconocimiento? —insiste, tratando de incomodarlo.

—No hay más medallas que las que otorga la posteridad. Yo no podré ver mis verdaderos triunfos: el público que hoy aplaude, mañana se desilusiona y pasado mañana lapida. Y al revés. Sólo el paso del tiempo pondrá las cosas en su lugar.

—Triste, ¿no?

—Así es la vida del literato: un combate perpetuo. Y morimos con las armas en las manos.

De pronto, escuchan una voz educada y angelical. Voltaire lo conduce hacia el cuarto de música. Émilie los deleita con dos arias de su ópera favorita: *Isée*. Está de pie, con una mano posada sobre el clavecín. Lleva un vestido de tafetán color amatista. Sus cabellos los ha anudado con un moño violeta, aunque deja caer, juguetones, unos rizos que cubren sus orejas. Es su hija, Gabrielle-Pauline, quien la acompaña en el instrumento musical. Sus dedos son todavía algo tiesos e inseguros y no pone en la música la pasión que debería, aunque el resultado es agradable. La joven, de quince años, amenaza con ganarle a su madre en belleza: tiene rasgos más finos y los ojos, color almendra, son grandes y tristes. En su cuello delgado y largo lleva un delicado listón rosa con un camafeo. Es femenina y de movimientos elegantes, aunque tímida. No habla a menos que se dirijan a ella y, aun así, su voz apenas se oye.

Voltaire propone que ahora la anfitriona cante una pieza compuesta por el rey prusiano. Madame du Châtelet intenta negarse, pero su hermano insiste.

Otra vez aplausos. Se ha hecho tarde y los vecinos se despiden.

Quedan Voltaire, Émilie y su hermano.

—¿Que han comprado una propiedad en París? —le pregunta al escritor.

—Sí, el Hôtel Lambert. De la familia Lambert, sobra decirlo. Magnífica construcción en una ubicación sin igual. Su caprichosa hermana me manipula… y yo lo permito —afirma, con ironía.

Madame Du Châtelet se quita un guante y con la prenda, de broma, golpea a su amante en la mejilla.

—La complazco hasta en lo que no debería, *monseigneur*, pues a mí ya no me gusta París —aclara el filósofo—. Es una ciudad enorme que no conviene a mi temperamento. Demasiado ruido, demasiada gente que anda todo el tiempo de prisa, como si los persiguieran. El lugar parece sumido en un vórtice cartesiano que me provoca angustia. En cambio, aquí la tranquilidad exalta mi inspiración.

—*Nuestra* inspiración, dirá usted, porque ha de saber, *mon petit coeur*, que monsieur Voltaire y yo trabajamos mucho tiempo juntos. A veces hasta en el mismo gabinete, uno de laca roja que se ha convertido en mi favorito. Nos corregimos mutuamente, nos damos ideas, discutimos poniendo lo mejor de nuestras inteligencias sin pelearnos jamás. En realidad, la vida aquí es una delicia. Y el aislamiento de esta remota región nos ayuda.

—Mi Émilie se ve contenta, y eso me hace estar contento —dice el sacerdote, satisfecho, desde su rostro mofletudo, bien alimentado y rozagante.

—Creo que soy feliz. Ahora he emprendido un nuevo proyecto, una lectura crítica de la Biblia, que me entusiasma. La publicaré bajo el nombre *Examen de la Genèse*. ¿Le parece atractivo? Ya llevo dos tomos y todavía me falta mucho material por analizar.

La mirada del abad se modifica y aprieta la quijada, sin decir nada. Comprueba, como lo sospechaba, que la influencia del poeta blasfemo no ha sido benéfica para la mujer a la que tanto quiere. La mayoría de los escritos de Voltaire sólo tocan dos temas: sus enemigos o la Biblia. ¡Qué fatalidad: o insulta o blasfema! No puede olvidar la furia que sintió cuando llegó a sus manos *El mundano*, donde retrata a Adán y Eva ayuntándose día y noche en el Jardín del Edén.

—Usted es inteligente, hermano mío. Nuestro padre nos educó de la misma manera, así que debería entenderme. No puedo quedarme callada ante la manipulación del clero con la excusa de que ese libro, al que califican de sagrado, fue dictado por Dios mismo. ¿Quién cree semejantes patrañas?

—La iglesia y los moralistas monopolizan la religión de manera indebida. Los sacerdotes católicos se ven privados de demasiados placeres y eso los impulsa a la ambición —interviene Voltaire y enseguida, al recordar a lo que se dedica el invitado, trata de suavizar

su comentario—. Bueno, hay excepciones como…

—La palabra de Dios no se pone en duda —interrumpe el abad, viendo sólo a su hermana y tratando de ser delicado, para no provocar una escena desagradable.

—¿Ha leído la Biblia completa? ¡Qué pregunta? Claro que la ha leído. Entonces no podrá haber dejado de notar, *mon petit coeur*, que es ridícula, escabrosa e incoherente. Por si no fuera suficiente, con un poco de información cualquiera se da cuenta de que desde el punto de vista científico es incorrecta.

El abad De Breteuil está callado. Observa sus manos, que mantiene entrelazadas sobre los muslos. No quiere, no debe entrar en una discusión con su hermana. Ha aprendido los beneficios de la prudencia. Respira llenando al máximo sus pulmones, y continúa en silencio, escuchando a la *belle* Émilie:

—Perdón que lo repita, pero la Biblia está llena de contradicciones. Por ejemplo, entre el Pentateuco y los Profetas. Además, retrata a un Dios cruel, manipulador, terrible. ¡Pregúntele al pobre de Job! Y si todo lo anterior no bastara, contiene muchos errores de ciencias naturales y de historia, y mire que yo aborrezco la historia por su falta de rigor, y la conozco poco, pero son equivocaciones que saltan a la vista.

—He tratado de provocarla para que le encuentre placer al estudio de la historia. Incluso estoy redactando un libro para que su hermana aprenda a amarla: *Historia general de Carlomagno a nuestros días*, se titulará —interviene el filósofo, tratando de cambiar el tema—. Pero insiste en que es aburrida y sin interés alguno. Querida, ¿puede ordenar más chocolates rellenos de fruta? —dice, seguro de que Émilie comprenderá la necesidad de hablar de otra cosa. No porque Voltaire sea conocido por su prudencia, sino porque siente que le debe respeto al hermano de su amante. Pero ella no ha entendido y, después de tocar la campanilla y pedir una charola de bombones, insiste:

—La Biblia dice menos verdades que uno de mis libros favoritos: *Las mil y una noches*. ¿Recuerda cuando nuestro padre nos lo leía en voz alta? Pues es lo mismo: un modelo de extravagancia legendaria. Gran literatura, puedo conceder, pero, ¿cómo se atreven a dirigir a las almas de los creyentes con tantas mentiras y con tan malos resultados para el bienestar de los seres humanos? Nuestro bienestar está en otro lado. Ya es hora de que la iglesia se dé cuenta de que debemos ejercer el deseo sin complejos morales y sin temores sociales. Si Dios creó las pasiones y los placeres, tenemos que gozarlos, con moderación, pero gozarlos —concluye, satisfecha con su discurso.

—Usted sí que lo hace… —murmura el religioso.

—No lo escuché bien, querido —reclama madame Du Châtelet.

El abad Elisabeth Théodore de Breteuil ignora el comentario, se

levanta, se dirige hacia su hermana, que continúa sentada y, dándole un suave beso en la frente, le dice con una voz casi desamparada:

—Buenas noches. Eso fue lo que dije: que pasen una buena noche. Yo me retiro.

Sin ver al filósofo, a ese falso apóstol del ateísmo y de la irreligión, se va, arrastrando los pies, hacia los aposentos que le fueron asignados. Reza antes de conciliar el sueño y duerme mal; las pesadillas son más amenazadoras que nunca.

Al día siguiente, el abad se va sin despedirse, aprovechando que Émilie y Voltaire han salido a dar un largo paseo a caballo. Ella, en su querida yegua Hirondelle y él, sobre el lomo de Armâmbó, un corcel negro de origen incierto y mágico, pero recio, noble y leal como ningún otro.

Cuando llegue la noche y se encuentren, juntos, en la terraza de balaustrada —Émilie leyendo la novela de moda, *Manon Lescaut,* o algunos pasajes de Montesquieu, y Voltaire pasando las páginas del periódico *Journal des savants*—, tal vez la científica acepte que fue demasiado atrevida con sus comentarios y decida escribirle a su hermano, ofreciéndole una disculpa y pidiéndole que vuelva a visitarla muy pronto.

8. Nápoles, noviembre de 1936

Gerda le da un pequeño trago al *Lacryma Chrysti* que Georg le acaba de servir. Es la tercera copa y no acaba de acostumbrarse al peculiar sabor de ese vino tinto turbio. Menos aún al nombre. "Se llama *Lágrimas de Cristo* —le explicó su ex novio cuando lo ordenó— por un viejo cuento, ya sabes, todo es cuento y gritos en este país. Se supone que Jesús estaba en algún lugar de esta zona, tal vez donde hay más viñedos, y de pronto vio al ángel Lucifer que caía desde el cielo. Su cuerpo, exangüe, quedó sobre el campo y, sobre él, Cristo lloró. Lloró mucho y con tal tristeza que sus lágrimas mojaron la tierra (fértil gracias al volcán, pensó ella pero no lo dijo) y eso le dio inspiración divina a la vid. Por eso el vino es tan especial, tan espiritual y tan milagroso." "Al menos nos otorgó el milagro del reencuentro", comentó Gerda con una mirada que él quiso ver coqueta y tierna.

Están en una pequeña trattoria, medio improvisada en el patio de unos vecinos del joven alemán, sobre la colina donde se asienta el Castel Sant'Elmo. La vista hacia el Golfo de Nápoles y el Vesubio, a la que Kuritzkes ya se ha acostumbrado, es excepcional. Gerda enciende un cigarrillo, da una larga y sensual calada, y le pregunta:

—¿Tu familia sigue en Leipzig?

—Algunos han salido, otros continúan allá, minimizando la gravedad de la amenaza fascista, Gertalein. Mi abuelo se quedó, pero Soma está en Capri y mi hermana Jenny también vino a Italia —responde, con un gesto que no se decide entre el enojo o la tristeza.

—Gerdalein, en todo caso, con dé de *daheim*. Recuerda que me cambié el nombre.

—Lo sé, pero no me sale en automático. A la mente le lleva un poco de tiempo acostumbrarse a los cambios.

—¡Ay! Cuánto ha cambiado todo desde que dejamos Alemania. ¿No?

Taro, sin pensarlo, le toma la mano, impulsada por los recuerdos que comienzan a visitarla. Aunque está en Italia, se siente en casa: estas horas que lleva junto a su querido amigo la acarician. En cierta manera, hasta la consuelan. ¡Qué delicioso reencuentro!

—Extraño mi vida en Leipzig. Nuestra vida en Leipzig, juntos. Tal vez nunca te lo dije, pero gracias a quien eres, o al menos a quien fuiste, soy quien soy —le confiesa Gerda.

—*To be or no to be,* diría nuestro querido Hamlet. No te menosprecies, pequeña mía; tú traías la semilla del inconformismo desde que te conocí. Quienes convivíamos contigo sabíamos que harías algo distinto, digamos que saldrías de los cánones; de aquello que se espera de una decente y bien nacida chica judeo-alemana.

—Pero las pláticas con tu abuelo, el adorado "doctor rojo", con tu madre, las personalidades que se reunían en torno de la siempre alegre Dina, me sumergieron en la política. Y esa semana de Pascua en que ayudaste a organizar el Congreso de la Unión de Jóvenes Comunistas… ¡Me traías como tu esclava, ayudándote en lo que me pedías!

—Cien mil personas desfilando por las calles. ¿Recuerdas el discurso de Thälmann? Todo hubiera salido perfecto si no hubiera sido por los policías y su estúpida e innecesaria fuerza bruta. ¡Dos obreros muertos! ¿Pero que tú hayas sido mi esclava? ¡Anda! Tremenda mentira. Era yo tu esclavo. Siempre lo fui: desde que te conocí en el gimnasio Bar-Kochba con tu figura perfecta; elegante hasta cuando te ejercitabas. ¡Qué guapa te veías, pero eres mucho más bella ahora! ¿Lo sabes? Esa mirada es más profunda, más seria…

—¿Ahora? No juegues conmigo —lo interrumpe, tratando de esconder su nerviosismo—. Bob dice que estoy demasiado delgaducha. No le encanta que se noten tanto mis costillas y las clavículas.

—No lo escuches. Nunca nos escuches a los hombres. Acostumbramos equivocarnos. Sigues teniendo la virtud que tenías cuando te vi la primera vez.

—¿Qué virtud es esa?

—Una bastante mundana, pero muy útil: basta que levantes un dedo, digamos el meñique, para que seis o siete tipos se lancen a tus pies. Sabes conquistar con tan sólo un gesto. Un pestañeo.

—¿Lo crees? —le pregunta la rubia.

—No es de creer. Es una evidencia. ¿Por eso no te quieres casar? Prefieres tener a muchos y no conformarte sólo con uno. ¿Cierto?

—Mmmmmhh… ¡Qué cosas dices! —se queda reflexionando unos instantes. Bebe vino. Sigue pensando—. ¿Quieres oír una confesión? Pero jamás se la digas a nadie.

—Te escucho y después callaré para siempre —asegura, levantando su copa hacia el cielo.

—Soy enamoradiza, romántica y… caliente. Pero también fría y racional. Así es que si me casara, lo haría con un hombre de mi gusto, claro, pues no se me da el masoquismo, pero elegiría un hombre rico o, al menos, con una posición holgada y cómoda. Esa es la mera verdad. El matrimonio es un contrato, nada más y nada menos. El amor romántico acaba y no me da la gana encontrarme, con el tiempo, sufriendo carencias o trabajando como una loca para ganarme el

sustento.

—Mujer práctica, al fin y al cabo. ¿Y tus ideales socialistas?

—No hay contradicción alguna: no puedo ayudar a los demás, luchar contra los políticos corruptos, si tengo que trabajar doce horas al día para llevar algo de comer a mi casa.

El mesero los interrumpe para tomarles la orden. Kuritzkes pide el tradicional espagueti napolitano, con mucha albahaca y tomate fresco de la huerta familiar. Gerda, como si quisiera llevar la contra, un *capellini frutti di mare*. Y otra botella de este vino tan católico, por favor, dice en inglés. Por fortuna el viejo camarero no le entiende. Un enorme crucifijo sobre su pecho nos indica que la broma no le hubiera gustado.

—¡Ay, Jörg! Seis años ya desde ese congreso y no hemos logrado nada. El peligro del fascismo es más amenazador que antes. Y para los judíos la situación es todavía peor… Las *schweine* leyes de Nüremberg quisieran hacernos desaparecer, como si fuera por decreto. Los judíos ya no existen, los judíos ya no existen, seguro se repite Hitler con los ojos cerrados esperando que, al abrirlos, el conjuro haya surtido efecto.

—¿Te acuerdas cómo cantábamos, "Destruye el fascismo uniendo tu esfuerzo al de los demás"? —le pregunta Kuritzkes, entonando la conocida tonada—. En esos días, el único enemigo era Hitler.

—Sí, pero ahora, Franco en España y aquí, aquí mismo, Mussolini. El puerco mandó más de treinta mil camisas negras a España para ayudar a matar republicanos. ¡Son unos perros asquerosos! —dice Gerda, gritando. El hombre le hace una seña para que baje la voz—. Ellos y quienes los apoyan. No podemos permitirles que venzan. A eso he venido, Jörg: debes ir a España. Convencer a tus colegas. Necesitamos muchos médicos para los republicanos. Tienes que unirte a las brigadas internacionales.

—Recuerda que apenas estamos estudiando. Todavía no puedes decirme "Herr doktor".

—No importa. Ya sabes lo suficiente para ayudar. Nos urge. El futuro de la libertad se está jugando en la tierra española y no puedes quedarte con los brazos cruzados. Tú menos que nadie.

—¿Nos urge? Me gusta verte así. Ahora estás más comprometida que yo mismo.

—El compromiso es imprescindible. Bob no deja de afirmar que en una guerra hay que detestar o amar a alguien; en todo caso, hay que tomar partido porque, si no lo haces, no hay forma de soportar lo que ocurre. Y tiene razón. Yo he tomado partido con todas mis fuerzas.

—Siempre te has indignado con todas tus fuerzas. No puedo olvidar tu rostro, furioso, el día que atacaron a mi hermano. ¿Te acuerdas? Estabas más enojada que mi madre.

—¿Cómo quieres que se me olvide? Soma apenas era un estudiante del liceo. ¿Qué carajos tiene de malo ser judío? ¿Por qué dicen que somos la peste?, preguntaba cabreado, tratando de ahogar un grito. Imposible olvidarlo.

Una fresca brisa marina despeina un poco a Gerda y a su corte a la *garçonne*, que está tan de moda, por femenino y cómodo al mismo tiempo. La fotorreportera pone otro cigarrillo entre sus labios delgados y muy rojos (como siempre), pero no lo enciende. Juega un rato con él mientras observa el mar, el reflejo de la luna llena sobre las aguas tranquilas y onduladas aún a la distancia.

—¿No te da miedo ver la muerte a los ojos? —le pregunta Georg, de pronto.

—No la veo a los ojos. Eso sólo te lo digo a ti, Jörg. No se lo confesaría a nadie más. Ni al buen Capa. Uy, es la segunda confesión de la noche. Ando muy habladora…

—No entiendo.

—¿Lo de la confesión?

—¡No! Lo de no ver a la muerte a los ojos.

—Veo la muerte a través de la lente. Y eso lo cambia todo. Si no tuviera mi cámara, créeme que jamás iría al frente o, una vez ahí, saldría corriendo con un miedo incontrolable. Estoy segura.

—No seas mentirosa. Eres muy valiente. Se nota a leguas…

—Observar a través del visor me da una especie de inmunidad. Una distancia que me hace sentir a salvo. No sé cómo explicarlo: digamos que siento que no estoy ahí. Además, la fotografía te otorga un poder especial. Mágico. Aunque también debo confesarte que a veces me siento culpable por continuar viva. Cuando piensas en todas esas buenas personas que Capa y yo conocíamos y han muerto, te llega un absurdo sentimiento de que, de alguna manera, es injusto seguir viviendo. ¿Por qué yo estoy aquí contigo, ahora, cenando delicioso y conversando, cuando hay tantos seres humanos que han sido asesinados?

—Pues un día vas a ser un nombre más en las bajas. ¿Por qué no dejas la fotografía un rato? Te arriesgas mucho en las líneas de fuego; en cualquier momento te van a dar un balazo. Si tomas un rápido curso de enfermería, aquí mismo, en el hospital donde practico…

—¿Y cometer el mismo error que Tina? —pregunta, evadiendo el discurso protector.

—¿Qué Tina?

—Modotti, una amiga. Italiana, por cierto. Dejó la foto y ahora se dedica a ayudar a los heridos de nuestro bando.

—¡Bien por ella! Insisto en que serías más útil curando combatientes que tomando retratos.

—¿Retratos? No hago retratos. ¿Eso crees? ¿Un retrato de una

familia burguesa, posando en su elegante departamento madrileño? Me preocupa la composición, las sombras, la luz, claro, pero lo que hago es fijar la eternidad en el instante, atrapar la realidad para que todos la conozcan. Las batallas, los abusos, el dolor.

—Bueno, me refería a retratos de soldados…

—No busco el arte, aunque sí la expresión y la denuncia. Yo me expreso, hablo, grito, me quejo a través del encuadre que elijo, de la composición y, al mismo tiempo, dejo que las personas que tienen la fortuna de no estar ahí sino a millas de distancia sepan lo que está sucediendo en España. En mi pequeña cámara negra y plateada he encontrado mi vocación verdadera, Jörg. Necesito que el mundo vea en mis fotos, el inmenso esfuerzo, la lucha heroica de un pueblo que no ha querido doblegarse ante la tiranía.

—Si vieras lo que yo veo ahora: te brillan los ojos como nunca antes —afirma el hombre, llamando al camarero para que les retire los platos.

—Pues si quieres que te brillen como a mí, acompáñame. Eres tú quien debe curar heridos y convencer a otros médicos y enfermeras para que formen parte de las brigadas que están llegando de todo el mundo. No debemos seguir siendo testigos de tantos actos salvajes y quedarnos sin hacer nada. Además —agrega, aligerando el tono y guiñándole el ojo—, siempre te ha gustado el arroz y en Madrid probarás una paella estupenda.

—¿Paella en plena guerra?

—Hasta en los peores momentos la gente se las arregla. Hay un lugar que se llama La Cueva de Luis Candelas. Ahí se reúnen los traficantes del mercado negro y, entonces, ahí, con algunos de los ingredientes necesarios, siguen preparando una paella riquísima. Digamos que riquísima para las circunstancias. Claro, no la encuentras a diario, pero sabremos enterarnos. Y puedo presentarte a Hemingway, siempre se hospeda en el hotel Florida, en la plaza del Callao. Es un hombre difícil, pero extraordinario. Alto, musculoso, bastante imponente y, sin embargo, tiene una voz tan suave. ¡Eso sí, bebe como si fuera su única obligación! Y todos le decimos Papa, no me preguntes por qué…

Sin advertencia ni una razón clara, Kuritzkes interrumpe la verborrea de Gerda, acerca su rostro y le da un largo beso. En la boca. Un largo y delicioso y cachondo y temerario beso en los labios. Un beso que sabe a la sangre de Jesús y a sus lágrimas.

—Mi Rolleiflex me da un poder especial que… —cambia el tema la joven, separándose de una tentación que, presiente, puede ser peligrosísima. (¿O no?)

—¿Especial?

—Sí, porque estás frente a una escena y decides, al hacer cierto

encuadre, a qué otorgarle importancia. Al apretar el disparador, lo que dejas fuera de cuadro se queda fuera de la realidad para las demás personas. Como si no existiera. Sólo es importante lo que aparece en las revistas: el rostro de esta mujer en lugar del de aquella. La mirada desesperada de cierto soldado. Un niño huérfano, pero no el de al lado. Tú eliges qué poner en foco y qué dejar fuera de foco, por ejemplo. Y a la hora de usar la ampliadora puedes, incluso, modificar ciertos elementos.

—Así como lo planteas, los fotógrafos juegan a ser pequeños dioses.

—No has entendido nada. Dios no existe, y si existiera, ha de andar de viaje en algún lugar *paradisíaco* de playa, arena, bebidas exóticas y aguas transparentes, o no permitiría lo que sucede hoy en día, aquí y en los países vecinos. ¿Dios se fue de viaje o es un maldito? Elige, Jörg precioso.

—¿Me lo preguntas a mí que soy, o al menos era, más comunista y ateo que tú? Ahora me ganas en mis creencias y hasta en mis no creencias. Espero, eso sí, que no me ganes en mis odios.

El viejo mesero (ochenta y tres años cumplidos apenas hace dos semanas) llega sonriente, tarareando un aria de Puccini, con un tiramisú y dos cucharas.

—Tiene buena voz —afirma Kuritzkes entusiasmado, como si fuera un gran conocedor del bel canto y acabara de descubrir a la nueva promesa de la ópera. ¡El heredero de Caruso!

—A ver: si dios existiera, ¿por qué permitiría que un hombre con una voz privilegiada fuera mesero en un pequeño restaurante al que nadie viene?

—¿Qué?

—Es una pregunta bastante boba. Lo acepto. Eso de humanizar a dios y hacerlo partícipe de las actividades cotidianas de las personas es ridículo. Ya decía Nietzsche que dios era inverosímil precisamente porque es demasiado humano. Estoy convencida, supongo que al igual que tú, de que el ser supremo no es más que una ilusión, poderosa, que sólo existe en algún lugar del cerebro de los creyentes.

—De todos aquellos que necesitan algo a qué aferrarse. Cierto. Aunque a veces resulta útil. Creer en él puede consolar; tranquiliza. Ayuda a aceptar lo inevitable, como la muerte de un ser querido.

—Es simple: yo no puedo creer ni me sirve de nada. ¡Y menos en el dios del antiguo testamento! Un ser misógino, vengativo, cruel, injusto, racista… Insisto, aunque no estés de acuerdo conmigo en que la religión ha hecho mucho más daño que producido beneficios.

—Gerta mía. ¿Con quién crees que estás cenando? No me tienes que convencer: basta con saber un poco de historia. Basta mirar, con una mirada crítica, claro, lo que está pasando en el mundo. Claro que estoy de acuerdo contigo. Soy igual de ateo que tú, pero presiento que

te estás volviendo más radical en otras cosas. Antes no eras tan, tan… así.

—¿Radical? ¿Cómo era? Nunca creí en un ser supremo, pero siempre creí en la justicia, en la igualdad de oportunidades —dice tranquila, volviendo la vista a un cielo limpio, pintado de estrellas. Piensa en ese dios físico, geómetra y matemático de Voltaire y Émilie, como un principio que estableció las leyes del universo y después desapareció.

—¿Que cómo eras? Mmmmhh… Cuando estábamos juntos, te quejabas de tener que usar los mismos vestidos del año anterior ¡como si fuera una tragedia! En cambio, yo te explicaba que había seis millones de desempleados en nuestro país. Sí, me escuchabas… mientras te probabas las distintas sombras de ese estuche de maquillaje que alguien te había regalado.

—¡Es cierto, me encantaba! Tenía muchos colores. Hasta me acuerdo de la marca: Elizabeth Arden —exclama, entusiasmada con la imagen tan clara que le ha llegado. Todavía tiene buena memoria, una memoria fotográfica.

—Te decía, furioso —continúa el hombre, haciendo un esfuerzo por ignorar el comentario—, que acababan de prohibir la publicación del diario social-demócrata de Leipzig. En cambio, la señorita se daba su masaje con el rodillo ése, con ventosas, como si estuviera gorda. Me quejaba, a gritos, de la dictadura que nos amenazaba, mientras tú acababas de ponerte bilé rojo en los labios para jalarme hacia el té danzante del salón Kreutzkamm.

—¿Yo? Yo…

—Tú, pequeña —la interrumpe—, eras una adorable burguesa, alegre, llena de vida. Sí, una militante de izquierdas pero vestida con zapatos de tacón y sacos de lino. Exquisita. Siempre elegante.

—Lo acepto, me siguen gustando las cosas buenas, pero ahora, como ves, ya no uso lino. Ni soy tan alegre como antes. Y soy necia, pero al menos tengo la nobleza de reconocer que fuiste tú quien cambió mi manera de ver la vida. Es la verdad. Gracias a tus discursos, los que me dabas en privado —le dice, con su sonrisa cautivadora—, ya no pude seguir instalada en la comodidad burguesa. De verdad, amor mío, cambiaste mi forma de ver el mundo, de vivir la vida. Me vi obligada a no aceptar así, sin decir nada, a la sociedad que me rodeaba. Me inyectaste las ganas de cambiarla. De rechazar las tradiciones o, al menos, de cuestionármelas. De redefinir mi comprensión del mundo y de mí misma frente a los retos que la historia cotidiana me planteaba. Tuve que rehacer mi diccionario, mi abecedario, mis certezas. Y todo, o casi todo, ¿por qué no reconocerlo aquí, ahora?, gracias a ti. ¡Uf! —dice, exhalando un suspiro—. Ha terminado mi discurso.

—Buen discurso, querida. Lograste tu cometido, como siempre —le confiesa, besándole el dorso de la mano—. Dime cuándo y en dónde tengo que presentarme. Prometo llevar, al menos, a diez estudiantes de medicina conmigo. Todos liberales. Combativos. En realidad, en el hospital y en las aulas ya hemos hablado del asunto. Es un tema que les indigna. Hay tres enfermeras que podrían interesarse aunque, ahora que lo pienso, Antonella tiene un hijo pequeño. Mmmmhh… es probable que ella no acepte. Pero cuenta con los demás. Doctores de primer nivel, dispuestos a salvar vidas de republicanos para que ellos, a su vez, salven la vida de la democracia.

—¿De verdad, lo prometes?

—Claro. Ahora, cuéntame de ti. ¿Cómo vas con el húngaro? —pregunta, sirviendo las últimas gotas de vino. Comienza a hacer frío.

—Pues digamos que después de haberlo querido con locura, he decidido no volverme a enamorar. Me vuelve vulnerable. Amar es doloroso. Es demasiado, demasiado, demasiado complicado.

—¿Tres veces demasiado? ¡Eso sí es demasiado! *Tropo*, dirían aquí.

—*Trop*, en francés. Es lo mismo.

—Deberías de saber tú, que has vivido la guerra de cerca, que el amor nunca estorba. Que el amor salva y te mantiene ligado a la vida.

—Es tan complicado. Tú eres hombre y por eso amar te es más fácil. No te implica ningún sacrificio. Pero para nosotras… Soy fotógrafa gracias a Bob y no debo negarlo. Durante algún tiempo mi nombre, y por lo tanto mi éxito, estuvo ligado al suyo. Pero para que las mujeres triunfemos en cualquier cosa que hagamos, debemos ganar, con sangre, nuestro espacio y nuestra independencia. Enamorarnos nos quita razón, libertad, tiempo, concentración… No sé —confiesa Gerda, dubitativa, enredando su espagueti en el tenedor con una facilidad que la hace parecer italiana—. Realmente es difícil. Ustedes siempre lo han tenido más sencillo. Y no les resto méritos. Créeme.

—Te creo. Créeme que te creo —le dice, tomándola de la mano por segunda (¿o tercera?) vez durante la cena.

Ordenan un par de cafés bien cargados. Los dos quieren estar muy despiertos cuando hagan el amor dentro de una hora. ¡Hace tanto que no están juntos en una cama! No han hablado del asunto; digamos que son de ese tipo de acuerdos tácitos que tienen las parejas que algún día confiaron en la eternidad amorosa.

La bahía de Nápoles se siente tranquila. La ciudad a quien baña todavía tiene vida nocturna. Las luces lo demuestran. Piden dos cafés más. El mesero les ofrece una copa de grappa, cortesía de la casa.

—Odié cuando te fuiste a Berlín a continuar tus estudios de medicina —anuncia Gerda—. Nunca te lo había dicho porque mi supuesta dignidad me lo prohibía, pero odié que me dejaras.

—¿En serio?

—Se acababa de fundar el Partido Socialista Obrero Alemán y yo pensaba que tú y yo tendríamos un gran futuro militando en sus filas. Nos imaginaba juntos, de la mano, aunque te suene cursi y te burles, evitando que la clase obrera fuera vejada. Evitando un periodo de barbarie, de salvajismo. De brutalidad y miedo. Un periodo que durará muchos años. Imagínate: Voltaire pensaba que el siglo XVIII sería la tumba del fanatismo. ¡Si viera lo que sucede hoy en día! Creo que se volvería a morir.

—¿De verdad te sentiste abandonada? —cuestiona, mucho más interesado en los sentimientos de Gerda que en la filosofía de la Ilustración.

—Sí, al principio. Ahora solo tengo agradecimiento. Hiciste de mí una mujer política, comprometida hasta la médula. Activaste mi necesidad de defenderme y, por lo tanto, de seguir sintiéndome útil, viva. Muy viva. ¿Podemos pedir otra cosa de éstas? —pregunta.

—¿No te sientes mareada? Ya estás arrastrando las palabras.

—¿Qué más da? Tu habitación está aquí al lado. Creo que hoy no llegaré a dormir a mi hotel. Además, hace frío y esto me quita el frío.

—¿Estás segura?

—¿De querer otra grappa o de desear dormir contigo?

—De las dos cosas.

—Nunca he dudado. El sexo y el deseo jamás se cuestionan.

—La fidelidad no ha sido lo tuyo, Gertalein —dice, suspirando de manera evidente.

—Me extraña que lo digas de esa manera tú, que tan bien me conoces, aunque… es cierto. Pero siempre he sido leal, muy leal, de hecho, y bien sabes que es mucho más importante la lealtad que la fidelidad.

—¿Y Capa qué opina?

—Ese loco húngaro no tiene por qué opinar. Él tampoco está hecho para pertenecerle a una sola mujer. Su corazón es más gitano que el mío. Pero dejemos de lado ese tema, Jörg, pues tengo que leerte una carta. No vas a poder creerla. Me la escribió Émilie du Châtelet hace doscientos años.

—Ahora sí estás completamente borracha.

—¿Eso crees? Espera a que te la enseñe. Aquí está —le dice, sacando una muy manoseada fotografía de su bolso—. La traigo siempre conmigo. Bueno, no es la carta carta, sino una foto de la carta. Pero para leerla, necesito otra grappa.

—¿Y si mejor me la lees en la cama?

Gerda

No. ¡Mierda! Esto no está sucediendo. El ruido de las balas cada vez pasa más cerca. A veces su sonido es metálico; otras, seco. Rompen. Quiebran. Rebotan. Rasgan. Dañan. Fracturan. Tronchan. Despedazan.

Quisiera salir corriendo pero mi piel me obliga a quedarme, necesita estar aquí. Sintiendo, escuchando, palpando la emoción del riesgo. Estremeciéndose.

Una pequeña hondonada nos protege, a dos milicianos y a mí. Por ahora. No podemos abandonar el sitio. A veces se escucha el silencio, también paralizante.

Un soldado, el que está ligeramente recargado sobre mi espalda, intenta moverse. Saca la punta de su fusil viejo; asoma un poco su rostro, pero vuelven a llegar las balas. No traen cascos que los protejan. Yo tampoco. Ellos llevan boinas con el escudo vasco. Yo, una pañoleta amarrada en mi cabeza, cubriendo mi cabello. ¿Gritar servirá de algo? ¿Gritar con todas mis fuerzas? Dejen de disparar, carajo, susurro en alemán varias veces, como si fuera a servir de algo. Tal vez mis acompañantes piensen que estoy rezando, pues al escucharme uno de ellos se ha persignado.

Cobijo mi cámara con las manos. Necesito hacer unas tomas y no voy a esperar a que los fascistas de mierda me den permiso. Me separo un poco de la pared de tierra parda. Debo buscar distancia. Calculo con la mirada. Los milicianos me observan extrañados, pero no pronuncian palabra. El más joven, incluso, intenta sonreírme. No lo logra del todo. Es más una mueca ridícula que casi me hace soltar una carcajada.

Cierro el ojo derecho, pongo el objetivo sobre el otro, abro un poco el diafragma. Enfoco. Muevo la cámara hacia la izquierda, sólo un poco. Logro el encuadre que buscaba. Entonces, disparo. El click, ese mágico sonido, me inyecta energía, valor. Me llena de adrenalina. ¡Cuánto lo disfruto!

Cesa el ataque. Diez minutos de calma. Corriendo, llegan cinco soldados republicanos que se refugiaban en un talud cercano. Me hacen señas, pensando que no entiendo castellano, pero no sé si quieren que los siga o que me vaya hacia el lado contrario. Que me salve.

Hoy no he visto a la muerte llegando. Cadáveres de días, sí. Algunos

hinchados. Formando parte del paisaje. A veces los avientan dentro de los cráteres que dejan los obuses, amontonados, formando una unidad de tejidos descompuestos, de uniformes desgarrados. Prefiero verlos cuando están tendidos boca abajo, sobre la terracería. El rostro de un muerto es lo que más me perturba, peor todavía si yace con los ojos abiertos. Con una mirada que, de tan deshabitada, cuestiona. Habla. También me trastorna ser testigo del dolor de los soldados mutilados.

¡Qué útil sería poder conseguir inmunidad! Soy reportera de guerra. Necesito salir emocionalmente indemne. Que nada me afecte. ¿En dónde lleno mi solicitud? ¿Cuánto cuesta? Porque ya he aprendido que cada cosa que deseas y que ves cumplida, cuesta.

IX. Europa, 1743

Voltaire ha decidido independizarse del amor de su bella Urania. Necesita estar sin ella al menos por un tiempo, y la oferta del rey prusiano es tentadora. Desde el 8 de agosto de 1736, fecha en la que el todavía príncipe inició la correspondencia con el filósofo, muchas cartas corrieron entre Cirey y Königsberg. Al final de su relación, fueron más de setecientas misivas.

"Usted es como el Dios de Abraham, de Isaac y Jacobo, usted se comunica con los fieles a través del ministerio de los ángeles", le escribe Voltaire. Federico II le contesta: "Usted es un hombre único, un ejemplo de virtudes". "Tiene la elocuencia de Cicerón, la dulzura de Plinio y la sabiduría de Agripa. La Du Châtelet es muy afortunada en tenerlo".

En mayo de 1740 el rey Federico Guillermo muere. Federico II asciende al trono y el escritor francés comienza a ceder ante el poder que emana. Pocos hombres —y todavía menos mujeres— logran resistir esa seducción. ¿Qué hay más atractivo que poderlo todo? Ni el amor, ni los títulos nobiliarios, ni el dinero. Voltaire hace dos breves viajes para conocer a su amigo, pero la primera vez se marcha diciéndole: "¡Si tan sólo pudiera vivir sin esa dama a la que juzgo un gran hombre y mi amistad más sólida y respetable!". La segunda, abandona la corte prusiana ante la amenaza de suicidio de su amada.

Émilie, sin embargo, presiente que la lucha no ha terminado; no quiere perder a Voltaire y logra retenerlo un tiempo más. Federico II, quien quería con pasión al filósofo, insiste y termina ganando la batalla. Esta será la tercera visita del francés y durará más de cinco meses. El rey prusiano odia a la amante del escritor y deja muy claro, aunque con delicadeza, que ella no será bienvenida en su corte. Madame Du Châtelet, quien, como hemos visto, jamás ha sido delicada en sus emociones, que se ha distinguido por ser impetuosa, exigente y devoradora de la vida y del tiempo de Voltaire, se encoleriza. Es maternal y, como buena madre, muy manipuladora. Hasta elige, a diario, qué prendas de ropa debe usar su amado.

Vale la pena subrayar que si el mandatario teutón consigue su objetivo, atraer al filósofo francés a su corte y otorgarle la atención y los reconocimientos merecidos, es porque Richelieu y los hermanos D'Argenson convencen a Voltaire de ir a espiarlo. Con un edicto

público se prohíbe *La muerte de César*, del escritor, para que éste, supuestamente huyendo de la censura, tenga las razones suficientes para abandonar la corte francesa y dirigirse a Potsdam. A cambio de sus servicios, además de que el viaje correrá por cuenta de la corte, recibirá un año extra de pensión y el monopolio, para él y sus primos, del abastecimiento de ropa para el ejército galo y de heno para los caballos.

A pesar de que el filósofo le cuenta los planes secretísimos a su *dear Emy*, ella se queda devastada. Sabe que su cómplice no le será infiel, pues al palacio de Federico II no entran mujeres ni sacerdotes, pero lo que la tiene desconsolada es la separación. No puede vivir sin él o, al menos, es lo que grita enloquecida cuando escucha la noticia y corre, levantando sus faldas para no tropezarse, de un lado al otro del castillo de Cirey, dejando un halo de furia desproporcionada en el ambiente. Aldonce, que conoce el carácter inclinado a perturbarse de su patrona, espera diez minutos y llega a sus habitaciones con una jarra de tisana tranquilizante.

Ya en el palacio de Sanssouci, Voltaire se impresiona cuando vuelve a ver al rey: es de constitución delicada, pero está demasiado delgado. No entiende cómo aguanta las pelucas tan pesadas que usa a diario. Muy activo e inquieto, sobre todo a nivel intelectual, el "rey músico" toca la flauta y compone piezas musicales; algunas, magistrales. Es autor de varios textos, como un poema al orgasmo que le envió al escritor para probarle que los prusianos también con capaces de plasmar sus pasiones, o el más conocido, que el filósofo francés revisó, corrigió y aumento en su momento: *El anti Maquiavelo*.

Adora la filosofía alemana pero rechaza su idioma materno e impone el francés en su corte. Gracias a su abultada correspondencia, Voltaire sabe que el joven Federico, de treinta y un años de edad, desde su adolescencia siente una fuerte inclinación por la literatura francesa, así que le lleva varios libros de poesía como regalo.

Mientras el escritor goza de las comodidades y los lujos en la corte prusiana y de una amistad de noche y día con el rey, Émilie le escribe cartas en las que deja ver su creciente desesperación. En tanto Voltaire lee poemas en voz alta y Federico II toca la flauta, en un cerrado círculo de hombres, su *lady Newton* amenaza con volverse loca. Durante las horas en las que el filósofo y el rey discuten sobre libertad, sobre Dios y el libre albedrío y hasta sobre los andróginos de Platón, madame Du Châtelet cree enloquecer de abandono. En los mismos momentos en que Voltaire, sin ser reconocido, se pasea por Lindenallee bajo la sombra de los tilos, desde el palacio hacia el coto de caza en Tiergarten, la bella Urania llora, desconsolada, sobre su mesa de experimentos. Llega al extremo de escribirle a sus amigos, como el conde de Argental, el eterno ángel guardián del filósofo, para

que interceda por ella: “Decidle que estoy muy enferma; le aseguro que no miento mucho, pues tengo fiebre desde hace dos días: la violencia de mi imaginación es capaz de hacerme morir en cuatro días”.

En la corte del rey prusiano sólo son admitidos los que pertenecen al género masculino. Ni siquiera su esposa, con quien se había casado obligado por su padre, está presente. Desde que su peculiar y poco amoroso marido llegó al poder, Isabel Cristina de Brunswick es forzada a una especie de destierro en un castillo bastante alejado de Berlín. Nada personal: “el rey filósofo” no le encuentra ningún interés a las mujeres. Bueno, sí hay algo personal: su esposa está emparentada con los Habsburgo; eso lo hace recordar la insoportable interferencia austriaca en su nación y, por lo tanto, la rechaza todavía más. Sobra decir que Federico el Grande muere sin dejar herederos.

En Prusia pronto comienza a sentirse la influencia de Voltaire en la forma de gobierno de su amigo: uno de los pocos déspotas realmente ilustrados. Por ejemplo, en sus cuarenta y seis años de reinado declara la abolición de la tortura y de la censura. Promueve la codificación del derecho, protegiendo a los más débiles. Supervisa la labor de sus funcionarios. Impulsa el desarrollo de la industria y de nuevos métodos agrícolas. Favorece a la ciencia y a la cultura. Apoya a escritores y artistas, aunque se reserva el derecho de censura. Hace que la enseñanza primaria sea obligatoria. Dota a su país de un ejército de doscientos mil hombres, logrando una expansión territorial impresionante y dejando en claro que es gran estratega militar. Es austero en sus gastos, tanto, que hasta su uniforme luce viejo y descolorido. Sabe controlar el presupuesto de su corte. Reconoce que su legitimidad no viene de Dios, sino del pueblo, y que él es el responsable de que sus súbditos alcancen el bienestar. Ejerce la tolerancia religiosa, aceptando a los protestantes en su reino y permitiéndole a los judíos, ejercer libertad de enseñanza. Eso sí, la puerta de Berlín por la que sólo entran a la ciudad los judíos y el ganado, sigue funcionando.

Émilie

Voltaire me ha pagado de la más cruenta manera. Yo no esperaba gratitud eterna ni fidelidad absoluta, pero sí su permanencia a mi lado… por lo menos unos meses más, unas horas. Tengo motivos para quejarme de aquel por quien lo dejé todo y sin quien el universo no significa nada para mí. ¡Cómo extraño su sentido del humor, su inteligencia juguetona, la lucidez de su pensamiento, esas manos siempre dispuestas a brindarme una caricia, bueno, hasta el balanceo rítmico de los rizos de la peluca sobre su espalda cuando camina con prisa de una habitación a otra!

Federico II lo ha convencido con promesas de gloria en su corte germana. ¿Qué le he hecho yo para que haga depender del rey la felicidad de mi vida? ¿Qué puede encontrar entre esa gente burda, que ni siquiera tiene acceso a los placeres de la gastronomía? Tampoco a los de la cama. Si las mujeres prusianas fueran delicadas y exquisitas, su propio emperador no buscaría satisfacción entre los jóvenes de la corte. Lo mismo se acuesta con lugartenientes, pajes, heiducos o cadetes. ¿Por qué preferir las líneas rectas, la dureza masculina, a la suavidad de las curvas?

¡Cambiar Francia por Berlín, ay, amado Voltaire, qué error más atroz! No sé si romper el borrador de aquella carta que le escribió al rey hace apenas dos años, o hacérselo llegar para refrescar su memoria:

Estoy en Francia porque Mme. du Châtelet está aquí; sin ella hace tiempo que un retiro más profundo me ocultaría a la persecución y a la envidia…, una persona muy respetable se ha dignado a unir su vida feliz a mis infelices días: dulcifica mi dolor aunque no pueda calmar mis temores…

Cuando lo reencontré para ya no separarnos, jamás atribuí el evento a un hecho casual. Contra mi pensamiento, que trato de mantener dentro de los límites de la racionalidad, supe que nos habíamos vuelto a ver porque así estaba escrito desde los tiempos de la nada. Voluntades que se atraen siguiendo un papel predestinado. Siempre viví entre hombres notables y notorios, comenzando por mi padre, con todo y su debilidad por las mujeres y su hija ilegítima, mi querida

hermana mayor. Aunque *mon cher* Arouet es distinto; como si hubiera estado siempre ahí, en el tiempo preciso, esperándome.

Federico de Prusia se ha llevado al hombre y también arrancó mi vida cotidiana. Sigo siendo una estudiante contumaz: cada mañana me encierro en mi despacho para leer, escribir, traducir y pensar. Pero ahora no tengo a quién acudir, atravesando el salón de música, la sala rosa, el cuarto de costura, para contarle mi más reciente descubrimiento. Cuando Aldonce me consulta si hoy debe ordenar a los sirvientes la limpieza de la plata, ¿puedo, acaso, preguntarle algo sobre física? Ni Maupertuis, que podría aclarar mis dudas en relación a esa rama de la ciencia, contesta mis cartas. Y si le escribo a Euler preguntándole alguna duda, tarda tanto en responder que mis cuestionamientos dejan de tener importancia.

Cirey, mi querido refugio, nuestro templo, fue el lugar que mi amante y yo elegimos para nuestro proyecto de vida, claro, huyendo de su tormentoso pasado parisino. Sin él, creo que no podré permanecer aquí mucho tiempo. Ayer, por ejemplo, mi pobre hijo tuvo que consolarme. Trataba de secar mis lágrimas con el pañuelo, pero cada vez que yo veía las iniciales, FMA, en el lino blanco, lloraba con más intensidad. Todo comenzó cuando Florent-Louis, con la absoluta inocencia de sus dieciséis años, me preguntó a qué hora ensayaríamos la nueva obra. Cada vez que Voltaire escribe una parodia la montamos, aquí, en familia. A veces hasta nuestro mayordomo se ve obligado a representar algún papel. Invitamos a amigos y pasamos una velada encantadora. Otras noches, sirvo una magnífica cena. Lleno el salón comedor con miles de bujías para que la luz permita admirar los platillos. Madame Robert no sólo posee una sazón mágica, sino que es una verdadera artista en la presentación de los postres y de los platos principales. Después, pasamos al salón azul para tomar café, licores o algún vino dulce o de Champagne y continuar con sesiones de lectura, ya sea filosofía, moral o poesía. Todo se hace en el momento preciso y es Aldonce quien toca una campanilla para indicarnos el horario, pues ni Voltaire ni yo somos conscientes del paso del tiempo. A veces ni siquiera escuchamos al reloj gigante que descansa en el salón principal.

Mon cher Arouet me dijo al despedirse que ya que mi sed de conocimiento me mantiene ocupada, podía quedarme sola un tiempo mientras él se dedicaba a explicarle ciertas fórmulas de álgebra a Locke y al rey prusiano. He sido toda para él y ¿cómo me recompensa? Marchándose a Berlín y dándome la noticia con sequedad, sabiendo que me rompía el corazón. Me arde la sangre de no dormir. ¡Maldito Federico! ¿Qué derecho tiene haciéndole creer que lo necesita más que yo? ¿Qué voy a hacer con la cámara oscura que mandamos construir para las operaciones de física? Yo no tengo

ánimo de usarla.

Las personas que se aman no deben abandonarse; el corazón pierde el hábito de amar, se endurece con esos viles alemanes, en la corte de un rey que no sabe amar. ¡Ay de mí! No me queda más que ser paciente, confiar en que mi amado regresará a mi lado, sediento, y repetir en voz alta *El mundano*, su poema irreverente que más disfruto y que tantas veces recitamos juntos, para el escándalo de nuestros invitados:

Mi muy querido Adán, mi glotón, mi buen padre…
¿Acaso acariciabas a Eva, mi madre?
El paraíso está donde estoy yo.

Sí, *dear lover*, el paraíso está donde está usted, lejos, cada vez más lejano. Ahí está el paraíso y yo, en Cirey, a muchas leguas de distancia, temiendo que no vuelva y jurando que no tendría fuerzas para resistir la pena que me causaría. ¿Por qué lo dejé partir? El tiempo, que cura todas las heridas, no ha hecho más que envenenar las mías. No tengo nada qué reprocharme, triste consuelo: no he nacido para ser feliz. ¡Ay, la felicidad! Ese tema que tanto me atormenta.

9. París, febrero de 1937

El deseo se presentó al momento de conocerse, un deseo súbito y contundente, pero se enamoraron en la Isla Santa Margarita y comenzaron a amarse minuto tras minuto, con una fuerza sutil y peligrosa. Esa certeza le llega a Capa mientras, sentado en su sillón de cuero café, muy gastado, observa dormir a Gerda. Se ha puesto el pijama a rayas de su novio, color azul gayà. Le queda grande y, sin embargo, se ve inocentemente sexual. Está recostada, con la cabeza sobre la almohada y sus manos debajo del pecho, como si quisiera protegerlas: con ellas acostumbra sostener la cámara. La pierna izquierda destapada hasta la rodilla. La boca un poco abierta. No se ha cubierto con las sábanas. Su imagen y sus ronquidos tan suaves le despiertan a Bob un profundo cariño. Decide, haciendo el menor ruido posible, fotografiarla.

Están en su pequeño estudio. Ya no recuerda cuántas veces se han mudado: la vida de unos judíos exiliados en París, en esa época convulsionada, ha sido difícil, pero de una intensidad que no cambiaría por nada.

Hace dos horas Gerda regresó de trabajar, agotada. Todavía le ayudó a Bob a revelar algunas fotografías en el baño adaptado como cuarto oscuro y a ampliar otras. Su pequeña rubia no deja de sorprenderse cuando el papel, sumergido en el líquido de la penúltima charola, comienza a soltar sus formas. Taro disfruta moviendo la hoja con las pinzas, de un lado al otro, bañándola en el químico, agitándola, impaciente por adivinar el rostro que se asoma, los gestos o el muro derruido que está a la derecha, a propósito desenfocado. En el momento en que aparece la imagen, la reconoce de inmediato: es la foto que tomó Bob en La Granjuela. Un pequeño pueblo que había sido atacado por los falangistas. En primer plano se ve el rostro de una mujer, en completa conmoción, en el momento en el que regresa a su casa y la ve derrumbada. Gerda recuerda ese día y los instantes que siguieron a la toma. No quedan, a la vista, más que la mesa de madera, rota, y parte de la vajilla, destrozada. Una niña, tal vez de seis años, observa la escena agarrando la falda de la mujer. ¿Su madre? Los vecinos están sin habla. Uno le da leves palmadas en la espalda. Ella comienza a llorar, desesperada, y se deja caer de rodillas. Su hija se queda de pie, con la mirada fija en la incredulidad, hasta

que un maullido, que viene de los escombros, interrumpe la escena. De pronto, se asoma la cabeza de un gato. Un gato pequeño, gris, de ojos muy azules. La niña corre sobre las piedras hacia él, y lo abraza. Todos aplauden, Gerda incluida, y a la mujer no le queda más que sonreír. Aunque le cuesta trabajo.

Gerda volvió a sonreír al acordarse, y continuó revelando las nuevas tomas, prometidas a una revista inglesa. Y así, de la nada, se le antojó contarle a su novio una anécdota de su infancia que jamás le había platicado: ahora Capa entiende por qué para ella su religión ha sido un peso. Una mañana, en Stuttgart, la pequeña Gerta acompaña a su madre con el tendero de siempre. En apariencia, la vida sigue igual, pero el rechazo a los judíos ha comenzado. Cuando entran, Herr Reinhold no les da la mirada. En cambio, cosa rara en él pues siempre había sido muy amable, les grita ordenándoles que salgan de inmediato. La madre, orgullosa, sigue leyendo la lista de sus compras, una y otra vez, sin modificar el tono de su voz pero dejando escurrir una lágrima: *zucher, kaffee, mehl, reis. Zucher, kaffee, mehl, reis*. *Zucher, kaffee, mehl, reis*. Entonces, el dueño del local pierde la paciencia y las empuja, obligándolas a salir, hasta que las avienta a la calle. Gerta no puede olvidar la imagen de su madre, agachándose para recoger su mascada naranja, llena de nieve y lodo de la banqueta, con el rostro descompuesto por el enojo y la humillación. Ese día, la ahora fotorreportera comenzó a rechazar su condición de judía. Saberse distinta no le había gustado nunca. No entendía por qué su casa era diferente, por qué hablaban en yiddish, por qué sus costumbres no eran las mismas que las de sus compañeras de escuela. El respeto a las reglas del Shabbat la dejaba en ridículo ante las demás, pues las clases en sábado eran obligatorias. Se sentía excluida; no formaba parte del grupo.

—Por eso siempre me inventaba historias, personajes distintos. Por eso decidí construirme una nueva identidad. Por eso aprendí a disimular y, en caso necesario, a parecer otra. Por eso me cambié mi apellido —le explicó a Robert mientras colgaba la última impresión para que se secara. Salieron del cuarto oscuro, apagando la luz roja y empujando la puerta con fuerza, pues siempre se atoraba. Su novio, entonces, descorchó la botella de vino que habían comprado en La Samaritaine el fin de semana. Gerda se desnudó y buscó algo cómodo, pero sus dos camisones estaban sucios, así que le robó el pijama a su hombre y, al ponérselo, el olor masculino, penetrante, la hizo sentirse protegida, amada. Se sentó sobre la cama, con su mirada traviesa, y encendió un cigarrillo. Después de dos copas de vino y varios brindis por sus ideales, que cada vez parecen más lejanos, Taro se quedó dormida.

Capa sigue en el sillón de piel, observándola. Las imágenes de su viaje al sur de Francia, en el verano de hace dos años, lo invaden. Gerta se había ido a Cannes, haciendo *autostop* con sus amigos Raymond Gorin y Willi Chardak con quien, en algún momento y para ahorrar lo poco que tenía, había compartido habitación en la capital francesa. André los alcanza en tren dos días después (en esa época todavía no se habían cambiado el nombre). Sabe que su amiga no es monógama y que disfruta sintiéndose admirada, pero también está seguro de que ni Willi ni Raymond son de su tipo.

Desde la primera vez que la trató, se dio cuenta de que compartía muchas cosas con Gerta: ambos amaban la vida y los placeres que ésta les ofrecía. Cuando conversó con ella, también notó que veían el mundo de la misma forma y sus posturas políticas eran muy parecidas. Aunque él no le daba importancia a su religión y a ella le pesaba porque la hacía vulnerable, compartir raíces judías favorecía la relación. Así que André viaja a Cannes con la certeza de que Gerta será su pareja ideal, por más pretencioso que suene, y llega deseándola con desesperación; contento y ardiente. Mujeriego a morir, se ha dado cuenta de que la delgada alemana es la mujer adecuada.

Casi sin dinero, pero gracias a las certezas que regala la juventud y a la irresponsabilidad compartida, los cuatro amigos toman el pequeño barco que une Cannes con la Isla Santa Margarita y ahí instalan sus tiendas de campaña entre el mar y un viejo castillo en ruinas. Eligen un terreno plano y suave; las playas son de roca, bastante incómodas. En ese lugar, lejos de las noticias de lo que sucede en el planeta, pasan más de dos meses nadando en las aguas frías, tomando el sol, recorriendo los alrededores, comiendo pan, tomates, aceitunas y latas de sardinas. Hablando de política, de la vida en el exilio. De la soledad y el sabor del desarraigo de quienes no tienen patria.

Raymond les cuenta la historia del hombre de la máscara de hierro, el prisionero más famoso del Fuerte Real, que domina la isla y que se utilizaba como cárcel y, al mismo tiempo, como lugar estratégico para vigilar el acceso a Cannes.

—Fue un tipo encarcelado por razones desconocidas, cuyo verdadero nombre quedó en el anonimato. Lo más probable es que fuera muy importante, incluso de la realeza.

—De hecho —dice Gerta, pues ella ha leído del tema—, quien dio a conocer la leyenda por primera vez fue Voltaire. Mientras estaba encerrado en la Bastilla, escuchó sobre el hombre de la máscara de hierro, tal vez algún preso se la contó, y la escribió en uno de sus libros.

—Sí, en *El siglo de Luis XIV* —especifica Raymond, que siempre se ha fascinado por el famoso prisionero—. ¡Es una historia de novela!

—Imagínense: traer una máscara dura, fría, todo el tiempo… —opina Willi.

—¿Cómo comería y en qué estado se encontraría la piel de su cara? —pregunta ella, imaginándose un rostro repulsivo.

—Yo —afirma André—, de plano me suicidaría. Es un doble encierro. A mí que me dejen en paz con sus máscaras y sus esposas y sus cadenas y sus cárceles.

Leen cuando la luz lo permite. Gerta (sí, han adivinado) llevó un libro de John Reed y otro de Dos Passos. De la novela *1919* les lee algunos pasajes en voz alta: "Aprendió a esperar una sociedad nueva en la que se había desterrado a la mala suerte, ¿por qué no una revolución?". "Pidieron dos medios litros de cerveza y dijeron que la guerra era detestable. Paul declaró que prefería hacer cualquier cosa antes que combatir". "El mundo no es divertido, no hay más que metrallas e incendios, hambruna, piojos, chinches, cólera, tifus…".

Cantan en las noches, iluminados por una fogata, con el sonido de la armónica del húngaro. Se recuestan sobre la maleza, observando las estrellas. A ratos, juegan al póquer. André se exhibe como un jugador experto y atrevido, pero que no sabe controlarse muy bien.

Gerta presume su voz educada y entona canciones comunistas, sobre Rosa de Luxemburgo, por ejemplo. También demuestra lo buena nadadora que es, ganándoles a los tres, a pesar de que les da ventaja. Las aguas transparentes dejan ver el fondo rocoso y algunos peces; también su cuerpo firme, ejercitado. André, en cambio, alardea de su habilidad como fotógrafo y habla de encuadres, luz, velocidad y hasta de bromuro de plata. De las ventajas de la nueva Leica, que es más pequeña, adaptable al ojo, amigable, con una visión más directa. Y discreta. De la maravilla de que la película haya reemplazado a las placas de vidrio. Platica de manera animada, como siempre, lleno de pasión. Es encantador, piensa Gerta. Les cuenta que desde pequeño le gustaba la foto: su enamoramiento comenzó cuando sus papás lo dejaban jugar con una cámara que su amiga Eva le prestaba, la famosa "brownie box", un rudimentario aparato que más bien parecía una caja milagrosa.

—Tengo que mostrar al mundo lo que jamás han visto —dice—. Cambiar la manera en la que la gente percibe la fotografía. La elección del encuadre no es gratuita: refleja mi manera de pensar, mi postura ante las cosas que suceden y que retrato —roba dos fumadas del cigarrillo de Gerta, que lo escucha muy interesada, y continúa—: Me gusta captar la acción, el movimiento, aunque mi foto no salga perfecta. Detrás de la lente, hay que tomar partido. ¿Por qué los demás fotógrafos hablan de la necesidad de ser imparciales? Para mí,

la cámara es un arma, un lenguaje, una forma de dejar asentado, en blanco y negro, lo que opino. Con honestidad, sin disfraces. La verdad es la mejor fotografía, la mejor propaganda.

Les platica de su primera misión como fotorreportero en Berlín, cuando acababa de huir de Hungría y consiguió trabajo gracias a que un compatriota suyo, Simon Guttman, le ofreció empleo en Dephot, su agencia fotográfica, como asistente en el cuarto oscuro. Poco tiempo después, el inquieto André pidió prestadas dos cosas: una cámara y una oportunidad. Guttman, al darse cuenta de su talento, lo envió a cubrir la conferencia de Trotski, sobre la revolución rusa, en Copenhague. Muchos fotógrafos asistieron el evento, pero las tomas del húngaro sobresalían: eran especiales, como si hubiera dejado plasmada en ellas su alma gitana y disconforme. Además, André no se contentó con apretar el disparador; decidió tomar notas y mandar información aunque, por las prisas, la redacción fuera algo descuidada.

A veces, la pareja se aparta de Willi y de Raymond. Entonces recorre la isla por los senderos que otros visitantes han abierto, entre eucaliptos y altos pinos que se mecen con el viento. En el bosque, André le enseña a la joven cómo tomar fotos: desde la manera de coger la cámara (al mismo tiempo con suavidad y con firmeza), de elegir la toma, hasta las infinitas posibilidades de un encuadre. No, no con tanta fuerza, pero tampoco la sueltes. Es delicada. No le tengas miedo. Un paso hacia delante, dos más. Córrete a la derecha. Cierra un ojo. El que tú prefieras. ¡Parece que estás haciendo gimnasia! ¿Para qué separas tanto las piernas? Ni que la cámara pesara. Trátala como si formara parte de tu cuerpo.

Una tarde llegan a un cementerio donde están enterrados algunos soldados franceses que combatieron en Crimea, esa ridícula guerra impulsada por Napoleón III (¿no todas las guerras son ridículas?). Mientras caminan por el lugar abandonado, brincando las lápidas, leyendo nombres al azar, sin darse cuenta comienzan a planear un futuro juntos, a hablar de sus metas en común, de lo que harán al regresar a la capital francesa. Saben que llegarán a París con la poderosa energía de sentirse enamorados. De vuelta en su campamento, deciden bañarse en ese mar frío y tranquilo, que se antoja. Se avientan desnudos, tomados de la mano, desde una cala de roca. Felices. Frescos.

La segunda noche, bajo el cielo nublado de la Isla Santa Margarita, Gerta y André hicieron el amor con frenesí, con intensidad, con insolencia. Las manos del húngaro la recorrieron completa… en cada idioma, en cada tonada posible. Y la alemana se dejó llevar por el vértigo del deseo, de la aventura de un cuerpo nuevo y, al mismo tiempo, tan cercano, tan conocido. Libre, se abrió ante esa lengua

ambiciosa, igual de hábil e intrépida que su dueño. Gerta permitió que André la poseyera, pero también supo hacerlo suyo: eso los salvó y los condenó. Placer y dependencia.

Dos cuerpos tendidos, fluyendo. Dos pieles que, desde la tierra, montan las olas y se saben capaces de dibujarse sonrisas, gritar al mismo tiempo, compartir sudores y tocar la cúspide en unos segundos que se vuelven eternos. Todavía agitada, Gerta le dijo:

—Quiero saber de qué estás hecho.

Capa se ha quedado dormido en el sillón de piel marrón, con su Leica entre las manos y el recuerdo de la sonrisa de Gerda. Cuando revele la foto que ha hecho, se dará cuenta de que retrató a su pareja con toda la ternura de la que es capaz un hombre que ama a una mujer.

Una foto muy distinta a las tantas que han tomado juntos, desde que fueron por primera vez a España. Barcelona, Madrid, Valencia, Navacerrada, Toledo, Segovia, Guadalajara: la geografía hispana les pertenece. En Andalucía, hace apenas cuatro meses, lograron imágenes impresionantes que publicaron, por primera vez incluyendo los dos nombres, bajo el sello "Reportaje Capa y Taro". Las tropas franquistas habían tomado Málaga y los habitantes comenzaron a huir hacia una ciudad más segura. Largas filas de supervivientes, cargando apenas lo necesario, caminaban sobre la carretera. Pocos hombres; muchas mujeres, niños, ancianos. Algunos burros que antes acarreaban enseres domésticos y ahora llevan a los débiles, a los enfermos. Entonces, sin previo aviso, sin necesidad alguna, los pobladores fueron salvajemente bombardeados. "La marcha de la muerte", decían los encabezados de la noticia que se publicó los días siguientes. ¿Cómo olvidar el olor del miedo, de los cuerpos sin vida? La mugre endurecida sobre la sangre coagulada. La textura del polvo sobre los labios partidos. ¿Dónde está ese dios, al que tanto le piden y agradecen, cuando más se le necesita?

Gerda se mueve. Se acomoda, abrazando su almohada. Suspira. Capa despierta y la observa: se ve tan ligera, como si sus sueños no le pesaran. Aun dormida y enfundada en un pijama masculino, luce femenina. Piensa en el día que decidió ir a una batalla vestida como para un baile: con medias de seda y zapatos de tacón, tremendamente coqueta, eternamente coqueta. Una boina rosa sobre su cabello claro y los labios, rojo intenso. Quiero animar a los soldados, le dijo, justificándose. Si ven a una mujer entre ellos, vestida así, se entusiasmarán y tratarán de ser más valientes. Al menos, perderán el temor. Bob pensó que lo que buscaba era, como siempre, sentirse deseable, admirada, pero al ver los resultados de su caminar gracioso

entre las trincheras, se dio cuenta de que aplaudían su audacia y, al menos, distraía a los milicianos de los horrores de la guerra. Observar a la guapa alemana los reconfortaba un rato. Ver a una mujer en ese lugar les hacía creer que no corrían peligro.

También se acuerda de la primera vez que fueron al frente. La pequeña rubia trataba de disimular su nerviosismo tomando en cuenta las lecciones de su hermano Oskar: esconder las emociones cuando éstas te estorben. Hay emociones que sirven, que puedes incluso explotar, y otras que más vale no sentir y, si llegan, saber contenerlas o, al menos, disfrazarlas.

En Santa Eulalia hacía un calor feroz. Y el olor a desesperanza que se respiraba en los parajes que esperaban las balas, era paralizante. Pero más que horror, lo que sintieron fue desánimo: el ejército republicano estaba mal organizado. Los combatientes no tenían uniformes y lo que es peor, algunos ni siquiera contaban con un arma. La indisciplina y la incertidumbre era lo común entre sus filas. Reporteros amigos les habían comentado que fuera de las batallas, algunos soldados, en lugar de entrenarse, vagaban de taberna en taberna. La llegada de la pareja de extranjeros con sus cámaras resultó una distracción agradecible. Él se presentaba como periodista de *Vu*, y ella de *Regards*, aunque trataban de explicarles que trabajaban en tándem y que no, que ella no era su asistente. Los milicianos no habían visto a otra mujer cubriendo el conflicto en zonas de peligro y se fascinaban con el color de cabello de Gerda y sus labios tan rojos.

¿Seremos capaces de ganar esta guerra?, se preguntaban Capa y Taro, tratando de asirse a su cansado optimismo.

X y 10. Castillo de Ferney, Suiza, 1762 y París, 1937

Gerda Taro está sola en el pequeño apartamento que comparte con Capa, en París. Él se ha quedado en España dos días más. Ella regresó antes para arreglar convenios con algunas revistas y diarios. Trajo consigo muchos negativos por revelar que continúan vendiendo con la firma: "Capa y Taro". Sus fotografías de la Guerra Civil española son muy solicitadas. Gerda se siente satisfecha cuando las ve publicadas, pero la crueldad de las escenas que ha vivido no la dejan dormir tranquila. Nadie puede salir inmune de las brutalidades que se llevan a cabo en los campos de batalla, de la infinita tristeza reflejada en los rostros de los huérfanos que acaba de retratar en algún hospicio de Madrid. El olor a muerte y las miradas vacías es lo más difícil de superar. Se ha puesto una camisa blanca de Bob, que le queda bastante grande. Las mangas dobladas hasta los codos y debajo, unas bragas blancas, lisas, sin estorbosos encajes. Los senos pequeños y bien formados, que han prescindido del sostén, respiran libertad. Se acurruca en el viejo sillón café, a leer. Necesita distraerse un rato.

Voltaire tiene sesenta y ocho años. Siente el cuerpo cansado y no logra curar sus males digestivos con la misma facilidad que antes, pero su mente sigue igual de lúcida que cuando escribió aquella primera obra, *Edipo*, en 1718. El filósofo todavía vivirá dieciséis años. Hoy ha puesto punto final a su *Tratado sobre la tolerancia*. Se le nota satisfecho, al menos así lo ve Gerda cuando comienza a leer el libro. Apenas unas millas del territorio europeo, aunque más de quince décadas, los separan.

Desde las primeras páginas, en las que el filósofo expone el caso de Jean Calas, protestante linchado sin justificación por un pueblo católico y supersticioso, que ve como monstruos a quienes no comparten sus creencias, comprueba la clarividencia del amante de Émilie. Mientras tanto, el propio Voltaire se rasca su nariz grande pero perfecta y decide quitarse la peluca que tanto le estorba. Sabe que no había pruebas para matar al pobre hombre y que la debilidad de la razón y la insuficiencia de las leyes se ponen de manifiesto todos los días. No había nada para condenarlo más que las palabras de una religión equivocada. Sospechamos de quienes piensan distinto, nos sentimos amenazados por lo diferente. ¡Qué época estamos viviendo, cargada de fanatismos, qué terrible e inhumana época, llena de

inequidades!, murmuran ambos, Gerda y Arouet, al mismo tiempo. Casi llegan a escucharse.

¿Cuándo se ha torturado o asesinado en nombre del ateísmo o del laicismo?, se pregunta el filósofo y Gerda, que está tomando el primer trago de una copa de vino que se ha servido, ahora sí logra oírlo. Hay quienes afirman que la libertad de fe y de conciencia es horrible, pero la religión ha producido calamidades incomparables, continúa Voltaire, observando el líquido rojo. En ese momento piensa si el mal estomacal que no lo deja podría curarse con un buen Burdeos. Al parecer, la delgada mujer con la camisa de hombre ha adivinado sus reflexiones, pues le extiende una copa. La mirada inquieta le indica que desea seguir escuchándolo.

Entonces, desde la validez que el paso del tiempo otorga a las ideas que producen los intelectuales, Voltaire le explica, de manera sencilla, cómo el furor que inspira el espíritu dogmático y el abuso de la religión católica mal entendida (religión que, por cierto, profesa Franco) han derramado tanta sangre, han provocado tantos desastres. En la India y hasta en Persia se vive con tolerancia, *ergo*, con tranquilidad. Pedro el Grande favorecía todos los cultos en su vasto imperio. Gerda quisiera explicarle algo sobre Stalin, pero prefiere no interrumpirlo. En Japón conviven doce religiones en paz, sí doce, afirma exaltado. Presentir que alguien lo lee y que, además, ese alguien porta una mirada lúcida entre dos pómulos angulosos, parecidos a los que él tenía de joven, lo está llenando de energía. La intolerancia, dice levantándose de su silla y depositando la copa sobre su escritorio de laca roja, es absurda y bárbara. Pregúnteme a mí, se atreve a pensar la fotógrafa, que he sido testigo de las carnicerías producidas por la intolerancia de las dictaduras, de quienes defienden "su razón" no con el poder de sus ideas, sino de las armas. Pregúnteme a mí, que sigo sin entender por qué Franco se ha aliado con Hitler para asesinar a su propia gente. Usted no lo sabe, porque donde su pensamiento se manifiesta todavía no sucede, pero el perro español de mierda le pidió a Hitler que mandara bombardear a la población civil de un pueblo llamado Guernica, con su criminal Legión Cóndor. Y lo hicieron en un día de mercado. ¡Una carnicería! Lo peor, además de los muertos, claro, ha sido la terrible desmoralización de la resistencia antifascista. Pregúnteme a mí, agrega, que he tenido que dejar a mi familia y a mi país por el simple hecho de haber nacido judía, aunque no profeso creencia alguna.

François-Marie Arouet se queda callado. Algo extraño en él: no sabe qué decir. Toma un poco de vino, aunque no le ha parecido digno de halagos, y vuelve a sentarse. Hojea su manuscrito durante unos minutos. Se detiene en una página.

¿Es usted judía?, pregunta. Gerda asiente con un tenue movimiento

de cabeza, apenas perceptible. ¡Ah!, dice el filósofo. No lo sabía. Escuche bien lo que aquí he asentado: "Yo les digo que debemos mirar a todos los hombres como nuestros hermanos: al turco, al chino, al judío." Y hay más todavía, cuando cito el canon 56 del Cuarto Concilio de Trento: "Que no se cometa ningún acto de violencia contra los judíos". Cuando era joven, lo dice a manera de disculpa, me dejé llevar por mis prejuicios e hice aseveraciones erróneas sobre ustedes. No le confiesa, pues no se atreve, algunas de sus frases de las que ya se ha arrepentido: "Usted sólo encontrará judíos en gente ignorante y bárbara, quienes por mucho tiempo se han unido a la avaricia más sórdida". "Los judíos son los enemigos del género humano. Ninguna cortesía, ninguna ciencia, ningún arte han sido perfeccionados en ningún tiempo en esta nación atroz". "No siendo de país alguno, salvo de aquel en que ganan dinero…". No, no lo dirá en voz alta. Mejor le explica: Con los años estudié al judaísmo, querida niña, y concluí que jamás asesinaron por sus creencias y que, en el fondo, aunque es un pueblo gobernado por contradicciones como todos los pueblos, posee una tolerancia universal.

La mujer sonríe. Una sonrisa tímida, tal vez, pero sonrisa al fin y al cabo. Piensa en su familia, percibe lejanos sonidos de su infancia en Stuttgart, recuerda rostros amables. Llega a escuchar la voz de su padre contándole un cuento en yiddish y la de su madre, cantando mientras cocina un buen plato de sopa de cerveza. La melancolía le duele, así que prefiere pasar la página, seguir leyendo:

¿Por qué, si la religión es divina, debe sostenerse con odios, furores, exilios, incautación de bienes, prisiones, torturas, asesinatos? Si Dios ha creado la religión, la sostendrá sin la ayuda de los hombres. La intolerancia no produce más que hipócritas o rebeldes: qué funesta alternativa. Ningún dios quiere un servicio forzado. La religión obligada no es religión, la fe no se impone. Al igual que el amor: no puedes forzar a nadie a amarte. O las ideologías, piensa Gerda. Libertad de elección. ¡Sería tan fácil! Elegir en qué divinidad creo o no creo, qué leo, qué pienso y qué tipo de gobierno considero el más adecuado. Por eso la razón debería imponerse por el poder de la mayoría, de las democracias que respetan y no coaccionan. De un pueblo con educación y cultura capaz de discernir. ¿Es tan difícil entenderlo? Sí, te hablo a ti, Francisco Franco, y a tu golpe de Estado. Sí, a ti, al supuesto "caudillo de España por la gracia de dios". ¿La gracia de dios? ¡Es una burla!

El tiempo —continúa el amante de Émilie sin percibir, ahora, el pensamiento de la alemana—, la razón y la filosofía que han progresado, los buenos libros, la dulzura de la sociedad, ¿acaso no han penetrado en quienes conducen los espíritus de la gente? ¡Ay, lo que pasa en nuestros días es atroz!

Si no la separaran del escritor 175 años, cuántas cosas habría de contarle a este hombre que se queja de su época. Ella sería una ventana hacia el futuro en un momento de la historia nada alentador (terrible, hay que reconocerlo). En el que no sólo la fe profesada sino la ideología política divide a las naciones y a los habitantes del mismo país. Guerras en las que no sólo se mata a los soldados del bando contrario, sino que se asesina a la población civil desarmada, desprotegida e inocente, sin remordimiento alguno. Hermanos contra hermanos. Mismo paisaje, misma tierra, misma sangre. Fanatismo de uno y otro lados.

Sí, el fanatismo lanza a los ciudadanos unos contra otros. Un fanático es el que amenaza: "Cree lo que yo creo o perecerás", exclama Voltaire, señalando a la nada con un dedo índice que condena. Un fanático es el que abusa de cualquier religión o ideología. Un fanático es un hombre que no razona, supersticioso. De todas las supersticiones, la más peligrosa ¿no es la de odiar a su prójimo por sus opiniones? ¡Ay, la superstición es a la religión lo que la astrología a la astronomía! Pero se justifican con la palabra de Dios. A ver, dígame, sí, usted dígame ¿en qué parte de los evangelios se puede inferir que la intolerancia es legítima?

Gerda se levanta; en realidad nunca ha leído la Biblia católica y, además, siente que su pierna derecha se está entumiendo. Aprovecha el momento para encender la luz; el sol comienza a esconderse entre la neblina y la oscuridad de una incipiente noche. Se sirve otra copa de vino y vuelve a sentarse en el sillón, hecha ovillo, muy cómoda. Ha subrayado los pasajes que considera más sensatos. Quiere leérselos a Bob en cuanto regrese. ¿Si François-Marie Arouet y Capa se hubieran conocido, habrían congeniado?

El filósofo camina en círculos por su estudio con las manos entrelazadas en la espalda. Por la ventana, los últimos rayos de luz iluminan el lugar y crean un ambiente cálido, aunque lleno de sombras. Su mayordomo entra, apresurado, a encender las bujías para que su señor pueda seguir trabajando. Voltaire ni siquiera se da cuenta, está concentrado. ¿Habrá algo esencial que haya olvidado incluir en mi *Tratado sobre la tolerancia*? Mencioné, aunque brevemente, las corruptelas y atrocidades cometidas por los Papas. Tráfico de indulgencias, hijos bastardos, asesinatos… ¿Cómo es posible que unos seres humanos, tan falibles como los demás, usurpen los derechos de la divinidad y decidan, antes que ella, la suerte eterna de todos los hombres? ¡Ay, Dios! Tú no nos diste un corazón para odiarnos ni dos manos para degollarnos. Ojalá que todos esos pequeños matices que distinguen a los átomos llamados hombres no fueran signos de odio y de persecución. *Voilá!*, clama el escritor al concebir la idea: Voy a concluir mi obra con una especie de rezo, con

un ruego hacia Dios.

Regresa a su escritorio, entusiasmado. Acerca más el candelabro a su manuscrito. El tiempo no pasa en silencio, se lamenta: cada día veo menos. Moja la punta de su pluma en la tinta negra y comienza a redactar.

La fotorreportera está cansada. Ha leído suficiente y ha tratado de contener su propia intolerancia al darse cuenta de que, en realidad, las brutalidades de las que ciertos hombres son capaces no han desaparecido. Incluso, se adivina transitando por peores tiempos que Voltaire; en esa época no llovía fuego del cielo y la aviación nazi no incendiaba ciudades. El dolor de la historia poco nos ha enseñado, se lamenta, cerrando el libro. Dobla la página en el capítulo XXIII, *Prière à Dieu*, para terminarlo mañana.

Gerda Taro duerme con la luz encendida, en un estéril propósito de ahuyentar sus pesadillas.

XI y 11. París, primavera de 1746. París, primavera de 1937

Robert Capa presiente que si alguien consiguiera aconsejarlo, tal vez sería madame Du Châtelet. ¿Quién más le podría ayudar para lograr retener a Gerda a su lado? De tanto escuchar de ella, ha aprendido a admirar a esa mujer que tiene tan deslumbrada a su querida dictadorcilla. Sabe que, aunque tuvo muchos amantes con los que mantuvo una apasionada correspondencia hasta el final de su vida, Voltaire siempre fue su misión principal; jamás dejó de mantenerse a su lado.

Bob siente a Gerda cada día más distante. Ya no lo necesita como antes, cuando el proyecto se centraba en el personaje de Capa y ella era apoyo, pero detrás de las trincheras. Sus sentimientos son contradictorios: adora ver a su mujer creciendo, logrando mejores fotos cada vez que aprieta el disparador, sonriéndole a los soldados mientras camina con pasos firmes y femeninos entre las barricadas, como si su lugar natural fuera el campo de batalla. A pesar del horror de la guerra, a Gerda le inyecta una especial energía; la hace vivir con más intensidad.

Al húngaro le encanta saber que su alemana cada vez está más segura de la travesía elegida, aunque presiente que en la lista de sus prioridades él dejará de tener un papel importante. Y le duele. ¿De dónde nos sale esa tendencia a poseer y a no dejar ir lo que supuestamente es nuestro?

Émilie está convencida de que las mujeres deberían jugar un rol más activo, más valiente. Ha sabido aceptar las limitaciones sociales con cierta tranquilidad pues, además, es bastante astuta para reconocer que ella sola no puede ganar una guerra. Ha acompañado y se ha hecho acompañar por hombres brillantes. No intenta quitarles su brillo, pero quiere conseguir luminosidad propia. Ha sabido hacerlos sentirse necesarios: los conocimientos de física de Maupertuis, la lucidez universal de Voltaire. No hace experimentos ni le pone punto final a un libro sin la revisión, corrección y aprobación de algún hombre inteligente: amante o amigo. Pero, reflexiona, ¿llegará el día en que deje de mandar mis textos a las convocatorias de manera anónima? ¿En que una mujer no deba disfrazarse de hombre para

entrar a los salones científicos? En los literarios sí somos bienvenidas. Tal vez me equivoqué de enfoque y debería haberme dedicado a escribir novelas y a discurrir sobre los personajes. Pero las matemáticas y la geometría son mis pasiones. ¿Y las otras damas? ¡Que por lo menos se dediquen a la vida literaria o artística! Creo necesario exhortarlas para que vean en el estudio no sólo un pasatiempo o un refugio, sino la única vía para conseguir cierta libertad e independencia. Para enterarse de las cuestiones esenciales del ser humano. No deben seguir viviendo aisladas o preocupadas sólo por bagatelas. ¿Acaso no se aburren sin hacer algo productivo?

¡Eso es!, piensa Bob, aunque mi pequeña rubia sea mejor fotógrafa que yo, ¿no puede hacerme creer lo contrario? ¿Seguir navegando como si yo fuese lo más importante en su vida? Mas si lo hiciera, ¿yo lo querría? Está confundido. Como siempre que tiene un asunto que resolver, camina sin rumbo por las calles parisinas. Es una tarde de primavera. El cielo, de un azul intenso, alberga varias nubes que están más altas de lo acostumbrado. Se mueve con pasos lentos, la mirada baja (como si en los adoquines de la calle fuera a encontrar una respuesta), a lo largo del río Sena, en esa zona donde se abre en dos para bañar, de un lado y del otro, a la Isla de la Cité. Atraviesa el Pont Neuf hacia la rive droite. Ve la Samaritana y duda si entrar a comprarle una bonita mascada a Gerda. No, ¿acaso pretendo sobornarla con una prenda de ropa? Esa mujer no se vende por nada: entrega su cuerpo a quien le da la gana, con total libertad y sin culpas. Y su mente no tiene precio: lucha por aquello en lo que cree sin dejar que sus ideales se corrompan. Capa decide, mejor, dirigir sus pasos hacia la derecha, rumbo a la isla de San Luis. En uno de sus extremos hay un parque pequeño, triangular, siempre vacío, donde podría sentarse en total calma y decidir si se prepara para el duelo amoroso, devastador, o sigue luchando.

Para las mujeres no es fácil. ¿Por qué mi adorado filósofo se sorprendió cuando le confesé que yo también anhelaba la gloria? ¿Acaso no la merezco sólo porque llevo vestidos y me gustan los afeites, aderezos, joyas y moños? No soy inferior a nadie, de eso estoy segura y, sin embargo, si mi mente estuviera alojada en un cuerpo masculino, mis logros serían más fáciles, más aplaudidos y mucho mayores. Mis conocimientos ya serían difundidos en toda Europa. ¡Lo que podría conseguir si fuera dueña de un enorme falo! La sola imagen la hace reír, primero con discreción y después, a carcajadas.

Capa pasea por el Quai d'Anjou, ya en la isla, observando cómo los sauces llorones dejan caer sus ramas hasta el río; de pronto, escucha unas deliciosas carcajadas femeninas. Se detiene. Vuelve la vista hacia atrás; no hay más que un hombre fumando. Voltea, entonces, hacia el segundo piso del Hôtel Lambert, en el momento en que una delicada mano cierra las ventanas. Recuerda las carcajadas contagiosas de Gerda y siente un vacío. Se da cuenta de que la está perdiendo. ¿No habrá un término medio?, se pregunta. Que una mujer logre el éxito sin estar a la sombra de un hombre, pero conservando a su pareja. Yo estaría dispuesto a aceptarlo todo, con tal de seguir con Gerda. Pero presiento que mi querida patrona está destinada a ser grande y a pasar a la historia, modificándola. Si quiero retenerla, debo impulsarla con vigor y determinación. Apoyarla en lo que sea necesario. Apoyarla, incluso, si desea seguir su camino sola. ¿Podré hacerlo? Deberé hacerlo.

¿Acaso seremos tan peligrosas? ¿Qué riesgo representamos para ellos?, se pregunta madame Du Châtelet mientras observa el Sena, de aguas siempre tranquilas, desde su ventana ahora cerrada. Alcanza a distinguir la silueta de un hombre que se recarga en un sauce; apenas una sombra que atrae su atención durante un momento. Trata de distinguir el rostro debajo del particular sombrero. Enseguida, un ruido la distrae: es su ama de llaves con la estola de piel que le ha pedido. El viento primaveral que entró a su alcoba era demasiado fresco y sintió frío. Se cubre con la prenda, sosteniéndola con un broche de perlas. Cuando vuelve la vista, el hombre ha desaparecido.

Los apartamentos que ella ocupa, en el inmueble que pagó Voltaire, están en un segundo piso y tienen una vista magnífica. Son amplios, aunque un poco húmedos por las tardes en las que el sol ya no les pega de frente. Toma un té de canela con anís en su pequeña taza de porcelana de Dresde. Quisiera saber cuándo, cómo, por qué y qué día decidieron los hombres que el lugar de las damas estaba en sus casas. ¿Sólo lo decidieron ellos? ¿Son los culpables absolutos? ¿Acaso las mujeres no han participado, también, para llegar al lugar que ahora ocupan?

Hipatia de Alejandría era venerada y odiada; pagana, estudió matemáticas, astronomía, filosofía y mecánica. Su final fue terrible: los monjes, celosos de su sabiduría y popularidad, pusieron al pueblo en su contra y terminó lapidada. La esposa del emperador Séptimo Severo, Julia Donna, se distinguía por sus conocimientos en geografía y filosofía. Incluso la madre de Platón sabía filosofía pitagórica y matemáticas. En la época medieval, Trótula de Salerno era una gran erudita: una doctora italiana que escribió varios tratados sobre medicina femenina.

¿Cómo, a qué hora comenzamos a dejarnos menospreciar, a permitir

que nos encerraran tras las puertas de nuestros hogares? Las ciencias, las artes, las religiones, la tecnología, la política, las guerras, la versión del pasado, la construcción del futuro es decidido y controlado casi en su totalidad por los hombres. ¿A dónde nos están dirigiendo? Quisiera saberlo. Hasta ahora, piensa, no han tratado nada bien al mundo: guerras, invasiones, pobreza, abusos; una lucha infame y desleal por el poder. Las leyes y costumbres impuestas desde la fuerza. Y las mujeres, en cierto sentido, ¿no hemos sido sus cómplices? A ver si Dios no pierde la paciencia un día y se va, para siempre, de viaje.

XII. París, mayo de 1749

Madame du Châtelet se ha quedado dormida sobre el secretaire rococó de marquetería de bronce, con la cabeza apoyada sobre sus manos. La sigo amando, piensa Voltaire. Esa certeza le llega mientras, sentado en su sillón café, muy gastado, la observa desde el otro lado del salón: ese rostro inteligente y determinado. Bello, también.

Émilie ha trabajado de forma incansable y además, en su estado, la fatiga es doble. ¿Cómo se dejó embarazar, a sus cuarenta y dos años, por ese marqués sin ninguna gracia? ¿Cómo permitió que eso pasara? ¿Acaso pensó que por su edad ya no había peligro de concebir? ¡Una egoísta, es una egoísta y narcisista! Con tal de dar rienda suelta a sus deseos, con tal de satisfacer el placer de su carne, no midió las consecuencias no sólo para ella, sino para los demás: para su marido, para su hijo y heredero, hasta para él mismo. ¡Ay, qué caro puede resultar perderse en una pasión amorosa! Dejarse llevar con plena libertad por la tentación de ser todavía apetecible.

Al padre de su futuro bebé lo conoció en Lunéville, en la corte del rey exiliado: Stanislas de Polonia. Es diez años menor que ella, oficial del ejército, bien parecido y muy elegante con su uniforme de capitán de la guardia lorena —habremos de aceptarlo—, pero sin ninguna cultura más allá de la mínima. No tiene sentido del humor, es falso y frío. Además, se cree poeta. En realidad, escribe juguetones versos sobre las mujeres a las que desea seducir y poemas tontos sobre la naturaleza. Eso es todo. Fuera de su obra *Saisons*, no hay nada que valga la pena. ¿Qué le vio para iniciar una tormentosa relación de amor? ¿Amor? Sólo sexo, piensa el filósofo. Como él ya no puede complacerla en el lecho… Bueno, a su sobrina sí que la complace, la lleva al goce y, por lo visto, se hacen felices. La dulce madame Denis le devolvió el deseo, el erotismo que creía perdido. ¡Qué difícil conservar el deseo por el mismo cuerpo! La variedad, la diferencia es atractiva y necesaria.

¡Tantos años ha pasado al lado de *lady Newton!* Voltaire a veces siente que son un viejo matrimonio, en el que sólo queda agradecimiento, un pasado en común para recordar y una bella amistad. No olvida la reclamación que le hizo la marquesa cuando fue evidente que sus cuerpos comenzaban a distanciarse: “¿Acaso un corazón tan tierno como el mío puede verse colmado por un

sentimiento tan débil como la amistad? ¿Qué me ofrece usted desde hace algunos años, además de palabras?".

Madame du Châtelet respira profundo. Los músculos de su rostro han perdido cualquier signo de tensión. Luce muy relajada. La piel sigue joven, tersa. ¡Qué mérito tiene esa mujer a la que tanto quiere! Ser científica en un mundo de hombres. Forjarse un lugar, buscarse a sí misma, en medio de un ambiente hostil. Ha luchado con todo su talento y astucia; merecería más aplausos y reconocimiento.

Él mismo no se ha portado a la altura; le duele decírselo. Cuando publicó los *Elementos de la filosofía de Newton*, lo hizo tan sólo con su nombre. En la primera edición le da las gracias, pero sin mencionarla con todas sus letras: una breve insinuación al apoyo de "lady Newton" y ya. Después admitió que ella había colaborado en varios capítulos de óptica y cosmología. Pero —ahora lo puede decir en voz alta porque nadie lo escucha— la mayor parte del libro lo escribió ella, su adorada Minerva francesa. "Mi Minerva me dicta y yo escribo", dejará asentado en sus memorias.

¿Y qué decir de su obra *Instituciones de física*? Émilie tuvo que publicarla con un seudónimo de hombre para ser aceptada. No sólo eso: ella quiso hacer un libro perfecto y, para lograrlo, pidió la ayuda de Maupertuis, quien llegó al castillo de Cirey acompañado por Koenig. Éste se quedó un tiempo más, enseñándole matemáticas a la marquesa. Voltaire, madame Du Châtalet y Koenig convivieron algunos meses, así que la científica llegó a tenerle la confianza necesaria para pedirle que le ayudara a revisar los capítulos sobre la metafísica de Leibniz. Lo consideraba su amigo y jamás se imaginó que la traicionaría: a su regreso a la capital francesa, el alemán no sólo reveló el verdadero nombre de la autora de las *Instituciones*, ¡oh, una mujer!, sino que tuvo el atrevimiento de decir que él le había dictado la totalidad de la obra o, según otras versiones, que ella la había publicado de acuerdo a los apuntes tomados en sus lecciones. Incluso llegó a insinuar que habían sido amantes. Hasta el secretario de la Academia de Ciencias, Mairan, quien la odiaba, aprovechó la coyuntura para tacharla de plagiaria. Voltaire sabía que las acusaciones eran falsas y la defendió, pero no lo hizo con la suficiente fuerza. Aun así, el libro llegó a ser tan importante que se convirtió en una obra de referencia. La marquesa comenzó a ganar fama de científica seria, la admitieron en la Academia de Boloña y tradujeron su texto al italiano y al alemán. Pero no es suficiente, piensa el filósofo. *My dear Emy* se merece más. Al principio nos instruíamos juntos, pero después ella tomó un vuelo que no he logrado seguir. En la física y en la geometría ha sido mi guía, mi oráculo.

Madame du Châtelet continúa dormida. Ahora ronca quedo, más bien ronronea. El escritor no puede dejar de sentir una gran ternura y

agradecimiento. Jamás, fuera de su amistad con Federico II, ella le reclamó nada. Bueno, sí protagonizó una escena de celos cuando se enteró de que compartía cama con su sobrina, madame Denis, a partir de que la pobre jovencita se quedó viuda. Y también el día en que supo que la provocadora y guapa mademoiselle de Gaussin, la actriz de moda, se había convertido en regular visitante de su lecho, antes o después de las funciones en la Comédie Française. Muchos conocidos los habían visto juntos en el café de monsieur Procope, frente al teatro.

Voltaire se levanta de su cómodo asiento para despertarla como ella lo despertaba a él: con húmedos besos en la nuca. En esa postura no va a descansar, piensa. Debería ir a su cama. El vientre ya comienza a crecer y está perdiendo la breve cintura que tenía cuando la conoció. El escritor camina despacio, como si no quisiera alertarla aunque, en este momento, lo que desea es que abra los ojos para que vaya hacia sus apartamentos y descanse en una postura adecuada.

Cuando llega a su lado, con decepción observa las hojas en las que ha estado trabajando: no son sobre ciencia, es una carta. ¡Y una carta para Saint-Lambert! Inclina su cabeza para poder leerla, esperando que Émilie no se despierte ahora. Sólo alcanza a ver algunas líneas. Las otras están cubiertas por los dedos de la marquesa:

Todo lo que pienso y todo lo que siento me comprueba que lo amo más de lo que debería. Créame que soportaré todas las incomodidades, haré cualquier cosa por verle y por vivir con usted.

¿Vivir con Saint-Lambert? ¿Para qué compartir su vida cotidiana con un hombre tan ligero? Que siga haciendo el amor con él, que le baste con eso. Después de ver lo que vio un día, sabe que en el sexo ponen todas sus ganas, todo su esfuerzo. No sabía que estaba interrumpiendo y de ninguna manera quería ser imprudente, pero a falta de un lacayo en la antesala de Émilie, entró sin tocar la puerta, como lo había hecho muchas veces antes. Y ahí estaban, dos cuerpos desnudos, sudorosos, como si hubieran corrido miles de leguas sin descanso. Respiraban de manera apresurada, gemían, gritaban. Su postura… No, no quiere pensar en su postura. ¡Ni siquiera se habían acostado! Tampoco quiere recordar la escena que siguió, cuando los amantes se supieron sorprendidos. Mejor continúa leyendo:

Quisiese que el correo saliera todos los días para escribirle todos los días.

… no me reprochéis mi Newton; ya he sido bastante castigada por él. Nunca he hecho mayor sacrificio a la razón que al quedarme aquí a terminarlo. Me levanto a las nueve; trabajo hasta las tres, luego bebo mi

café; reanudo el trabajo a las cuatro; a las diez me detengo para comer un bocado sola; hablo hasta medianoche con M. de Voltaire, que viene a cenar conmigo, vuelvo al trabajo y sigo adelante hasta las cinco de la mañana. Debo hacer esto o perder el fruto de mi labor si muriera en el alumbramiento. Lo termino por razón y por honor, pero sólo amo a vos…

Voltaire siente las manos frías y un sudor helado en la frente. Morir en el alumbramiento, morir en el alumbramiento, repite en voz baja. Cuando madame Du Châtelet quiso hablar del tema, de ese presentimiento que no la ha dejado, que la atormenta, el filósofo la calló y se rehusó, siquiera, a considerarlo. ¿Qué sería de su vida sin su Emy? No se atreve a imaginarlo. Su sobrina es encantadora, le hace la vida sencilla, cumple sus caprichos y le da el placer sexual imprescindible, pero no tiene la inteligencia ni la vivacidad de madame Du Châtelet. Con Louise no puede discutir durante horas sobre ningún tema de importancia: política, religión, filosofía, ciencia. *La pauvre Émilie*, piensa Voltaire. Tanto debe ser su miedo a la muerte, que por eso se ha encerrado: para terminar la que considera su gran obra. Cuatro meses llevan en la capital francesa y la marquesa, que tanto ama la vida fatua, apenas ha salido.

Vuelve a leer la carta que ha quedado a medias. ¿Será cierto que ya lo dejó de amar, que sólo quiere al oficial o marquesito ése, que es mucha envoltura y poca sustancia? ¿Que conquista a las damas rimando madrigales? ¿Su bella Urania, que no puede hacer nada fríamente, enloquecida por ese hombre acostumbrado a tratar el amor tan a la ligera? Imposible. Émilie no lo ama, sólo busca satisfacer su erotismo y él bien sabe que cuando se encapricha, pierde la mitad de su capacidad de análisis y todo contacto con la realidad. El filósofo la conoce de sobra: sus cartas de amor siempre han sido apasionadas, pero no del todo verdaderas. Tal vez la mujer, que tiene más de cuarenta años, teme que esta sea su última oportunidad de entregarse con desenfreno, de sentirse deseada. Su Minerva francesa siempre ha estado enamorada del amor.

Además, Voltaire sigue a su lado, apoyándola y resolviéndole sus problemas: no sólo continúa pagando sus deudas de juego, la última de cincuenta luises, sino que la tranquilizó y encontró la solución para cubrir la deshonra cuando Émilie le confesó que estaba en situación interesante. ¡Qué mal se sintió el filósofo! Celos, frustración, furia. Su debilidad estomacal se avivó, produciéndole fuertes dolores en el vientre, que lucía abultado. Pero tuvo que controlarse ante la aflicción de su amada; estaba deshecha, confundida. Su recomendación fue simple: debía atraer a su marido nuevamente al lecho matrimonial, seducirlo con cualquier excusa para justificar ese embarazo. Un gran escote, buena comida y, sobre todo, mucha bebida con fuertes dosis de

alcohol adoquinan el camino. El plan salió a la perfección: Florent-Claude du Châtelet estaba entusiasmado con la idea de volver a ser padre después de diecisiete años. Ni siquiera sospechaba que su esposa estuviera estrenando un nuevo amante.

Desde hace cuatro años, el filósofo ha sido favorecido por el rey gracias, en realidad, a Jeanne-Antoinette Poisson, marquesa de Pompadour, la nueva amante de Luis XV y amiga del filósofo. Es ella quien, utilizando una estrategia muy femenina, convence a su amado de perdonar al escritor. A partir de ese momento le encargan que escriba *La princesa de Navarra*, que se representa, musicalizada por Rameau, en las celebraciones de las bodas del príncipe heredero. Además, por fin es aceptado en la Academia francesa, de cuarenta miembros; recibe el nombramiento de historiógrafo real, con el derecho de tener habitaciones en Versalles, una jugosa pensión y un título como gentilhombre ordinario de cámara. Por eso le dice a su querida Urania, con su tradicional ironía: “Vale más decirle cuatro palabras a la amante del rey que escribir cien volúmenes”.

El reloj de la chimenea, diseñado por Joseph Waltrin para madame Du Châtelet, anuncia las doce del medio día imitando las campanas de alguna iglesia. Émilie se despierta súbitamente, y al ver a su antiguo amor tan cerca de su rostro, abre los labios, dispuesta a dejarse llevar por el sabor de los besos que tanto ha extrañado.

12. Valencia, junio de 1937

Gerda ha decidido independizarse. Adora a Bob y esa adoración le da miedo. No quiere necesitar a nadie ni sentirse vulnerable, y está comenzando a no ser feliz más que a su lado. Además, es hora de comprobarse a sí misma lo que sus fotos pueden lograr sin el nombre de Capa a un costado. Ya ha publicado algunas con el único sello de "Taro", pero las agencias siguen ligándola a la fama de Bob. Es hora de probar qué puede conseguir sin los consejos ni el apoyo de su amante al momento de presionar el disparador. Aunque muchas veces retratan las mismas escenas, sus fotografías logran distinguirse: ella piensa más en la composición que él. Su ojo es más estético; el manejo de la luz y los encuadres, distintos. Asimismo, gracias a su frialdad en el momento de cada toma, realiza fotos más crudas y duras que su novio. Se nota que su meta de denunciar es auténtica y casi rabiosa.

En realidad, se han convertido en indispensables el uno para el otro. Es Gerda quien anima a Bob a atreverse más cada día. A superarse.

Una buena parte de Valencia ha sido destruida; sin embargo, la vida cotidiana sigue fluyendo en medio del calor estival que se deja sentir por las calles. Un grupo de chiquillos juega con pequeñas piedras de una casa derrumbada por una bomba. Con un pedazo de tiza han pintado una raya en el pavimento y gana quien aviente la piedra más cerca, sin tocar la raya y sin pasarse. Dos mujeres, que lograron conseguir leche después de hacer una larga fila, pasan sonrientes al lado de la escultura de una virgen que yace en el suelo, frente a una iglesia destruida por el fuego. Le faltan los dos brazos pero conserva su mirada resignada e inmaculada. Así es la supervivencia, se abre paso por cualquier rincón disponible. Como las niñas que, dirigidas por una enfermera (al menos es una mujer vestida de blanco), la mayoría peinadas con coletas, juegan a la ronda. Se toman de la mano y trotan, en círculos, hacia la derecha, cantando: "Anda jaleo, jaleo, ya terminó el alboroto, vamos al tiroteo".

—¡Vaya canción que eligieron para un juego! —exclama Gerda, que entiende casi por completo el español.

En esa ciudad de la costa levantina siguen respirándose ciertos aires de ocio, fiesta y cultura. En el único cine decente que queda en pie están proyectando una película española: *Piernas de Leda*. Además, en unos días se llevará a cabo el Congreso de la Asociación Internacional

de Escritores por la Defensa de la Cultura: más de ciento ochenta intelectuales de veintisiete países, reunidos con el único objetivo de apoyar a los republicanos. El escenario: la magnífica sala del Ayuntamiento, que se mantiene en pie. Negrín dará el discurso de apertura. Taro está entusiasmada, pues conocerá, entre otros, a Dos Passos (a quien admira), y volverá a ver a Hemingway y a Alberti. También será observada por una mujer mexicana, aunque ella todavía no lo sabe: Elena Garro asistirá al congreso y se fijará en Gerda, pues va a llevar puesta una blusa idéntica a la de ella: bordada, color miel con puntos blancos.

Por la mañana, mientras Capa se lava los dientes y Taro delinea sus cejas de arco frente al espejo de su habitación, se sumergen en una plática sobre el más reciente libro de André Gide: *Regreso de la URSS*.

—Creo que es un hombre valiente —afirma Taro—. Su decepción del sistema soviético fue mayúscula y no le importa que sus amigos comunistas lo desprecien: es sincero. ¡Y mira que atreverse a criticar al mismo Stalin no es fácil!

—Sí, romper tabúes no es sencillo. Pero tal vez debería haberse esperado. Criticar a la URSS ayuda a dar bases a quienes critican a los socialistas republicanos.

En Valencia, algunos pequeños museos y galerías siguen funcionando. Hoy, Gerda ha llevado a su amante a la exposición de una de las pocas fotógrafas que lograron reconocimiento y, en cierto sentido, le abrieron el camino: Julia Margaret Cameron, inglesa. No puede ocultar su creciente obsesión por mujeres valientes y creativas, que algo le han aportado al ser humano más allá de las cuatro paredes de sus hogares. O como diría Voltaire, que han contribuido, al menos, a que el mundo no sea peor.

También ha planeado, saliendo de su visita al pequeño museo, junto a un vaso de tintorro (o varios; va a necesitarlos), decirle a Capa que ella se quedará en España sola. Quiere seguir cubriendo la guerra civil, pero sin su presencia. Acompañará a los escritores en su camino de Valencia a Madrid, que continúa asediada y bombardeada, y volverá al frente. Sabe que Bob debe regresar a París a vender sus fotos a distintas agencias (el dinero se les está terminando) y a su reunión con el cineasta Joris Ivens, con quien viajará muy pronto a China. China, pobre China, piensa Gerda, otra nación víctima de la barbarie fascista, ahí representada por las tropas japonesas que han visto, en Mao Tse-Tung, a una grave amenaza comunista.

El edificio que alberga al museo no tiene ningún mérito arquitectónico. Además, luce descuidado. Hay paredes con grietas, aunque, ahora que lo piensa, tal vez sea culpa de algún bombardeo.

Capa y Taro recorren las salas con calma, observando las fotografías color sepia. Ella le comparte algunos datos de la artista: hija de un

inglés y de una francesa, nacida en la India, se inspiraba en los pintores, en los grandes maestros, creía en la fotografía como un arte capaz de narrar y de despertar fantasías, experimentaba en el proceso de revelado… y en ese monólogo escurre, como sin pensarlo, un: Comenzó a ser fotógrafa cuando se sintió libre, pues su marido había ido a Ceilán, durante un tiempo largo, para supervisar las propiedades de su familia. Bob no hace ningún comentario; la toma de la mano y la jala hacia una fotografía que ha visto a lo lejos y le ha llamado la atención. Se detienen frente a un rostro que no permite ser ignorado: *Beatrice*, se llama la obra. Leen, en la tarjeta que acompaña a la fotografía, que está basada en la historia de Beatriz Cenci, mujer del siglo dieciséis ejecutada por haber asesinado a su brutal y violento padre. La modelo, con una especie de trapo en la cabeza que deja escapar varios mechones de su cabello largo, tiene cara de dulce resignación. Desde el rostro ligeramente inclinado, sus ojos claros miran hacia abajo. Sabe que no podrá escapar de la muerte y, sin embargo, la composición emana ternura. El juego de luces y sombras, así como la manera tan especial de usar el foco, resaltan su fatal belleza.

Capa acerca su mano y hace un movimiento lento, como si acariciara las mejillas de la modelo, aunque no toca el cristal que protege la obra. En eso, la voz de Gerda interrumpe su momento de ensueño:

—¿Escuchaste lo que te dije? Que Cameron encontró su camino, la fotografía, cuando se separó de su marido durante un tiempo.

—¿Qué dices? —pregunta, dejando la imaginación a un lado.

—Que Julia Cameron encontró…

—Te escuché —la interrumpe—. Sé lo que dijiste pero no lo que me quieres decir. Aunque lo supongo.

Bob camina hacia otra fotografía: es un poderoso retrato del poeta y dramaturgo Alfred Tennyson, con el cabello y la mano, que sostiene un libro fuera de foco.

—Quería conversar en algún café, pero de pronto sentí la necesidad de decírtelo ya.

Ambos se sientan en una banca vacía, en medio de la sala. Sólo hay algunos visitantes: es lógico, el país está en guerra. La pareja es observada y tal vez escuchada por los modelos de las fotografías, aunque pocos miran directamente a la lente.

—No iré a París contigo —le dice Gerda, sin más introducción.

—¿Te quedas?

—Sin ti. Necesito encontrar mi independencia intelectual y emocional. Quiero saber de lo que soy capaz frente a mi cámara y sin tu presencia a mi lado.

—Creí que teníamos planes… para muchos años.

—Nunca hablamos del tiempo que permaneceríamos juntos. Jamás te prometí nada. Y tú jamás me pediste que te prometiera algo. Entiéndeme, Bandi, siento una enorme necesidad de estar sola para saber cómo o de qué manera puedo contribuir a que la historia que los humanos estamos viviendo sea más grata. ¡Hay tantas injusticias! Sé que debo seguir remando a contracorriente, que tengo que ayudar a derribar viejas y dañinas costumbres, prejuicios que paralizan a hombres y mujeres. Debo luchar contra supersticiones y dogmas…

—Como dicen algunos párrafos de la tal marquesa. Has tomado esa carta demasiado en serio, ¿no? Una carta que no te escribió a ti. ¡Es absurdo! —dice, tratando de contener la furia que despierta un sentimiento de impotencia.

—No escribió nada que no haya pensado yo antes, mucho antes de conocerte y de encontrar las palabras de Émilie. ¿Crees que me puedo quedar de brazos cruzados ante los acontecimientos mundiales? ¿Y crees que voy a hacerlo, en todo caso, detrás de un hombre que me guíe y proteja? No puedo. No debo. No se me da la gana —alza la voz, sorprendiendo a una pareja que está observando la fotografía de Charles Darwin, de larga barba blanca y su rostro tan serio.

Gerda se tranquiliza. Cierra los ojos. Continúa:

—Sigo creyendo en que puede existir un mundo mejor, aunque suene utópico. Y mi manera de colaborar para una sociedad más libre e igualitaria es tomando fotos. Cada vez que aprieto el disparador estoy haciendo política —respira para hacer una pausa que cree necesaria. Después toma la mano de Bob, que sigue callado, y la besa —. Pero no me quedo para siempre. Sólo necesito un rato sin ti. Prometo alcanzarte en París para que pasemos mi cumpleaños juntos. Después, ya veremos qué sucede con nosotros. ¿Estás de acuerdo?

—Aunque no esté de acuerdo, ya has tomado la decisión. Jamás has sido una mujer tradicional… ni obediente —contesta, delineando sus cejas tan delgadas con el dedo índice y, enseguida, acariciando ese rostro elegante y femenino. Le gustan las dos arrugas que adornan su frente cuando arquea las cejas.

—Entre otras razones, por eso no me he querido casar contigo. Y no me casaré con nadie hasta que no cambien las estúpidas palabras del código civil francés y, supongo, el de otros países.

—¿Qué palabras? —pregunta Capa, un poco extrañado por el sutil cambio de tema.

—“La esposa debe respetar y obedecer”, sí, obedecer “a su marido”. ¡Parece mentira!

—Esto es lo que me gusta de ti: además de tu inteligencia, tu rebeldía. ¿Crees que si nos casáramos intentaría, siquiera, que me obedecieras? No me conoces. ¿Acaso me imaginas con una mujer que me espere en casa para darme la cena? ¿Que vaya a la sinagoga cada

semana? ¿Qué sea dócil y no tenga opinión propia?

Gerda sonríe. Se levanta y lo invita a hacer lo mismo.

—Vamos por una copa.

—No he contestado tu pregunta: estoy de acuerdo. Te esperaré para celebrar tu cumpleaños. Y tendré que aprender a vivir así, día a día, sin saber si será el último cumpleaños que pasemos juntos, mi caprichosa niña alemana.

Se dirigen a la salida. Pasan, ignorándola, junto a la fotografía de Alice Lidell, la niña en la que se inspiró a Carroll Lewis para escribir *Alicia en el país de las maravillas*. Parece que nunca supo lo que era la felicidad. Su mirada es dura y de una profunda tristeza.

Gerda

Hablo sangre. Grito dolor. Ululo impotencia. Vocifero muerte. Clamo: ¡Paren! ¡Deténganse! Bramo por justicia. Seguir viva es deshonesto. Seguir viva pesa. Cargando las miradas apagadas de tantos que se han ido. Gratuitamente.

Mis manos están enfermas de duelo. Apenas pueden sostener la cámara, en cuyo objetivo he tatuado esta mirada que debe despedirse pronto para, así, sentir consuelo. Mis rodillas me culpan de su debilidad. Mi cuello ya no puede erguirse. Ha perdido firmeza. Mis sueños trastabillan. Mis músculos, corazón incluido, se debilitan.

Tiemblo.

La muerte llega a cortar el tiempo de tajo. A su paso deja un *nuncajamás* contundente que no admite negociación alguna. No hay manera de regresar los dolores sufridos. No hay lugar donde devolverlos para que ya no me hagan daño. Imposible pedirle ofertas a la vida en temporada alta; y la guerra es temporada alta.

Una niña, en blanco y negro, de pie en medio de la polvareda que acaban de dejar los bombardeos, me da la espalda. Está sola. Petrificada. No logra moverse a pesar de haber salido ilesa. A sus pies, escombros. De un lado y del otro, escombros. Cuerpos masacrados que alguna vez respiraron. Y sonrieron. Y amaron. Y cantaron canciones de cuna. Y acurrucaron miedos, triunfos, certezas. Más allá, de un cráter que ha dejado una bomba, logro ver que se asoma un gato. Sí, sigiloso, sale un pequeño gato color gris. No parece asustado, pero supongo que está hambriento. Yo tengo hambre. ¿La niña habrá comido algo?

El cielo llora de pronto, interrumpiendo el camino de una columna de humo que se levanta desde una casa todavía en llamas. La pequeña se da la vuelta, tal vez buscando un lugar donde guarecerse de la lluvia que arrecia, y me ve tomándole una fotografía. Dejo de apretar el disparador. No puedo sostener su mirada.

Vomito. Expulso con fuerza lo poco que cargaba mi estómago. Cuando me incorporo, ella ya no está. Ni sus pasos. Ni sus tobillos inseguros. Ni sus cejas cubiertas de tierra. Ni sus preguntas.

Ni el gato.

Cubro la cámara con mi cuerpo para que no se moje. De mi cabello comienzan a resbalar gotas hacia mi rostro. De mis ojos comienzan a

resbalar gotas hacia las mejillas. ¿En qué batalla dejé el último de mis sueños? ¿Acaso estaré, otra vez, estancada en la espiral de mis pesadillas?

Escucho el sonido de la aviación enemiga. Se acercan esos biplanos con metralletas, que vuelan tan bajo. Me he vuelto experta en reconocer a los aviones de la Luftwaffe por el ruido de sus motores. Debo correr a buscar refugio. ¡Corre!, me grito. Pero no atino a moverme. Estoy petrificada, como la chiquilla de hace rato. Detenida en el tiempo. Sin razones para ir a ningún lado.

El ataque no llega. Me dejo caer. Sobre el suelo, ya lodoso, abrazo mis piernas, recargo la cabeza sobre mis rodillas. Apago mi mirada. Sigo llorando un buen rato. Quisiera escuchar una voz. O un maullido.

Escampa. De pronto, escampa. Abro los ojos y la veo: primero sus pies, pequeños, frente a los míos. Rodillas. Falda de escuela. Un suéter roto. Y una mano tendida. La niña en blanco y negro me tiende la mano. Me ayuda a incorporarme, a secar mi cámara. Señala al gato, que bebe agua de un charco. Sonríe y desde todos sus dientes, desde su mirada herida, me dice que debo seguir tomando fotografías.

Último acto: Lunéville, septiembre de 1749

No existe nada después de la muerte, la muerte misma no es nada.

SÉNECA

La marquesa Du Châtelet y François-Marie Arouet, conocido como Voltaire, llegaron hace un mes a la corte que Stanislas Leczinski, el destronado rey de Polonia, tiene en la región de Lorena. Ese viejo robusto y bonachón ha sido aceptado y más que bienvenido en Francia. ¡Claro!, su hija, Marie Leczinska es la esposa del rey galo.

El polaco, que se distingue por su amabilidad y su carácter apacible, siente mucho afecto por la marquesa y una gran admiración hacia el filósofo; siempre los recibe con alegría. Es un hombre tolerante, que se define como un cristiano sin fanatismos, amante de la cultura, protector de los desfavorecidos y enemigo feroz de los rusos, que ya dos veces le arrancaron su corona.

En esta ocasión decidió convocar a la exquisita pareja para que la mujer diera a luz en su propiedad, mucho más lujosa que Cirey, y para disfrutar de la compañía e interesante plática del escritor. La invitación fue enviada a través de las manos del padre Menou, un amable jesuita, capellán real: muestra de la importancia que le dio al evento. En el fondo, el rey tal vez se sentía culpable. Ahí mismo se había desarrollado el encuentro entre la *divine Émilie* y el marqués de Saint-Lambert, algún tiempo atrás. Ahí mismo se enamoraron. Y como el polaco sabe de qué se trata la vida, adivinó sin problemas que el hijo que esperaba su querida amiga tenía que ser producto de esa relación sin salida.

Tampoco puede ignorar que el marqués de Saint-Lambert sedujo a Émilie con el único propósito de encelar a la marquesa Catherine de Boufflers, su propia amante desde que murió la reina, y amante de algunos otros, bien lo sabe el rey, pero a su avanzada edad prefiere hacerse el ciego. Ojalá el deseo envejeciera a la par que el cuerpo, piensa.

¡Desafortunada marquesa Du Châtelet!, exclama Stanislas hablando solo, mientras despacha la correspondencia de la semana. Es obvio que Saint-Lambert no la quiere, sigue enamorado de la Boufflers, y cuánta razón tiene: es una mujer más joven y con un cuerpo delicioso que él mismo adoraba disfrutar. Ahora se conforma con recorrerlo desde sus pequeños ojos azules, que todavía conservan algo de lascivia.

Por madame Du Châtelet también llegó a sentir atracción la primera vez que la vio, pero enseguida desechó el deseo sexual: prefirió seguir admirando su notable inteligencia y, además, le pareció prudente respetar a la elegida por un hombre tan laureado como Voltaire. El rey sigue firmando su correspondencia mientras piensa, sobre todo, en la gracia con la que Émilie extiende su mano para que los hombres la besen, sus ojos verde oscuro que brillan más durante las conversaciones sobre ciencia y esos bucles con los que peina su largo cabello castaño. Tiene un aire en común con quien fue su consorte, la fallecida reina Opalinska.

Aunque todos están al tanto de la relación de dos décadas entre el escritor y la marquesa, los instalaron en apartamentos distintos; eso sí: unidos por una escalera secreta. Hay que guardar las formas, es cierto, decide el polaco, pero como él mismo ha gozado de los favores de varias amantes, sobre todo en su juventud, comprende la necesidad de tener un discreto acceso hacia la amada a cualquier hora del día. ¡Si se enterara de que ya no son los "filósofos voluptuosos" de cuando los conoció! El tiempo, es cierto, todo lo desmantela.

Los apartamentos de Émilie son estupendos y cuentan con una plácida vista a las cascadas y al largo canal en el que, en las tardes de clima cálido, pueden pasear en barcas. Es evidente: hasta antes de su muerte le pertenecieron a la reina, y ella adoraba observar, desde su escritorio colocado en la gran ventana, a sus cisnes nadando. La habitación del autor es más sencilla, pero con todas las comodidades esenciales. Detrás del conjunto de columnas blancas de su terraza, goza con la vista al bosque que rodea al castillo y que se utiliza como coto de caza.

El marqués de Saint-Lambert, sin embargo, no está hospedado en el palacio. Si bien es recibido cuando llega, porque conserva su título de gran maestro del guardarropa imperial, no tiene habitación propia en Lunéville.

La estancia en la soberanía de la Lorena transcurre de manera apacible. Émilie no deja de trabajar con su acostumbrada disciplina; es infatigable. Cada hora, un doméstico le ofrece una variedad de jugos azucarados, amargos y agridulces o una copa de vino de la Mosela. A medio día, aunque ella no lo ordene, le llevan un par de huevos duros y un poco de caldo desgrasado, siempre en la misma taza con tapa de plata; Stanislas quiere que se sienta atendida y, sobre todo, que se alimente bien para que la criatura que lleva en el vientre no tenga ningún tipo de padecimientos. Mientras tanto, el rey polaco lleva al filósofo a recorrer sus dominios en la carroza de seis caballos que utiliza para ocasiones especiales: el colegio de medicina que fundó, la biblioteca pública que inauguró para el bienestar del pueblo, el magnífico edificio que alberga la Sociedad de Ciencias y Letras. Le

gusta sentirse útil y hacer el bien entre la gente que lo rodea.

Por las tardes, cuando el sol ha bajado un poco, recorren las orillas de un delgado pero caudaloso río, hablando sobre religión y política. Voltaire extraña a su amante, madame Denis, pero sabe que su lugar, en estos momentos, es al lado de la sublime Émilie.

La noche del 3 al 4 de septiembre, madame Du Châtelet está en su estudio, escribiendo sus comentarios sobre Newton con una prisa inusitada. Lleva varios meses en su labor, en su gran obra. No se ha sentido bien últimamente, le duelen los riñones, la cabeza, y se ha hinchado más que en sus embarazos anteriores, pero de pronto se halla mucho peor. Al principio se asusta; no entiende lo que pasa. No logra adivinar lo que su cuerpo le está dictando. "Tengo una aflicción y una desazón que me asustarían si creyera en los presentimientos", le confiesa a la marquesa de Boufflers. Ella, sólo de advertir su mirada, sabe que se está poniendo de parto. Es cierto, admite Émilie, al darse cuenta de que el origen de su malestar es simple: Catherine tiene razón, va a dar a luz. "Ojalá que mi alumbramiento no sea tan funesto como me temo", alcanza a decirle a su amiga antes de que ésta salga corriendo a buscar ayuda. La partera apenas llega a tiempo, sudorosa y con la respiración entrecortada de haber corrido, atravesando las distintas alas del castillo. Sin mayor tardanza, casi sin darse cuenta, Émilie trae al mundo a una pequeña. Todo pasó tan rápido que, mientras alguien va por una manta para envolver a la bebé, la comadrona la coloca sobre un libro de geometría. Un rato después, la llevan a la parroquia del castillo para bautizarla, y horas más tarde se la entregan a una nodriza.

Émilie está muy cansada y, sin embargo, quiere apresurar su recuperación para volver a la mesa de trabajo. Al día siguiente comienza con fiebre y una gran debilidad. Pide, con una sed que nunca había sentido antes, un vaso de horchata de almendras. Muy fría. El médico del rey Stanislas, el doctor Regnault, no le da importancia: es la fiebre normal de la lactancia, afirma despreocupado, y le ordena tomar los remedios tradicionales para ese malestar. Pero su situación se agrava. Los dolores de cabeza han aumentado; se han hecho insoportables.

Monsieur Du Châtelet, que arribó unos días antes para estar en el palacio en el momento del parto, pide que llamen a los médicos más reconocidos de Nancy. El rostro de dolor de su esposa lo angustia. La mirada de angustia de su esposa lo horroriza. Los medicamentos que le administran la hacen sentir mejor… sólo durante dos días. La científica aprovecha ese bienestar pasajero para ponerle punto final a su libro, firmarlo y enviar el manuscrito al abad Sallier, conservador de la biblioteca del rey francés. También para escribir la carta. Sí: *esa* carta. La que tanto tiempo llevaba pensando. Debajo de la fecha,

comienza, con su letra perfecta, en renglones que van desvaneciéndose cuando llegan al extremo derecho de la página:

Chère Mlle. G. P.:

Los lazos de amistad entre dos mujeres que no se conforman con seguir un papel previamente asignado en este gran teatro que es el mundo me obligan a escribirle pues, además, sé bien que la vida me abandona…

En cuanto termina y estampa su firma, luchando contra el cansancio, redacta varias cartas más en papeles de distintas texturas, que le entrega de manera confidencial al secretario de Voltaire, monsieur Longchamp, para que las haga llegar, en caso de fallecimiento, a las direcciones indicadas. También le ruega que si llega a morir, de inmediato le quite el anillo-portarretratos que trae puesto, el de cornalina, —sí, el que perteneció a la madre de su esposo, el de la casa de Chastellet—, ya que contiene una miniatura con el rostro de su joven amante. Monsieur Du Châtelet no debe verlo por ningún motivo, le indica. De ser posible, Voltaire tampoco.

El día que sigue a un nacimiento debería ser de gozo. Tranquilo. El clima tendría que acariciar a la recién nacida con un aliento de confianza y ternura. Los muros del palacio deberían conservar, durante un buen rato, las conversaciones festivas en torno a la madre y a la niña. Al milagro de un par de ojos que pronto se abrirán para comenzar a adivinar de qué se trata esto de estar viva.

Sin embargo, el 10 de septiembre, Gabrielle Émilie despierta asustada e intenta dar un grito para que alguien venga a auxiliarla. Su voz es apenas audible. Está aterrorizada: sabe que la vida se le escapa y no puede hacer nada. Tiembla. Se siente tan débil. Alucina: ve entrar a su amado Saint-Lambert, que le sonríe desde la puerta. Al llegar a su lado, se arrodilla al lado de la cama para susurrarle algo al oído: ¡Horror! El hombre habla con la voz de Voltaire, con las palabras de Voltaire, de los temas que a Voltaire le apasionan. Intenta gritar otra vez, confundida, pero una serie de estertores y convulsiones la paralizan. No logra respirar; se ahoga. Un escalofrío se instala en su nuca, estremeciéndola. Trata de hacerse escuchar una vez más y, sin embargo, nadie la oye en el palacio. Las sábanas están mojadas de sudor, empapadas de miedo. Cuando entra una sirvienta, llevándole la bandeja con el desayuno, y nota la palidez de la mujer y sus quejas, corre a pedir ayuda. Un lacayo llega apresurado, con un frasco de vinagre para revivirla. A lo mejor habría que sangrarle, dice la doméstica. Sin tardanza, aparece el doctor; el escándalo lo ha alarmado.

Ahora, en la habitación de madame Du Châtelet sólo está el médico. Ha ordenado que ninguno de los hombres entre. Permanecen sentados,

en el pasillo, sobre unas incómodas sillas de madera. Esperando con la ansiedad con la que se espera una noticia que adivinan funesta. Una vieja ama de llaves cuida la puerta como cancerbero. Pero cuando el doctor grita, aunque nadie entiende qué ha dicho, el marqués de Châtelet, Voltaire y Saint-Lambert se incorporan. El joven militar trata de caminar hacia la puerta que lo separa de la madre de su hija, a quien no se ha atrevido a conocer; Voltaire se interpone. Mira al esposo de la marquesa y otra vez voltea a ver al joven oficial, afirmando:

—Lo siento, *monsieur le capitain*, Si alguno de los tres entra, es él quien debe hacerlo primero.

Pone la mano sobre su hombro y lo obliga, con suavidad, a sentarse. El marqués, en cambio, va de un lado a otro del corredor, con pasos titubeantes, temerosos. Está muy pálido. Por fin se decide y toca la puerta con el puño, primero con tibieza y después, tan sólo unos segundos después, con desesperación.

—*Monsieur le docteur*… —dice—, *monsieur le docteur, je vous*…

—¡Cierre! —se escucha la voz del señor doctor. La pobre sirvienta que había abierto se queda inmóvil; apenas tiene fuerza en su brazo izquierdo. En el derecho lleva un par de trapos sucios. Trata de cerrar la puerta, pero el esposo de Émilie adelanta un pie, impidiendo que el grueso tablón de madera se mueva. El hombre se queda ahí, sin retroceder, sin avanzar.

Entonces, Voltaire se decide. Tienen que entrar. Su lugar, el de los tres, está al lado de la mujer. *Ma sublime lady Newton*, imagina el escritor. *C'est ma faute*, piensa el militar, atormentado por el remordimiento. *Ma femme, ma jolie et tetue Émilie*, murmura el marido.

Si cupieran por la puerta, entrarían al mismo tiempo. Enseguida, en la habitación, caminarían lentamente hacia el lecho y tratarían, sin empujar, sin violencia, de ser el primero en tomar su mano, sí, tengo que ser el primero. Quiero que vea mis ojos y, en ellos, su ausencia. Puede morir Dios, pero no debe morir ella.

Voltaire, con un ademán brusco, sienta al oficial, que comenzaba a levantarse otra vez, empuja al marqués y al ama de llaves hacia el pasillo, y abre la puerta con fuerza. La sirvienta deja caer los trapos y mira al doctor como diciendo: no he podido evitarlo.

El filósofo llega tan rápido al lado de su Émilie, de apenas cuarenta y dos años, que no se fija en el peculiar olor que inunda la habitación: a una vida que se apaga. Besa los párpados cerrados y su tibieza.

—¿Está dormida? —pregunta, temiendo escuchar la respuesta.

—Está muerta —responde el médico.

—¿Dormida? —inquiere una vez más.

—Lo lamento, está muerta.

El doctor se dirige al esposo de la difunta y le susurra algo al oído.

Alguna explicación médica, o un “hice todo lo que estuvo en mis manos”. Voltaire comienza a golpear los muebles, a quejarse lastimosamente, y sin darse cuenta pisa al marqués, que ahora está en el suelo, desvanecido. El viejo rey Stanislas, que acaba de aparecer, sólo observa la escena desde la puerta. No puede dar un paso. No se atreve.

El escritor regresa al lecho de su amada. Cuando ve al militar acercarse, temeroso y con pasos lentos, le grita: “Usted me la mató. ¡*Eh, Mon Dieu, Monsieur*, qué necesidad de hacerle un hijo!” Después acaricia los cabellos de ese cuerpo sin alma, pasa las yemas de los dedos por las mejillas lívidas y, sin prisa, se mete entre las sábanas manchadas. Busca el calor que todavía despide Émilie y la abraza. Aspira su aroma. Besa su mejilla pálida. Acaricia sus cejas. Con un dedo, dibuja la forma de sus labios y el contorno de su nariz. Recarga su cabeza en el hombro femenino, tan delicado, y sigue abrazándola. Cierra los ojos y la abraza con fuerza. No va a soltarla nunca. Nunca. La abrazará hasta que no quede de ella más nada.

Huesos, polvo,
tal vez la sombra de su perfume, y fuego.
El rastro de Dios.

Último acto: Brunete, España, julio de 1937

Lo que hay de trágico en la muerte es que transforma la vida en destino.

ANDRÉ MALRAUX

Dos meses antes, en mayo, Gerda había tomado una foto de un cadáver en la morgue de Valencia. Varias, de hecho, pero esta era la que más le había impresionado: apenas cubierto por una sábana, se puede ver un rostro ensangrentado, unas delgadas piernas infantiles que salen de sus pantalones cortos y una mano ya lacia, junto a la que se encuentra el papel con su identificación: nombre, lugar del fallecimiento, causa. ¿Causa? La Guerra Civil española, la necedad del fascismo de apropiarse de un país sin importar las consecuencias y sin expresar más opinión que la fuerza salvaje. Como escribió Voltaire hace muchos años: "El poder piensa que tiene el derecho de atormentar a los hombres por sus creencias". Esto no es una guerra civil, dijo Taro, es una guerra contra los civiles, contra la libertad, contra la democracia, contra los derechos elementales de los seres humanos. ¡Qué va! Ni siquiera es una guerra, es una masacre, un crimen asqueroso que está acabando con lo mejor del pueblo español.

No entiende la tibia postura de los países europeos, su absurda decisión de no intervenir. ¿Tal vez para no correr más riesgos con la Alemania de Hitler, que no es ya mi Alemania? Menos aún comprende el rechazo del Frente Popular Francés de apoyar a la República Española. La ayuda de la URSS, víveres y algunas armas, es insuficiente: todos lo saben. Al escritor George Orwell, por ejemplo, que fue a combatir a favor del régimen electo, le tocó un fusil que hubiera estado mejor en un museo: un máuser alemán de 1896.

El mundo ha dejado aislada a España, esa nación que Gerda aprendió a querer en tan poco tiempo. En cambio, Alemania e Italia sí sostienen abiertamente a los nacionalistas. Italia ha enviado tanques, aviones y voluntarios. Alemania, su temible aviación que bombardea ciudades y pueblos, aterrorizando y asesinando a la población civil. Las escenas que la joven mujer ha visto y fotografiado podrían pertenecer al peor de los infiernos. ¿Cómo es posible que Francisco Franco se haya aliado con Hitler y Mussolini para destruir a su propio país?

La gente que cree en un dios participante del destino de los hombres, ¿cómo puede seguir creyendo, al ver esto? Dios no se fue de viaje, concluye, dios se ha ido para siempre. Entonces piensa en Lou

Andreas-Salomé, esa mujer admirable que pelea sin cansarse para trascender las convenciones y que es una lúcida observadora de la condición humana. Ante el espanto que vivió durante la Gran Guerra, dijo: “La guerra sí es la hora sin Dios”.

Sin embargo, dentro del horror de los combates hay una cuota de bondad y esperanza. Hay quienes, como Gerda, continúan creyendo que se puede construir una mejor historia. Desde el verano de 1936 se han estado formando las brigadas internacionales, con voluntarios de países como Francia, Bélgica, Estados Unidos, Canadá, Yugoslavia, Hungría y la misma Alemania. Miles de jóvenes que, llenos de energía, quieren mostrar su solidaridad y unirse a la lucha contra el fascismo. Ruth Cerf, su amiga, llegó a España, después de un rápido entrenamiento en primeros auxilios, a servir como enfermera. También el ex novio de Gerda, Georg Kuritzkes, aterrizó en Barcelona, en enero del 37, junto con un grupo de médicos voluntarios. Lo convenció Taro (ya lo hemos presenciado).

París se ha convertido en el lugar estratégico desde donde se coordina y recluta a los voluntarios. El comunista yugoslavo Josip Broz ha llegado a la capital francesa para organizar a los jóvenes que vienen de Europa del Este.

La alemana sigue atenazando la certeza de que una foto puede, si no cambiar al mundo, al menos sensibilizar a los que lo habitan. Lo sabe: la carta de Émilie contribuyó para que modificara su manera de ver la vida. Sin esa carta, tal vez se hubiera conformado con seguir siendo la agente de Bob, aconsejándolo y vendiendo sus fotos al mejor postor. Recuerda que si aceptó las primeras lecciones de su novio, fue porque con una credencial de prensa tendría asegurado un permiso legal de estancia y de trabajo en Francia. “Si dices que eres fotorreportera, puedes hacer lo que quieras”, le repetían algunos de sus compañeros inmigrantes, que vivían con miedo de ser deportados en cualquier momento. Sabe que llegó a convertirse en fotógrafa por casualidad, aunque al darse cuenta del poder de la imagen, de lo que podría conseguir con su querida Rolleiflex en sus manos, frente a su mirada, encontró su verdadero camino.

A partir del 18 de febrero del año anterior, día en que el general Franco (ese imbécil carnicero, como le decía Gerda) lanzó sus tropas desde Marruecos para acabar con la República Española, el mundo entero tiene sus ojos puestos en España. La ciudad de Madrid lleva demasiado tiempo asediada. Los bombardeos la destrozan. La han aislado para matarla de hambre. De sed. De lo que se pueda, pero la quieren muerta, inutilizada, vencida para después apoderarse de ella. En la radio se escucha la voz del general fascista: “Los planes de resistencia de Madrid me hacen reír. Llegaremos tan pronto podamos, aplastando cualquier ridículo intento de resistencia”.

Algunos sobrevivientes se refugian en las estaciones del metro, con la mirada vacía, buscando olvidar que acaban de perder a sus familiares. Abuelos, hijos, hermanos yacen, sin vida, bajo los escombros de lo que hasta hace poco era una tienda, un banco, un edificio de apartamentos. A veces se ven largas filas de mujeres frente a los mercados, esperanzadas en conseguir algo de comer, y filas más cortas en los centros para donar sangre.

Mientras siguen los combates y los madrileños cuelgan letreros, de un lado al otro de la calle, en los que se lee: "No pasarán. Madrid será la tumba del fascismo", algunos intelectuales se reúnen en la cava del restaurante Gran Vía, muy protegida pues se encuentra en un sótano. Gerda, esa delgada rubia de apenas un metro cincuenta de estatura, está cantando con un fuerte acento alemán, que se ha dispuesto a vencer: "Madrid qué bien resistes, mamita mía, los bombardeos". Le aplauden y le piden que, ahora, entone *¡Ay Carmela!*, pero después de dos estrofas que además ha confundido, decide regresar a su mesa.

Contra ataques muy rabiosos,
Contra ataques muy rabiosos,
Deberemos resistir, deberemos resistir,
¡Ay, Carmela, ay Carmela!

Alberti, Malraux, Tzara y Neruda brindan con ella. Sin decirlo, brindan por ella y por la osadía que se le adivina en su sonrisa fresca. Es una mujer a la que todos admiran. Está mucho más delgada que antes, y sin embargo, conserva ese aire sensual, la mirada indolente. Apenas maquillada, destacan sus labios de un rojo profundo. También llama la atención el revólver que desde hace un mes trae en la cintura y nunca se quita aunque, hasta ahora, no lo ha utilizado. Afortunadamente no ha sido necesario.

Rafael Alberti saca su libreta, de la que jamás se separa, y anota, admirando su perfil: "Leo en sus ojos el alborozo del peligro, la sonrisa de la juventud inmortal, dinámica, valiente, tal vez inconsciente, pero en cualquier caso decidida e irresistible".

Los comensales han rebajado el vino con agua; no hay suficiente para todos. ¿Mañana? Quién sabe. Alexis Tolstoi pregunta por Bob, por ese húngaro que a todos hace reír con sus bromas, aun en las peores circunstancias; que siempre está dispuesto para ayudar a los otros.

—Está en París, preparando un viaje a China con no sé qué cineasta. Además, logró que también la revista *Life* aceptara enviarlo a Asia. Pero pronto lo alcanzaré. Le prometí pasar mi cumpleaños con él —explica.

—¿Cuándo cumples? —pregunta uno.

—¿Cuántos cumples? —pregunta otro.

—El primero de agosto. Veintisiete años —contesta, remojando un trozo de pan en su vino. El poco chorizo que quedaba se acabó hace un rato.

—Vamos… agosto —dice una mesera que ha escuchado la respuesta —. Es un buen mes para nacer. ¿Quiere que le lea la mano, niña?

—No, muchas gracias. No creo en esas cosas —responde desde su mirada con brillos de malicia.

—En tierra de gitanos, no puedes andar con una mente tan científica —replica Tzara—. Tu Bob tiene alma de tzigane, ya deberías estar acostumbrada. Recuerda que nada es lo que parece. Hasta en tus manos cabe la escritura automática de algún dios juguetón y distraído.

—Ande, mi mocita. Que no os pasará ná.

Pero cuando Gerda cede y le muestra la palma de su mano izquierda, la mujer vestida de negro, con un delantal sucio cubriéndole el duelo, cierra los ojos, hace un discreto gesto de angustia, le suelta la mano y se retira murmurando cualquier excusa, como que debe atender a las otras mesas. Todos se miran y ríen. Todos, excepto Gerda. En segundo plano se escucha la radio: la voz de Augusto Fernández anunciando la más reciente victoria de los republicanos, en Guadalajara, contra las tropas enviadas por Mussolini. Hay un optimismo inseguro y volátil. La superioridad aérea de los fascistas es un factor que no debe ignorarse.

Unos días después, vestida con unos gruesos pantalones de hombre que le quedan grandes, una boina oscura, sus eternas alpargatas y su arma en la cintura, la joven fotorreportera está en la línea de fuego. Es la tercera ocasión en la semana. Brunete, que había sido recuperada por los republicanos, otra vez fue tomada por los franquistas. No quiere regresar a Francia sin unas buenas fotos de acción y está segura que esta nueva batalla le dará la oportunidad perfecta. También sabe que la situación es cada día más grave: se habla de un triunfo inminente de las tropas de Franco. Su sueño, retratar una espectacular victoria republicana, ¿será imposible? No quiere perder la esperanza. No debe.

El día anterior consiguió un coche con chofer para que la llevara, lo más cerca posible, al lugar del combate. También le habló a Ted Allan, el brigadista canadiense que trabaja en la unidad de transfusión sanguínea y que sueña con ser escritor. Sabe que la va a acompañar, a pesar de los riesgos, por dos razones básicas. Bob le encargó a su mujer: “La dejo a tu cuidado”, le dijo, antes de irse. Y, además, Ted está enamorado de ella. No ha podido resistirse a la personalidad y encanto de Gerda. No ha querido oponerse a sus coqueteos ligeros y alegres. Aún peor: su inocencia lo lleva a soñar que se casarán y, terminando la guerra, vivirán juntos en la calma de Montreal, en un

país cuyos dones son la naturaleza y la tranquilidad.

Salen muy temprano. Quieren estar de vuelta en la capital española, pues en la Casa de la Alianza se prepara una pequeña fiesta de despedida para la alemana. Gerda consiguió tres botellas de champagne en el mercado negro y se siente muy orgullosa de ellas.

Ahora, en este momento preciso, Taro camina sobre la carretera que une Brunete a Madrid, con dos cámaras nuevas entre las manos; una ligera Leica y una pesada Eyemo, de cine, que Capa le dejó. Manos finas y muy blancas de una mujer que jamás ha tirado con un arma; pero, eso sí, ha apretado el disparador del aparato fotográfico tantas veces y de tal manera, que sus reportajes han sido publicados, en varias ocasiones, en revistas y periódicos franceses, alemanes e ingleses. Algunas veces, incluso, ha conseguido la portada.

Hoy nadie canta. Nadie se ofrece a leer su futuro. Se escucha el ruido, al que no es posible acostumbrarse, de los Stuka y los Heinker alemanes, de la famosa Legión Cóndor, bombardeando y ametrallando a las tropas republicanas que intentan retirarse. Hace un calor satánico: más de cuarenta grados centígrados. Los camiones en llamas y los olivos incendiados, al lado de la carretera, no ayudan a refrescar el ambiente. La guerra es un asco y dios, en caso de existir, es un horror, piensa Gerda, pero si está ahí es porque sigue convencida de que con su fotografía podrá cambiar algo, influir al menos en que la gente, el mundo, conozca los crímenes de Franco. Por eso sus tomas son más crudas que las de Capa: retrata cadáveres con mayor frecuencia, sobre todo de mujeres y niños, para mostrar —¿y demostrar? — lo más profundo de la crueldad del ser humano. Pertenece al grupo de personas que no se conforman con recorrer la vida sin modificarla, que no pueden quedarse estáticas ante las injusticias, ante el dolor y la impotencia. Y por si fuera poco, está la carta. La carta… ¿y si no la hubiera encontrado?

Gerda es íntegra, mujer de una pieza, congruente. No posee nada más que su cámara y el tesoro de sus negativos; también algunos libros. Anda los caminos sin ningún peso a cuestas, sin residencia fija, sin cariños que la atrapen y le roben su independencia. Es inasible. Por eso, cuando Bob le propuso matrimonio, dijo que no. Un no rotundo y seguro de sí mismo. Perteneciendo a muchos hombres, no sería propiedad de ninguno.

Taro está en una trinchera poco profunda al lado de Ted Allan, casi muslo con muslo; aunque el brigadista es muy joven, con él se siente segura. El ruido de los obuses es cada minuto más estremecedor. Saben que el asalto franquista es inevitable y, sin embargo, ahí siguen, escondidos en un hoyo… hasta que comienza la desbandada de republicanos. Todos huyen, apresurados, a donde pueden. El general Walter grita en cuatro idiomas: ¡Márchense, márchense! Sabe que en

dos minutos más, ese lugar se convertirá en un infierno. Así que no les queda más que correr. Hacia allá, hacia esa zona que parece más tranquila. En su huida, tropiezan con cuerpos de combatientes destrozados por las granadas. Hay muertos y heridos casi a cada paso. Y mucha sangre, todavía fresca, bañando la tierra española. El lodo cambia de color al hacer contacto con el fluido rojo.

En un campo de trigo cercano, un burro que se ha atorado entre la maleza rebuzna enloquecido. En el cuello todavía tiene la cuerda con la que su dueño solía jalarlo, de un pueblo al siguiente, vendiendo hortalizas. Ahora ya no existe el dueño, ni los sembradíos de cebolla, espinaca y col, ni los pueblos donde las ofrecía.

Los ruidos de la metralla y de las bombas al caer no cesan. Allan y Taro se refugian en un talud, tratando de protegerse. Gerda sabe conservar la calma y no deja de tomar fotografías a pesar de los gritos de Ted. Rebobina. Cambia de rollo.

—¡Estás loca! —le grita—. Recuerda lo que pasó en Segovia cuando una bala le dio al trípode de tu cámara y otra por poco te mata. No te acerques más, te lo ruego.

—Mejor un balazo en la cámara que en mi corazón —responde. Después, como en un rezo, repite en voz baja las palabras de Capa, "más cerca, siempre más cerca" y sigue accionando el disparador. Allan está sorprendido —y asustado— por la audacia irracional de esta mujer. Se pone en demasiado peligro, como siempre. Sabe que su amiga no sólo es valiente, sino solidaria: no se permite ver la amenaza desde lejos, se arriesga igual que los soldados. Si salimos vivos de ésta, será un milagro, piensa el canadiense.

El disparador se acciona ante la presión segura del dedo de Gerda: en los negativos van quedando tomas de la aviación enemiga, el humo, la tierra que sale despedida cuando cae una bomba, los milicianos, con rostros de pánico y desesperación, abandonando las trincheras, corriendo para ponerse a salvo. Ni siquiera vale la pena intentar la defensa.

De pronto, el ataque cesa. Esperan unos segundos. Ted respira aliviado, se levanta y le tiende la mano. Gerda no puede dársela, pues sus cámaras le estorban más de lo que quisiera. Apresurados, dejan su refugio y se dirigen a un camino de terracería. Debemos regresar a Madrid, dicen ambos en voz alta, cuando pasa, muy despacio, un enorme carro lleno de heridos. Ted y Gerda se suben a los estribos, cada uno de un lado. La mujer le da sus cámaras a una enfermera que le extiende la mano desde adentro y saluda a los heridos. Al menos, Allan y Taro no tendrán que seguir caminando; las alpargatas están enlodadas y casi deshechas. El rostro de ella luce extraño, cubierto por una leve capa de tierra y polvo que no deja ver sus ya de por sí delgadísimas cejas. Sus labios se abren, mostrando esos dientes tan

blancos: está sonriendo. Sonríe, pues sabe que muy pronto podrá ver a Capa en París y abrazarlo, abrazarlo mucho tiempo, tal vez sobre el Pont Neuf, con un río Sena deslizándose bajo la pareja, majestuoso y tranquilo. Necesita un beso que le quite ese olor a muerte y a desesperanza. Ya después decidirá si lo mejor es quedarse a su lado. Sonríe, también, pues está segura de que hoy ha tomado las mejores fotos de su vida. Le urge revelarlas.

Entonces, como enviado por un dios cruel que desea vengarse de quienes no creen en él con fervor desinteresado, comienza otro ataque aéreo y el conductor de un tanque blindado se pone muy nervioso, desviando su camino y saliendo de la nada, apareciendo detrás de un montículo. El chofer del vehículo en el que va Gerda se asusta y reacciona moviendo el volante de manera brusca, tan brusca que la mujer y Ted salen despedidos. Caen, como en cámara lenta, sobre el camino de terracería blanda. Allan trata de levantarse, pero una herida en la pierna se lo impide. Ahí, tirado, sin poder hacer nada, escucha un aterrador grito femenino. El tanque, con sus quién sabe cuántas toneladas, pasa por encima de Gerda, reventándole el vientre.

Entre el chofer y la enfermera suben a los heridos al vehículo. No pueden creer que la mujer siga viva. No sólo viva: durante el largo camino, es ella quien contiene sus vísceras, apretándose el abdomen con las manos.

Como no hay ningún hospital móvil cerca (ni de los que funcionan en un vagón de tren ni en un camión), la llevan a El Goloso, un nosocomio inglés en El Escorial, instalado en un edificio que antes sirvió como escuela jesuita. Taro llega todavía consciente y le pide a una enfermera que le mande un cable a Aragón, su editor, y otro a Capa. Es urgente, susurra.

Puede morir dios pero no debe morir ella, piensa Allan cuando se entera de la gravedad de su estado. No le permiten verla. Gerda no tiene dolor, pues le han inyectado morfina. Aunque siente un pesado sueño, se niega a quedarse dormida. Pero no logra ganar la lucha contra esa fuerte droga. Antes de caer inconsciente, cuando la iban a operar para tratar de salvarla, sólo logra decir: "¿Mis cámaras están rotas? Son nuevas. ¿Están aquí, conmigo? ¿Y la foto de la carta, la carta de Émilie? Debo recuperarla". Con un gesto de la mano pide un cigarro, lo muerde con coraje y alcanza a darle tres largas caladas. Después… se convierte en la portada de *Ce Soir*:

Nuestra fotorreportera,
la señorita TARO,
HA SIDO ASESINADA CERCA DE BRUNETE,
donde estaba cubriendo la batalla.

Así que Gerda Taro, nacida Gerta Pohorylle, no tendrá la oportunidad de saber que más de treinta mil personas fallecieron en la batalla de Brunete. Ni de ver su ataúd en la Alianza de Madrid, rodeado de flores y guardias de honor. Tampoco el convoy que la acompaña desde Valencia hasta la frontera con Francia. Ni a las más de cien personas que esperan su cuerpo en la estación de Austerlitz, ni sus funerales. No podrá observar el inmenso cortejo, presidido por su padre y uno de sus hermanos, que han llegado desde Belgrado y, esperando una sencilla ceremonia de amigos y familia, están muy impresionados por las multitudes y un poco enojados porque se dan cuenta de que están utilizando la muerte de su pequeña Gerta. El cortejo la conduce desde la Casa de Cultura, cuya fachada ha sido cubierta por una enorme tela negra, hasta el cementerio Père Lachaise, donde se lleva a cabo un entierro multitudinario organizado por el Partido Comunista Francés. Más de ochenta mil personas la saludan al pasar o la siguen hasta el panteón, donde será depositada muy cerca del muro de los Federados, símbolo de la revolución de 1871. La tumba, que entregará Giacometti dentro de dos meses, será sencilla: una gran baldosa de piedra sobre la que descansará un halcón, símbolo de la inmortalidad.

La joven alemana tampoco podrá escuchar los discursos, el de Aragón, por ejemplo; menos aun oír el Kaddish de su padre, a quien Ruth sostiene, pues de pronto cree que sus piernas ya no aguantan. ¡Perder a un ser querido nos hace tan débiles! No logrará distinguir entre los asistentes a Soma Kuritzkes o a Pablo Neruda. No verá las dos banderas que decoran su ataúd: la roja, comunista, y la tricolor, de la República Española. No se enterará de que la honran como una camarada caída en combate, luchando por la revolución; ni que la están, de hecho, convirtiendo en mártir. No escuchará la marcha fúnebre de Chopin, que es interpretada una y otra vez.

Eso sí, probablemente —sólo probablemente— pueda sentir los sollozos de Capa, la desesperación de Capa, la zozobra de Capa; su desconsuelo.

Alguien, qué importa quién, obliga al húngaro a alejarse de la ceremonia luctuosa, pues parece a punto de desmayarse. Tal vez también busca protegerlo de la furia de los familiares de Gerda, que lo culpan: ¿cómo pudo haberla dejado sola en medio del peligro que representa cubrir un conflicto armado?

Ya no importa.

Tal vez en algún lugar sin tiempo y sin nombre, una tarde fresca y tranquila, Gerda Taro se entere de que su amante afirmó, hasta el día de su muerte al pisar una mina durante la guerra en Indochina, que ella fue la mujer de su vida.

Ahora… únicamente es huesos.
Polvo,
tal vez la sombra de su aroma,
de sus labios rojos.
Fuego.
¿El rastro de Dios?

San Miguel de Allende, 22 de junio de 2014

Epílogo

Esa mujer ligeramente pasada de peso (siempre a dieta), pero cuyos ojos verdes la salvan de casi cualquier crítica o inseguridad, pone el punto final de su novela en una casa de San Miguel de Allende a la que ha ido a pasar un fin de semana largo, con sus amigos desde la primaria. Amigos que la han marcado de manera afortunada. Viste un amplio caftán rojo (del mismo rojo de los labios de Gerda), que compró en Marruecos. Sí, debe aceptarlo: esos kilos de más le molestan. Por algo siempre usa blusas grandes, sueltas. Y como no es afecta a ejercitarse…

Ahora recarga el mentón sobre sus dedos pulgares mientras sus manos parecen rezarle a ese Dios que se fue de viaje. Muy lejos. ¿Valdrá la pena que regrese, aunque sea de visita? Entonces la mujer que observamos ríe sola: se sorprende a sí misma reflexionando sobre un dios en el que no cree pues ni siquiera es deísta: es simplemente atea. Toma un trago de whisky en las rocas (eterna y relajante compañía) y piensa cómo, sin haberlo planeado, sin que haya sido su objetivo (al menos, consciente), figuras de mujeres distintas, rebeldes, fuertes y libres han estado presentes en todas sus novelas, de una u otra forma. Mujeres que llevan sus relaciones amorosas al límite. Mujeres que eligen parejas con las que se retroalimentan intelectual y políticamente. Luchadoras feroces, implacables. Mujeres apasionadas, amantes del conocimiento. Que no siguen reglas ni respetan imposiciones sociales. Mujeres inquietas en el campo del erotismo y del pensamiento. ¿Acaso ella quiere parecérseles?

La autora, con su caftán marroquí protegiéndola, deja que los recuerdos le lleguen en bandada y desorden. Cómo conoció a Émilie y a Gerda, en qué circunstancias y escenarios. Las razones (que intuye) por las que sus rostros y sus historias la marcaron. Miradas y pasados que no pudo ignorar. ¡Imposible hacerlo! Esa visita, casi obsesiva, al Museo de la Carta, en París, buscando misivas de madame Du Châtelet. Esa urgencia de ver su letra, sus trazos, el color de la tinta, la textura del papel. Y esa emoción al reconocer la carta. Sí: la carta. La fortuna de cargar siempre su teléfono celular, con el que es tan fácil tomar fotografías. Las ventajas de vivir en una era en que la tecnología facilita muchas cosas. Por eso, con la foto de la carta manuscrita (en esa época no podían más que ser escritas a mano) en

su teléfono móvil, ahí va, en el metro, rumbo al cementerio Père Lachaise. Tomó la línea 3, hizo cambio en la Ópera hacia la línea 7, dirección Gallieni, y está a punto de bajarse en la estación que lleva el nombre del famoso panteón. La salida que elige la deja casi a un costado de la entrada principal. La barda de piedra, protectora de los muertos, es larga, podríamos decir que interminable, pero no queremos exagerar. En un puesto de periódicos sobre la calle de la Roquette le venden el mapa donde se distingue la localización de las tumbas de los "habitantes" más conocidos; hay una lista en orden alfabético. Gerda no está. Ni en la g, ni en la t, ni en la p de su apellido original. Vuelve a buscar. Es inútil. Le pregunta a una guardia: no, no la conoce. En cambio, trata de darle instrucciones para llegar a los mausoleos de Óscar Wilde, Edith Piaf o Jim Morrison (el más visitado, tanto, que lo han cercado). Chopin y Balzac también están enterrados aquí, le explica, intentando despertar su interés, y el creador del hachis parmentier, ese famoso platillo hecho con papa, por lo que siempre hay una canasta con papas al lado de… pero la autora de esta novela se niega. Quiere ver, no, no es de querer, necesita ver la tumba de Gerda Taro. Entonces, se acerca un guía. Un francés con aliento a alcohol barato, cuyas piernas (que adivinamos blancas y flacas) son cubiertas por unos pantalones que le quedan demasiado grandes y están demasiado gastados. Y ese guía sí conoce la tumba de mademoiselle Taro. Antes nadie la visitaba, explica, mientras la autora observa su cabello graso, pero a partir de una exposición sobre una maleta mexicana, o algo así, han venido más personas, aunque no muchas, le dice mientras la dirige hacia la división 97, pasando cerca de la placa que conmemora a los asesinados durante la Comuna de París de 1871 y del monumento dedicado a los voluntarios franceses en las Brigadas Internacionales. Cuidado, no se vaya a tropezar, indica. Hay muchos pedruscos sueltos. A la vuelta, en un pasillo de tierra estrecho y algo descuidado (crecen hierbas por aquí y por allá), aparece el sepulcro de Gerda, con su sencilla lápida de piedra y un halcón (a quien la escritora confunde con una paloma) adornándola. Se detiene. Con una seña le pide al guía que mantenga silencio. Desea estar callada y a solas. De hecho, pagándole los euros acordados, se despide del peculiar personaje, dando por terminado su tour. Y entonces, en ese momento, sin testigos ni espías ni miradas que podrían cuestionar la escena, acaricia la tumba; con las yemas de los dedos siente la rugosidad de la piedra, la textura del material frío y contundente. Una maceta de plástico, con una planta seca, descansa al lado de su nombre. La escritora lee la placa apenas colocada en 2008: "Con el fin de que nadie olvide tu lucha incondicional por un mundo mejor". Sus ojos comienzan a llenarse de lágrimas. Un llanto leve, triste, de duelo. Un llanto que no

se explica pero que viene desde muy dentro. Como si en verdad la hubiera conocido, como si hubieran compartido mañanas y tardes en el París de los años treinta. Como si se arrepintiera por no haberse despedido de ella en el último viaje que la alemana hizo hacia España. Entonces, saca su teléfono y observa la carta. Con el dorso de la mano derecha se limpia la lágrima más reciente y comienza a leer en voz alta. Lee la carta dos, tres, cuatro veces, tratando de que su pronunciación en francés sea la adecuada. No quiere que Gerda malinterprete ningún párrafo. La lee nuevamente y llora, dejándose caer al lado de la tumba, sobre un manchón de pasto al que pintan de lila algunas flores mínimas. Una lágrima llega a sus labios. La lengua, aventurándose hacia fuera, degusta lo salado.

La autora piensa en el drama de la intolerancia; en todos aquellos que la sufrieron y en los que la sufren todavía. En quienes fueron y siguen siendo víctimas de la barbarie. Piensa. Y siente. Sigue pensando y sintiendo y llorando un poco. Cuando adivina la presencia de Émilie al inhalar el aroma de su perfume, susurrando, comienza a contarle la vida de Gerda: las escenas más importantes, su muerte temprana e injusta. Recargadas en el sepulcro, comparten el dolor y la sensación de impotencia, hasta que un tímido atardecer se asoma y la mujer del caftán rojo (hoy vestida de minifalda negra), recordándose, sabe que es hora de irse. Antes, se levanta y busca dos guijarros, pequeños, especiales. Sobre la tumba de Gerda, junto a otras piedras que, encimadas, asemejan tres breves torres, cuidadosamente coloca el primer guijarro, gris oscuro, de su parte, y el otro, un poco más claro, de parte de madame Du Châtelet.

Dos piedras, dos mujeres muertas, dos historias.

Una carta fotografiada con una Rolleiflex y, años después, con un teléfono celular.

Una novela.

Vail, Colorado, 8 de julio, 2014

Advertencia

A Madame Du Châtelet la conocí en el año 2006, en una exposición sobre su vida y sus conocimientos científicos, en la Biblioteca Nacional de París. Desde que vi sus manuscritos y leí un poco de su historia, supe que debía escribir sobre ella. De hecho, *Dios se fue de viaje* sería mi segunda novela. Pero mil aventuras se atravesaron en mi camino y fui postergando el encuentro con Émilie y Voltaire, su famoso compañero.

Cuando ya había retomado el texto, siete años después, también en París conocí a Gerda Taro. Su imagen, con su rostro sereno y bellísimo, colgada en el patio del Museo del Arte y la Historia del Judaísmo, me llamaron profundamente la atención. La exposición: La valise mexicaine. *Inmediatamente supe* que Taro y Capa también tendrían que convertirse en mis personajes.

Lo que el lector tiene en sus manos es una novela. Traté de respetar, de la mejor manera que el mundo de ficción me permitió, los hechos históricos. A veces, las contradicciones de acontecimientos y fechas entre las distintas fuentes consultadas me permitieron que yo eligiera la versión que más le convenía a mi historia. En esencia todo lo aquí narrado es real, aunque no debemos ignorar lo que muchos escritores y teóricos de la literatura afirman: la ficción se atreve a mostrarnos lo que la realidad misma ignoraba. Va más allá, mucho más allá…

Post scriptum: los personajes

Aguilar González, Francisco

General, cónsul de México en Vichy. Por alguna extraña razón, la "maleta mexicana", con los negativos de Capa, Chim y Taro ("desaparecidos" desde 1939), acaba en sus manos. Él la lleva a México y la guarda durante mucho tiempo en su casa. En 1993 su hija le ofrece los negativos al productor Ben Tarver. Él, a su vez, intenta contactar a Cornell Capa. Hasta 1997 son recuperados por la fundación Capa. La primera vez que se expusieron fue en 2010 en Nueva York.

Allan, Ted

Judío canadiense, formaba parte de los voluntarios de las brigadas internacionales que llegaron a apoyar a los republicanos. Tenía veinte años cuando conoció a Gerda y, como muchos otros hombres, se enamoró de ella. Cuando regresa a su país, después de la muerte de su amiga, escribe una novela en la que retrata sus experiencias en una España en guerra. En *This Time a Better World*, supuestamente Lisa Kammerer, uno de sus personajes, encarna a Taro. Llega a ser un dramaturgo y guionista reconocido. Nace en 1916 y muere en 1997.

Capa, Cornell

Nacido Kornél Friedmann, era el hermano menor de Robert y también fue fotógrafo y miembro de la agencia Magnum. Se encarga de administrar los derechos de autor y la imagen de su hermano. En Nueva York funda el Centro Internacional de Fotografía en 1974. Muere en el 2008.

Capa, Robert

O Endre Ernö Friedmann. Fotógrafo húngaro nacido en Budapest, en octubre de 1913. Famoso por haber cubierto, como nadie más, la guerra civil española y el desembarco en Normandía, entre otros acontecimientos históricos. Irwin Shaw lo describía como: "Elegante, lánguido y también dandy cuando le apetecía" y Cartier-Bresson como "un aventurero dotado de un extraordinario sentido de la vida". Después de la muerte de Gerda Taro, escribe un libro, *Death in the*

Making, que le dedica así: “Para Gerda Taro, que pasó un año en el frente español y que ahí se quedó”. Ya sin Gerda, seduce y se enamora de muchas mujeres, pero nunca les pide matrimonio. Hasta el final de sus días afirma que Taro fue el gran amor de su vida.

Huye de Europa en 1939, gracias a una visa que le consigue el cónsul chileno, Pablo Neruda. Al partir de París, le deja un tesoro de negativos a Csiki Weisz quien, a su vez, para tratar de protegerlos, los lleva al consulado mexicano. Capa, ya instalado en Nueva York, trabaja para la revista *Life* y funda la agencia Magnum en 1947, junto con su eterno amigo Chim, Cartier-Bresson y otras personas. En realidad era un colectivo de reporteros y el gran mérito estuvo en que, a diferencia de otras agencias, en Magnum los fotógrafos conservaban los derechos sobre sus instantáneas.

Muere en Thai-Binh, Indochina (ahora Vietnam), en 1954, pues al desviarse del sendero buscando un mejor encuadre, pisa una mina. Su muerte fue la mejor prueba de la fidelidad a su famosa frase: “Si tus fotos no son suficientemente buenas, es que no estuviste lo suficientemente cerca”.

Cartier-Bresson, Henri

Reconocido fotógrafo francés. Es él quien presenta a Capa y a Chim en el restaurante Le Dôme. Co-fundador de la agencia fotográfica Magnum.

Cerf, Ruth

De nacionalidad suiza, también exiliada en París, se convierte en la mejor amiga de Gerda. Gracias a ella, Gerta conoce a Capa. Durante la Guerra Civil española, se ofrece de voluntaria como enfermera.

Châtelet-Lomond, Florent-Claude du

Marqués. Destacado militar. La guerra y las armas eran su único interés. Esposo de madame Du Châtelet. Tenía propiedades y sólo gustaba de la guerra, así que dejaba a su esposa en completa libertad. Además, se sentía orgulloso de su inteligencia y de sus logros; su mujer le daba luz a su apellido, afirmaba. Se casaron en 1725. Después de la muerte de Émilie, no volvió a contraer nupcias. Murió a los setenta años.

Châtelet, Gabrielle-Pauline du

Hija de madame Du Châtelet. Nacida en 1726. A los 17 la casan con Alfonso Caraffa, duque de Montenegro. Se trasladan a Nápoles. Durante un tiempo fue dama de honor de la reina Amélie, de las dos Sicilias. Jamás volvió a ver a su madre y no se sabe bien qué fue del resto de su vida.

Châtelet, Florent-Louis

Hijo de madame Du Châtelet. Nacido en 1727. A los 16 años, gracias a las influencias y al esfuerzo de su madre, quien no duda en hacer las antesalas necesarias, se convirtió en mosquetero del Rey.

Llegó a ser duque y, de 1768 a 1770, embajador en Londres. Fue guillotinado, durante la revolución francesa, a los 66 años.

Châtelet, Stanislas-Adelaïde du

Hija de Émilie du Châtelet y del marqués de Saint-Lambert. Nace en Lunéville el 4 de septiembre de 1749 y muere en el mismo lugar el 6 de mayo de 1751.

Cherdack, Willi

Gran amigo de Gerda Taro. Solidario y siempre presente. Pasó a la historia como un gran cirujano y co-inventor del estimulador cardiaco.

Chim

De nombre David Sazymin, lo cambia a David Seymur. Chim era su apodo. Nacido en 1911 en Polonia, en una familia judía de intelectuales, forma un trío de fotógrafos junto con Capa y Taro. Lo describían como un hombre formal, serio y de mirada triste.

Sus fotografías más famosas de la Guerra Civil española son el retrato que le hizo a "La Pasionaria", el de Picasso frente al Guernica, los milicianos salvando las obras de arte del Prado, así como retratos de obreros y mineros españoles. También las tomas que hizo durante "La Retirada" (enero de 1939), publicadas en *Life* y *Regards,* acompañadas por un texto que decía: "Hasta hoy en día, el éxodo más importante de la historia".

En 1939 llega a México a bordo del SS Sinaia, junto con muchos refugiados españoles. De ahí se exilia en los Estados Unidos donde, junto con Capa y Cartier-Bresson, crea la agencia Magnum. Muere en 1956, en Suez, por las balas de un soldado egipcio, apenas a unos días del cese al fuego.

Federico II el Grande

Rey de Prusia y elector de Brandemburgo. Nacido en 1712 y muerto en 1786, sube al trono en 1740. Pasa a la historia como un gran déspota ilustrado. Amante de la literatura y la filosofía francesa, mantuvo correspondencia con los filósofos de la Ilustración y a varios franceses importantes los invitó a su corte. Durante su reinado, la correspondencia que mantuvo con Voltaire ascendió a más de setecientas cartas. Afirmaba que el filósofo era la joya más preciada de su colección de sabios. En 1750 Voltaire llegó a su corte, donde se quedó tres años. Cuando se va, literalmente huyendo, escribe sobre el

rey que era una “amable ramera” que se divertía con pajes y cadetes. Después se reconcilian, pero jamás recuperan la vieja amistad ni la admiración que se tenían.

Como muere sin hijos, su sobrino se convierte en su sucesor. Lo entierran según sus deseos: junto con sus galgos, en la terraza del viñedo de su palacio de Sanssouci.

General Walter

General polaco, oficial de la armada roja. Su verdadero nombre era Karol Swierczewski, pero para facilidad de todos, pidió que le dijeran Walter. Uno de los encargados de recuperar Brunete por parte del ejército internacional que ayudaba a los republicanos. Es quien, gritando, le dice a Gerda Taro y a Ted Allan que no deben estar en el frente. Sabe que en menos de cinco minutos los franquistas atacarán con toda la fuerza de su aviación.

Kuritzkes, Georg

Médico, vecino y segundo novio de Gerda Taro, cuando vivían en Alemania. Es él quien la introduce a conceptos como la lucha de clases, la injusticia social y la necesidad de cambiar al mundo. Más tarde, convence a algunos de sus compañeros de la carrera de medicina de ofrecerse como voluntarios para apoyar a los republicanos en la Guerra Civil. Siempre mantuvo contacto con Gerda.

Kuritzkes, Soma

Hermano de Georg. Asiste al entierro de Gerda.

Maupertuis, Pierre-Louis Moreau de

Amante y amigo de toda la vida de madame Du Châtelet. Reconocido físico, astrónomo y matemático francés. Uno de los mejores defensores de la teoría de la gravitación de Newton. En 1736 fue a Laponia para comprobar que la esfera terrestre estaba achatada por los polos. Fue miembro de la Royal Society y de las Academias de las Ciencias de París y de Berlín. También fue de los primeros en anunciar el principio de la “mínima acción”.

Saint-Lambert, Jean-François de

Caballero y después marqués francés. Nace en Nancy en 1715. Oficial de los guardias de la Lorena. Militar y poeta. Escribió varios artículos para la *Enciclopedia* de Diderot. Pertenecía a la corte del rey Stanislas. Coronel en la Guerra de los Siete Años. Amante de la amante del rey polaco, Catherine de Boufflers, y último amante de madame Du Châtelet. Padre de su más pequeña hija, a la que da a luz en el palacio del desterrado rey polaco. Después se hizo amante de Sophie

d'Houdetot (a quien Jean-Jacques Rousseau hizo famosa en su obra *Confesiones*), y conservó esa relación amorosa hasta su muerte, en 1803.

Taro, Gerda

Nacida Gerta Pohorylle, judía, de orígenes polacos. Llega al mundo en Stuttgart, Alemania, un primero de agosto de 1910 y pasa a la historia como la primera fotorreportera muerta cubriendo una guerra. Al huir de la Alemania nazi rumbo a París, conoce a André Friedmann, y se convierte en su compañera. Lamentablemente su familia, después de haber huido del nazismo para refugiarse en Yugoslavia, es asesinada en campos de concentración nazis. Ningún pariente cercano le sobrevive. Casi no se sabía de ella, más que como pareja de Capa, hasta que la autora Irme Schaber la rescata en 1994, publicando su biografía. Se vuelve más conocida todavía a partir del descubrimiento de "la maleta mexicana".

Voltaire (François-Marie Arouet)

Hay demasiado que decir sobre este filósofo y pensador de la Ilustración. Para nuestro interés, basta con que sepan que cuando madame Du Châtelet murió, dijo: "Perdí el sostén de mi infeliz y lánguida vida […]. No perdí a una amante, perdí la mitad de mí mismo, un alma para la cual la mía estaba hecha". Es tal la importancia que le da a la científica, que en su libro autobiográfico: *Memorias para servir a la vida del señor Voltaire escritas por él mismo*, no comienza narrando su infancia o juventud, sino a partir de 1733, fecha en que empieza su relación con la dama. Voltaire, además, fue quien hizo publicar, con motivo del décimo aniversario de la muerte de su "bella Urania", el libro sobre Newton que su amante tradujo y comentó de manera brillante. Como prefacio, Voltaire escribió: "Esta traducción que los más sabios hombres de Francia debieron hacer y que los demás deben estudiar, una mujer la ha llevado a cabo con el asombro y la gloria de su país".

Su relación con Federico II continuó después de la muerte de su amada. Aceptó, finalmente, pasar un largo periodo en la corte prusiana pero, después de tres años y difíciles enfrentamientos, sale huyendo del palacio de Sanssouci en 1752.

Después de un largo exilio en Suiza y de haber publicado casi cincuenta obras, murió en París, a los 83 años de edad. Sus restos descansan en el Panthéon y es uno de los intelectuales más reconocidos y respetados de Francia.

Weisz, Csiki

Amigo de Capa, a quien le deja sus negativos. Huye de la guerra,

embarcándose hacia Marruecos. Ahí lo internan en un campo del protectorado francés. Capa lo ayuda a conseguir una visa para México, nación en la que vive hasta su muerte. En ese país se casa con la poeta y pintora surrealista Leonora Carrington y habita en la misma calle que el general Francisco Aguilar González, quien conservaba, en su armario, la "maleta mexicana" que contenía todos los negativos perdidos de Capa, Chim y Taro.

Ziff, Trisha

Cineasta estadunidense instalada en México. Gracias a ella logran recuperarse los negativos de la "maleta mexicana" y son enviados al Centro Internacional de Fotografía, en Nueva York. De hecho, produjo un documental sobre este tema.

Bibliografía

Alic, Margaret. E*l legado de Hipatia*, Siglo XXI Editores, México, 1991.

Armstrong, Karen. *Una historia de Dios*, Paidós, México, 1996.

Badinter, Élisabeth. *Émilie, Émilie, ou l'ambition féminine au XVIII siècle*, Le Livre de Poche, Flammarion, París, 1983.

Badinter, Élisabeth. *Les passions d'Émilie*, Gallimard Jeunesse, 2006.

Boyer, Pascal. *Y el hombre creó a los dioses*, Taurus, México, 2010.

Boyer, Pascal. *¿Por qué tenemos religión?*, Taurus, México, 2002.

Colli, Giorgio. *Enciclopedia de los maestros*, Seix Barral, Barcelona, 2000.

Comte-Sponville, André. *El alma del ateísmo*, Paidós, Barcelona, 2006.

Chéroux, Clément. *Henri Cartier-Bresson. Le tir Photographique*, Découvertes Gallimard, París, 2008.

Dawkins, Richard. *El espejismo de Dios*, Espasa, Madrid, 2006.

Du Châtelet, Madame. *Acerca de la felicidad*, Imaginador, Buenos Aires, 1999.

Du Châtelet, Madame. *Discurso sobre la felicidad* y *Correspondencia*, Cátedra, Valencia, 2002.

Eco, U. y Martini, C.M. *¿En qué creen los que no creen*?, Taurus, México, 1997.

Ferry, Luc y Marcel Gauchet. *Le Religieux aprés la religion*, Le Livre de Poche, Grasdet, 2004.

Fisher, Mary Pat. *Religiones en el siglo XXI*, Acal, Madrid, 2003.

Fortes, Susana. *En attendant Robert Capa*, Éditions Héloïse D'Ormesson, París, 2011.

Glucksmann, André. *La tercera muerte de Dios*, Kairós, Barcelona, 2000.

Harré, Rom. *1000 años de filosofía*, Taurus, Madrid, 2002.

Hemigway, Ernest. *For Whom the Bell Tolls*, Scribner, New York, 2003.

Hitchens, Christopher. *God is not Great,* Twelve, Nueva York, 2007.

Kershaw, Alex. *Blood and champagne, the life and times or Robert Capa*, Da Capo Press, Cambridge, 2004.

Lacouture, Jean. *Robert Capa*, Photo Poche, Actes Sud, Italia, 2008.

Lepape, Pierre. *Voltaire*, Emecé, Buenos Aires, 1998.

Marina, José Antonio. *Dictamen sobre Dios*, Anagrama, Barcelona, 2002.

Mauro, Florence. *Émilie du Châtelet*, Plon, París, 2006.

Maspero, François. *Gerda Taro, la sombra de una fotógrafa*, La Fábrica

Editorial, España, 2010.
Mendoza, Eduardo. *Riña de gatos. Madrid 1936,* Planeta, España, 2010.
Mitford, Nancy. *Voltaire in Love*, Carroll & Graf Publishers, Nueva York, 1999.
Naggar, Carole. *David Seymour*, Photo Poche, Actes Sud, 2011.
Newberg, A., D'Aquili, E. y Rause, V. *Dios: ¿Por qué seguimos creyendo?*, Planeta, México, 2006.
Nolte, Ernst. *La guerra civil europea, 1917-1945,* Fondo de Cultura Económica, México, 1994.
Roche, Raphael (comp.). *Voltaire et sa correspondance*, 8 vols., L'Escampette, Bordeaux, 1998.
Rubert de Ventós, Xavier. *Dios, entre otros inconvenientes*, Anagrama, Barcelona, 2000.
Rubia, Francisco J. *El cerebro nos engaña*, Temas de Hoy, Madrid, 2000.
Saget, Hubert. *Voltaire á Cirey*, Le Pythagore, Chaumont. 2005.
Shaber, Irme. *Gerda Taro: une photographe révolutionnaire dans la guerre d'Espagne*, Anatolia, Éditions du Rocher, París, 2006.
Stenger, Victor. *God, the failed hypothesis*, Prometheus Books, Nueva York, 2008.
Thomas, Hugh. *La guerra civil española*, Ruedo Ibérico, París, 1962.
Toscano, María y Ancochea, Germán. *¿Qué decimos cuando decimos Dios?*, Obelisco, Barcelona, 2001.
Voltaire. *El Ingenuo*, Siruela, España, 1998.
Voltaire. *Mémoires*, Le Livre de Poche, París, 1998.
Voltaire. *Traité sur la tolérance*, GF Flammarion, París, 1989.
Voltaire. *Zadig ou la Destinée*, Folio clasique, Gallimard, París, 1999.
Voltaire. *Cándido o el optimismo*, Océano, Barcelona. 2002.
Voltaire. *Écrits autobiographiques*, Flammarion, París, 2006.
Voltaire. *Lettres philosophiques / Derniers écrits sur Dieu*, GF Flammarion, París, 2006.
Youssi, Yasmin (textos). *La valise mexicainne. Capa / Taro / Chim. Trois photographes dans la guerre d'Espagne*, Musée d'art et d'histoire du Judaïsme, París, 2013.

Catálogo:
La valise mexicaine, Télérama Album. International Center of Photography (Nueva York) y Musée d'art et d'histoire du Judaïsme, (París), 2013.

Revistas:
L'Objet d'Art, Henri Cartier-Bresson, au Centre Pompidou, París, 2014.

Videos:

The mexican suitcase, realizadora: Trisha Ziff.

Exposiciones:

Émilie du Châtelet, la première femme scientifique. Musée des Lettres et Manuscrits, París, marzo-abril 2013.

Madame Du Châtelet, la femme des lumiéres. Bibliotèque National de France, París, marzo-junio, 2006.

La valise mexicaine, Museo del Arte y la Hisotria del Judaísmo, febrero-junio, 2013.

Internet:

Voz de Robert Capa en: lens.blogs.nytimes.com/2013/10/22/finding-a-fearless-photographers-voice

Agradecimientos

A Franz, porque sin él me hubiera sido imposible conocer a madame Du Châtelet y a Gerda Taro. Porque sin él me serían imposibles (o menos disfrutables) muchas cosas. Gracias por tu lectura implacable, tus comentarios entusiastas y por siempre estar.

A Ramón Córdoba, por una larga amistad y porque, como otras veces, creyó en mí.

A Armando Vega-Gil, cómplice de letras y de sueños. Gracias por salvar al gato y por encontrar la carta. ¡Ah! Y al cochinito ahogado. Y por tus críticas feroces pero ciertas.

A Témoris Grecko, cuya manera de observar y vivir el mundo —y de denunciar las injusticias y atrocidades cometidas— me han hecho ver la historia cotidiana de otra manera.

Como lo hago libro tras libro, gracias a Bertha Balestra, Erma Cárdenas, Ana Díaz, Sandra Frid, Rebeca Orozco, Paloma Vivanco y Ruth Reséndiz por ayudarme con su mirada fresca y sus opiniones tan atinadas.

En especial, a Adriana Abdó, Adriana Caballero y Javier Sunderland, que lograron leer mi novela en un tiempo récord para corregirme de manera certera.

A mi madre, quien al ver mi desesperación por acabar a tiempo esta novela, me recomendó: “Pon punto y te sales de volada del cuarto, cierras la puerta, bajas por el elevador, caminas y caminas hasta que sientas harta paz. Este sistema tiene la ventaja de que solitos los personajes se ponen de acuerdo y terminan como ellos quieran, sin tu control ni manipulación maquiavélica”.

Gracias, también, a Elena Gómez Toussaint, Lourdes López, Gabriela Valdés, Dagmar Erdman, Sergio Salmón, Pablo Llorente, Rafael Sprowls, Alejandro Suárez, Gerardo Morales, Pedro Rodríguez Domecq, Ketta Ochoa (*in situm*) y a Iván Cruz de Echeverría, Dulce María Parra, Myrna Rocha, Dolores Blanco, Guillermo Contreras, Manolo Serrano y Guillermo del Cueto (a la distancia), porque me ayudaron a poner el punto final en San Miguel de Allende.

Dios se fue de viaje
© 2014, Beatriz Rivas

D. R. © 2014, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Santillana Ediciones Generales, S.A. de C.V., una empresa de
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Av. Río Mixcoac 274, col. Acacias, C.P. 03240
México, D.F.

www.alfaguara.com/mx

Comentarios sobre la edición y el contenido de este libro a:
megustaleer@penguinrandomhouse.com

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-607-11-3405-9
Conversión libro electrónico: Kiwitech

Alfaguara es un sello editorial del Grupo Penguin Random House

www.alfaguara.com

Argentina
www.alfaguara.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia
www.alfaguara.com/bo
Calacoto, calle 13, n° 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56

Chile
www.alfaguara.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia
www.alfaguara.com/co
Calle 80, nº 9 - 69
Bogotá
Tel. y fax (57 1) 639 60 00

Costa Rica
www.alfaguara.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador
www.alfaguara.com/ec

Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito
Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador
www.alfaguara.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España
www.alfaguara.com/es
Torrelaguna, 60
28043 Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos
www.alfaguara.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala
www.alfaguara.com/can
26 avenida 2-20
Zona nº 14
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras
www.alfaguara.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México
www.alfaguara.com/mx

Avenida Río Mixcoac, 274
Colonia Acacias
03240 Benito Juárez
México D. F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá
www.alfaguara.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay
www.alfaguara.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú
www.alfaguara.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico
www.alfaguara.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana
www.alfaguara.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay

www.alfaguara.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela
www.alfaguara.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51